

MARIANA ENRIQUEZ

*Las cosas que
perdimos en el fuego*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
EL CHICO SUCIO
LA HOSTERÍA
LOS AÑOS INTOXICADOS
LA CASA DE ADELA
PABLITO CLAVÓ UN CLAVITO: UNA EVOCACIÓN DEL PETISO
OREJUDO
TELA DE ARAÑA
FIN DE CURSO
NADA DE CARNE SOBRE NOSOTRAS
EL PATIO DEL VECINO
BAJO EL AGUA NEGRA
VERDE ROJO ANARANJADO
LAS COSAS QUE PERDIMOS EN EL FUEGO
CRÉDITOS

I wish I were a girl again, half-savage and hardy, and free.

EMILY BRONTË, *Wuthering Heights*

*I am in my own mind.
I am locked in the wrong house.*

ANNE SEXTON,
«For the Year of the Insane»

EL CHICO SUCIO

Mi familia cree que estoy loca porque elegí vivir en la casa familiar de Constitución, la casa de mis abuelos paternos, una mole de piedra y puertas de hierro pintadas de verde sobre la calle Virreyes, con detalles art déco y antiguos mosaicos en el suelo, tan gastados que, si se me ocurriera encerar los pisos, podría inaugurar una pista de patinaje. Pero yo siempre estuve enamorada de esta casa y, de chica, cuando se la alquilaron a un buffet de abogados, recuerdo mi malhumor, cuánto extrañaba estas habitaciones de ventanas altas y el patio interno que parecía un jardín secreto, mi frustración porque, cuando pasaba por la puerta, ya no podía entrar libremente. No extrañaba tanto a mi abuelo, un hombre callado que apenas sonreía y nunca jugaba. Ni siquiera lloré cuando murió. Lloré mucho más cuando, después de su muerte, perdimos la casa, al menos por unos años.

Después de los abogados llegó un equipo de odontólogos y, finalmente, fue alquilada a una revista de viajes que cerró en menos de dos años. La casa era hermosa y cómoda y estaba en notables buenas condiciones teniendo en cuenta su antigüedad; pero ya nadie, o muy pocos, querían establecerse en el barrio. La revista de viajes lo hizo sólo porque el alquiler, para entonces, era muy barato. Pero ni eso los salvó de la rápida bancarrota y ciertamente no ayudó que robaran en las oficinas: se llevaron todas las computadoras, un horno a microondas, hasta una pesada fotocopiadora.

Constitución es el barrio de la estación de trenes que vienen del sur a la ciudad. Fue, en el siglo XIX, una zona donde vivía la aristocracia porteña, por eso existen estas casas, como la de mi familia –y hay muchas más mansiones convertidas en hoteles o asilos de ancianos o en derrumbe del otro lado de la estación, en Barracas–. En 1887 las familias aristocráticas huyeron hacia el norte de la ciudad escapando de la fiebre amarilla. Pocas volvieron, casi ninguna. Con los años, familias de comerciantes ricos, como la de mi abuelo, pudieron comprar las casas de piedra con gárgolas y llamadores de bronce. Pero el barrio quedó marcado por la huida, el abandono, la condición de indeseado.

Y está cada vez peor.

Pero si uno sabe moverse, si entiende las dinámicas, los horarios, no es peligroso. O es menos peligroso. Yo sé que los viernes por la noche, si me

acercó a la plaza Garay, puedo quedar atrapada en alguna pelea entre varios contrincantes posibles: los mininarcos de la calle Ceballos que defienden su territorio de otros ocupantes y persiguen a sus perpetuos deudores; los adictos que, descerebrados, se ofenden por cualquier cosa y reaccionan atacando con botellas; las travestis borrachas y cansadas que también defienden su baldosa. Sé que, si vuelvo a mi casa caminando por la avenida, estoy más expuesta a un robo que si regreso por la calle Solís, y eso a pesar de que la avenida está muy iluminada y Solís es oscura porque tiene pocas lámparas y muchas están rotas: hay que conocer el barrio para aprender estas estrategias. Dos veces me robaron en la avenida, las dos, chicos que pasaron corriendo y me arrancaron el bolso y me tiraron al suelo. La primera vez hice la denuncia a la policía; la segunda vez ya sabía que era inútil, que la policía les tenía permitido robar en la avenida, con límite en el puente de la autopista –tres cuadras liberadas–, como intercambio de los favores que los adolescentes hacían para ellos. Hay algunas claves para poder moverse con tranquilidad en este barrio y yo las manejo perfectamente, aunque, claro, lo impredecible siempre puede suceder. Es cuestión de no tener miedo, de hacerse con algunos amigos imprescindibles, de saludar a los vecinos aunque sean delincuentes –especialmente si son delincuentes–, de caminar con la cabeza alta, prestando atención.

Me gusta el barrio. Nadie entiende por qué. Yo sí: me hace sentir precisa y audaz, despierta. No quedan muchos lugares como Constitución en la ciudad, que, salvo por las villas de la periferia, está más rica, más amable, intensa y enorme, pero fácil para vivir. Constitución no es fácil y es hermoso, con todos esos rincones que alguna vez fueron lujosos, como templos abandonados y vueltos a ocupar por infieles que ni siquiera saben que, entre estas paredes, alguna vez se escucharon alabanzas a viejos dioses.

También vive mucha gente en la calle. No tanta como en la plaza Congreso, a unos dos kilómetros de mi puerta; ahí hay un verdadero campamento, justo frente a los edificios legislativos, prolijamente ignorado pero al mismo tiempo tan visible que, cada noche, hay cuadrillas de voluntarios que le dan de comer a la gente, chequean la salud de los chicos, reparten frazadas en invierno y agua fresca en verano. En Constitución la gente de la calle está más abandonada, pocas veces llega ayuda. Frente a mi casa, en una esquina que alguna vez fue una despensa y ahora es un edificio tapiado para que nadie pueda ocuparlo, las puertas y ventanas bloqueadas con ladrillos, vive una mujer joven con su hijo. Está embarazada, de unos pocos meses, aunque nunca se sabe con las madres adictas del barrio, tan delgadas. El hijo debe tener unos cinco años, no va a la

escuela y se pasa el día en el subterráneo, pidiendo dinero a cambio de estampitas de San Expedito. Lo sé porque una noche, cuando volvía a casa desde el centro, lo vi en el vagón. Tiene un método muy inquietante: después de ofrecerles la estampita a los pasajeros, los obliga a darle la mano, un apretón breve y mugriento. Los pasajeros contienen la pena y el asco: el chico está sucio y apesta, pero nunca vi a nadie lo suficientemente compasivo como para sacarlo del subte, llevárselo a su casa, darle un baño, llamar a asistentes sociales. La gente le da la mano y le compra la estampita. Él tiene el ceño siempre fruncido y, cuando habla, la voz cascada; suele estar resfriado y a veces fuma con otros chicos del subte o del barrio de Constitución.

Una noche, caminamos juntos desde la estación de subte hasta mi casa. No me habló pero nos acompañamos. Le pregunté algunas tonterías, su edad, su nombre; no me contestó. No era un chico dulce ni tierno. Cuando llegué a la puerta de mi casa, sin embargo, me saludó.

–Chau, vecina –me dijo.

–Chau, vecino –le contesté.

El chico sucio y su madre duermen sobre tres colchones tan gastados que, apilados, tienen el mismo alto que un somier común. La madre guarda la poca ropa en varias bolsas de basura negras y tiene una mochila llena de otras cosas que nunca alcanzo a distinguir. Ella no se mueve de la esquina y desde ahí pide plata con una voz lúgubre y monótona. La madre no me gusta. No sólo por su irresponsabilidad, porque fuma paco y la ceniza le quema la panza de embarazada o porque jamás la vi tratar con amabilidad a su hijo, el chico sucio. Hay algo más que no me gusta. Se lo decía a mi amiga Lala mientras ella me cortaba el pelo en su casa, el último lunes feriado. Lala es peluquera, pero hace rato que no trabaja en un salón: no le gustan los jefes, dice. Gana más dinero y tiene más tranquilidad en su departamento. Como peluquería, el departamento de Lala tiene algunos problemas. El agua caliente, por ejemplo, que llega de manera intermitente porque el calefón le funciona pésimo y a veces, cuando me está lavando el pelo después de la tintura, recibo un chorro de agua fría sobre la cabeza que me hace gritar. Ella pone los ojos en blanco y explica que todos los plomeros la engañan, le cobran de más, nunca vuelven. Le creo.

–Esa mujer es un monstruo, chiquita –grita mientras casi me quema el cuero cabelludo con su antiguo secador de pelo. También me hace doler cuando acomoda las mechas con sus dedos anchos. Hace años que Lala decidió ser

mujer y brasileña, pero había nacido varón y uruguayo. Ahora es la mejor peluquera travesti del barrio y ya no se prostituye; fingir el acento portugués le resultaba muy útil para seducir hombres cuando era puta en la calle, pero ahora no tiene sentido. Igual, está tan acostumbrada que a veces habla por teléfono en portugués o, cuando se enoja, levanta los brazos hacia el techo y le reclama venganza o piedad a la Pomba Gira, su exú personal, para quien tiene un pequeño altar en el rincón de la sala donde corta el pelo, justo al lado de la computadora, que está encendida en chat perpetuo.

–A vos también te parece un monstruo, entonces.

–Me da escalofríos, mami. Está como maldecida, yo no sé.

–¿Por qué lo decís?

–Yo no digo nada. Pero acá en el barrio dicen que hace cualquier cosa por plata, que hasta va a reuniones de brujos.

–Ay, Lala, qué brujos. Acá no hay brujos, no te creas cualquier cosa.

Me dio un tirón de pelo que me pareció intencionado, pero pidió perdón. Fue intencionado.

–Qué sabrás vos de lo que pasa *en serio* por acá, mamita. Vos vivís acá, pero sos de otro mundo.

Tiene un poco de razón, aunque me molesta escucharlo así, me molesta que ella, tan sinceramente, me ubique en mi lugar, la mujer de clase media que cree ser desafiante porque decidió vivir en el barrio más peligroso de Buenos Aires. Suspiro.

–Tenés razón, Lala. Pero quiero decir, vive frente a mi casa y está siempre ahí, sobre los colchones. Ni se mueve.

–Vos trabajás muchas horas, no sabés qué hace. Tampoco la controlás a la noche. La gente en este barrio, mami, es muy... ¿cómo se dice? Ni te das cuenta y te atacaron.

–¿Sigilosa?

–Eso. Tenés un vocabulario que da envidia, ¿o no, Sarita? Es fina ella.

Sarita está esperando que Lala termine con mi pelo desde hace unos quince minutos, pero no le molesta esperar. Hojea las revistas. Sarita es una travesti joven, que se prostituye en la calle Solís, y es muy hermosa.

–Contale, Sarita, contale lo que me contaste a mí.

Pero Sarita frunce los labios como una diva de cine mudo y no tiene ganas de contarme nada. Mejor. No quiero escuchar las historias de terror del barrio, que son todas inverosímiles y creíbles al mismo tiempo y que no me dan miedo; al menos, de día. Por la noche, cuando trato de terminar trabajos atrasados y me

quedo despierta y en silencio para poder concentrarme, a veces recuerdo las historias que se cuentan en voz baja. Y compruebo que la puerta de calle esté bien cerrada y también la del balcón. Y a veces me quedo mirando la calle, sobre todo la esquina donde duermen el chico sucio y su madre, totalmente quietos, como muertos sin nombre.

Una noche, después de cenar, sonó el timbre. Raro: casi nadie me visita a esa hora. Salvo Lala, alguna noche que se siente sola y nos quedamos juntas escuchando rancheras tristes y tomando whisky. Cuando miré por la ventana a ver quién era –nadie abre la puerta directamente en este barrio si suena el timbre cerca de la medianoche– vi que ahí estaba el chico sucio. Corrí a buscar las llaves y lo dejé pasar. Había llorado, se le notaba en los surcos claros que las lágrimas habían marcado en su cara mugrienta. Entró corriendo, pero se detuvo antes de llegar a la puerta del comedor, como si necesitara mi permiso. O como si tuviera miedo de seguir adelante.

–¿Qué te pasó? –le pregunté.

–Mi mamá no volvió –dijo.

Tenía la voz menos áspera pero no sonaba como un chico de cinco años.

–¿Te dejó solo?

Sí, con la cabeza.

–¿Tenés miedo?

–Tengo hambre –me contestó. Tenía miedo también, pero ya estaba lo suficientemente endurecido como para no reconocerlo frente a un extraño que, además, tenía casa, una casa linda y enorme, justo enfrente de su intemperie.

–Bueno –le dije–. Pasá.

Estaba descalzo. La última vez que lo había visto, llevaba puestas unas zapatillas bastante nuevas. ¿Se las habría quitado por el calor? ¿O alguien se las habría robado durante la noche? No quise preguntarle. Lo hice sentarse en una silla de la cocina y metí en el horno un poco de arroz con pollo. Para la espera, unté queso en un rico pan casero. Comió mirándome a los ojos, muy serio, con tranquilidad. Tenía hambre pero no estaba famélico.

–¿Adónde fue tu mamá?

Se encogió de hombros.

–¿Se va seguido?

Otra vez se encogió de hombros. Tuve ganas de sacudirlo y enseguida me avergoncé. Necesitaba que lo ayudase; no tenía por qué saciar mi curiosidad

morbosa. Y, sin embargo, algo en su silencio me enojaba. Quería que fuera un chico amable y encantador, no este chico hosco y sucio que comía el arroz con pollo lentamente, saboreando cada bocado, y eructaba después de terminar su vaso de Coca-Cola que sí bebió con avidez, y pidió más. No tenía nada para servirle de postre, pero sabía que la heladería de la avenida iba a estar abierta, en verano atendía hasta después de la medianoche. Le pregunté si quería ir y me dijo que sí, con una sonrisa que le cambiaba la cara por completo; tenía los dientes chiquitos y uno, de abajo, se le estaba por caer. Me daba un poco de miedo salir tan tarde y encima hacia la avenida, pero la heladería solía ser territorio neutral, casi nunca había robos ahí, tampoco peleas.

No llevé cartera y guardé un poco de plata en el bolsillo del pantalón. En la calle, el chico sucio me dio la mano y no lo hizo con la indiferencia con que saludaba a los compradores de estampitas en el subte. Se aferró bien fuerte: a lo mejor todavía estaba asustado. Cruzamos la calle: el colchón sobre el que dormía con su madre seguía vacío. Tampoco estaba la mochila: o ella se la había llevado o alguien la había robado cuando la encontró ahí, sin su dueño.

Teníamos que caminar tres cuadras hasta la heladería y elegí la calle Ceballos, una calle extraña, que podía ser silenciosa y tranquila algunas noches. Las travestis menos esculturales, las más gorditas o las más viejas elegían esa calle para trabajar. Lamenté no tener zapatillas para calzar al chico sucio: en las veredas solía haber restos de vidrios, de botellas rotas, y no quería que se lastimara. Él caminaba descalzo con gran seguridad, estaba acostumbrado. Esa noche, las tres cuadras estaban casi vacías de travestis pero estaban llenas de altares. Recordé lo que se celebraba: era 8 de enero, el día del Gauchito Gil. Un santo popular de la provincia de Corrientes que se venera en todo el país y especialmente en los barrios pobres –aunque hay altares por toda la ciudad, incluso en los cementerios–. Antonio Gil, se cuenta, fue asesinado por desertor a fines del siglo XIX: lo mató un policía; lo colgó de un árbol y lo degolló. Pero, antes de morir, el gaucho desertor le dijo: «Si querés que tu hijo se cure, tenés que rezar por mí.» El policía lo hizo porque su hijo estaba muy enfermo. Y el chico se curó. Entonces, el policía bajó a Antonio Gil del árbol, le dio sepultura y, en el lugar donde se había desangrado, se fue levantando un santuario, que existe hasta hoy y que todos los veranos recibe a miles de personas.

Me encontré contándole la historia del gaucho milagroso al chico sucio y paramos frente a uno de los altares. Ahí estaba el santo de yeso, con la camisa celeste y el pañuelo rojo al cuello –una vincha roja también– y una cruz en la espalda, también roja. Había varias telas rojas y alguna bandera chica roja: el

color de la sangre, el recuerdo de la injusticia y el degüello. Pero nada era macabro o siniestro. El gaucho trae suerte, cura, ayuda y no pide mucho a cambio, apenas que se le hagan estos homenajes y, a veces, un poquito de alcohol. O la peregrinación al santuario de Mercedes, en Corrientes, con un calor de cincuenta grados y los devotos que llegan a pie, en buses, a caballo, de todas partes, hasta desde la Patagonia. Las velas alrededor lo hacían parpadear en la semioscuridad. Le encendí una de las que se habían apagado y con la llama prendí un cigarrillo. El chico sucio parecía inquieto.

–Ya vamos a la heladería –le dije. Pero no era eso.

–El gaucho es bueno –dijo–. Pero el otro no.

Lo dijo en voz baja, mirando las velas.

–Qué otro –le pregunté.

–El esqueleto –me dijo–. Allá atrás hay esqueletos.

En el barrio, «allá atrás» es una referencia al otro lado de la estación, pasando los andenes, ahí donde las vías y sus terraplenes se pierden hacia el sur. Ahí suelen aparecer altares para santos menos amables que el Gauchito Gil. Sé que Lala lleva hasta el terraplén –siempre de día porque puede ser peligroso– sus ofrendas para la Pomba Gira, sus platos coloridos y sus pollos comprados en el supermercado porque no se anima a matar una gallina. Y ella me contó que hay montones de San La Muerte «allá atrás», el santito esqueleto con sus velas rojas y negras.

–Pero no es un santo malo –le dije al chico sucio, que me miró con los ojos muy abiertos, como si le estuviera diciendo una locura–. Es un santo que puede hacer mal si le piden, pero la mayoría de la gente no le pide cosas feas: le pide protección. ¿Tu mamá te lleva allá atrás? –le pregunté.

–Sí, pero a veces voy solo –contestó. Y después me tironeó del brazo para que siguiéramos hasta la heladería.

Hacía mucho calor. La vereda de la heladería estaba pegajosa, tantos helados debían haber chorreado; pensé en los pies descalzos del chico sucio, ahora con toda esta nueva mugre. Él entró corriendo y pidió, con su voz vieja, uno grande de dulce de leche granizado y chocolate. Yo no pedí nada. El calor me quitaba el hambre y no sabía qué debía hacer con el chico si su madre no aparecía. ¿Llevarlo a la comisaría? ¿A un hospital? ¿Hacer que se quedara en casa hasta que ella volviera? ¿Existía algo así como servicios sociales en esta ciudad? Existía, sí, un número para llamar durante el invierno, para avisar si alguna persona que vivía en la calle estaba pasando demasiado frío. Pero yo no sabía de mucho más. Me daba cuenta, mientras el chico sucio se lamía los dedos

chorreados, de lo poco que me importaba la gente, de lo naturales que me resultaban esas vidas desdichadas.

Cuando se terminó el helado, el chico sucio se levantó del banco en el que nos habíamos sentado y salió caminando para la esquina donde vivía con su madre, sin prestarme demasiada atención. Lo seguí. La calle estaba muy oscura, se había cortado la luz; solía pasar las noches de mucho calor. Lo veía bien, de todos modos, por las luces de los autos; también lo iluminaban, a él y a sus pies ya completamente negros, las velas de los altares improvisados. Llegamos a la esquina sin que volviera a darme la mano ni me dirigiera la palabra.

Su madre estaba sobre el colchón. Como todos los adictos, no tenía noción de la temperatura y llevaba un buzo abrigado y la capucha puesta, como si lloviera. La panza, enorme, estaba desnuda, la remera demasiado corta no podía cubrirla. El chico sucio la saludó y se sentó en el colchón. No dijo nada.

Ella estaba furiosa. Se me acercó rugiendo, no hay otra forma de describir el sonido, me recordó a mi perra cuando se rompió la cadera y estaba enloquecida de dolor pero había dejado de quejarse y solamente gruñía.

–¿Adónde te lo llevaste, hija de puta? ¿Qué le querés hacer, eh, eh? ¡Ni se te ocurra tocar a mi hijo!

Estaba tan cerca que le veía cada uno de los dientes, cómo le sangraban las encías, los labios quemados por la pipa, el olor a alquitrán en el aliento.

–Le compré un helado –le grité, y retrocedí cuando vi que tenía una botella rota en la mano, con la que pensaba atacarme.

–¡Rajá o te corto, hija de puta!

El chico sucio miraba el suelo, como si no estuviera pasando nada, como si no nos conociera, ni a su madre ni a mí. Me enojé con él. Qué desagradecido el pendejo, pensé, y salí corriendo. Entré en mi casa lo más rápido que pude, aunque las manos me temblaban y me costó encontrar la llave. Encendí todas las luces, en mi cuadra no se había cortado la electricidad, por suerte: tenía miedo de que la madre mandara a alguien a buscarme, a pegarme, no sabía qué podía pasarle por la cabeza, no sabía qué amigos tenía en la cuadra, no sabía nada de ella. Después de un rato, subí al primer piso y la espí desde el balcón. Estaba acostada, boca arriba, fumando un cigarrillo. El chico sucio parecía dormir a su lado. Me fui a la cama con un libro y un vaso de agua, pero no pude leer ni prestarle atención a la tele; el calor parecía más intenso con el ventilador encendido, que sólo revolvía aire caliente y atenuaba los ruidos de la calle.

A la mañana, me obligué a desayunar antes de salir a trabajar. El calor ya era sofocante y el sol apenas terminaba de salir. Cuando cerré la puerta, lo primero

que noté fue la ausencia del colchón en la esquina de enfrente. No quedaba nada del chico sucio y su madre, no habían dejado atrás ni una bolsa ni una mancha ni una colilla de cigarrillo. Nada. Como si nunca hubiesen estado ahí.

El cuerpo apareció una semana después de la desaparición del chico sucio y su madre. Cuando volví de trabajar, con los pies hinchados por el calor y soñando con la frescura de mi casa de techos altos y ambientes grandes que ni el verano más infernal podía calentar del todo, encontré la cuadra enloquecida, con tres patrulleros de la policía, la cinta amarilla que aísla las zonas donde ocurrió un delito y cantidad de gente amontonada justo fuera del perímetro. No me costó reconocer a Lala, con sus zapatos de taco blancos y su rodete dorado; estaba tan nerviosa que se había olvidado de ponerse las pestañas postizas del ojo izquierdo y su cara parecía asimétrica, casi paralizada de un lado.

–¿Qué pasó?

–Encontraron a una criatura.

–¿Muerta?

–Qué te parece. ¡Degollada! ¿Tenés cable, amor mío?

A Lala le habían cortado la conexión por falta de pago hacía meses. Nos metimos en mi casa, nos acostamos en la cama a ver televisión, con el ventilador de techo dando giros peligrosos de tan rápidos y la ventana del balcón abierta por si escuchábamos algo desde la calle que valiera la pena. Sobre la cama, en una bandeja, puse una jarra helada de jugo de naranja y Lala reinó sobre el control remoto. Era extraño ver nuestro barrio en la pantalla, escuchar por la ventana a los periodistas que corrían, asomarnos y encontrar las camionetas de los diferentes canales. Era extraña la decisión de esperar los detalles del crimen por televisión, pero las dos conocíamos bien la dinámica del barrio: nadie iba a hablar, no con la verdad, al menos durante los primeros días. Primero, el silencio, por si alguno de los involucrados en el crimen merecía lealtad. Aunque fuera el horrible crimen de un chico. Primero, la boca callada. En unas semanas empezarían las historias. Todavía no. Ahora era el momento de la tele.

Temprano, alrededor de las ocho de la noche, cuando Lala y yo empezamos una larga velada que arrancó con jugo de naranja, siguió con pizza y cerveza y terminó con whisky –abrí una botella que me había regalado mi padre–, la información era escueta: en el estacionamiento en desuso de la calle Solís había aparecido un chico muerto. Degollado. Habían colocado la cabeza a un costado del cuerpo.

A las diez, se sabía que la cabeza estaba pelada hasta el hueso y que no se había encontrado pelo en la zona. También, que los párpados estaban cosidos y la lengua mordida, no se sabía si por el propio chico muerto o –y esto le arrancó un grito a Lala– por los dientes de otra persona.

Los programas de noticias siguieron con la información hasta la tranoche, renovando periodistas, cubriendo en vivo desde la calle. Los policías, como de costumbre, no decían nada ante las cámaras, pero suministraban información constantemente a la prensa.

Para la medianoche, nadie había reclamado el cuerpo. También se sabía que había sido torturado: el torso estaba cubierto de quemaduras de cigarrillos. Sospechaban un ataque sexual, que se confirmó alrededor de las dos de la mañana, cuando se filtró un primer informe de los peritos forenses.

Y, a esa hora, nadie reclamaba el cuerpo. Ni un familiar. Ni madre ni padre ni hermanos ni tíos ni primos ni vecinos ni conocidos. Nadie.

El chico decapitado, decía la televisión, tenía entre cinco y siete años, era difícil calcularlo porque, en vida, había estado mal alimentado.

–Me gustaría verlo –le dije a Lala.

–No seas loca, ¡cómo van a mostrar a un chico decapitado! ¿Para qué lo querés ver? Qué macabra que sos. Siempre fuiste mostrita, la condesa morbosa en el palacio de la calle Virreyes.

–Es que, Lala, me parece que lo conozco.

–¿A quién conocés, a la criatura?

Le dije que sí y me puse a llorar. Estaba borracha, pero también estaba segura de que el chico sucio era ahora el chico decapitado. Le conté a Lala el encuentro, esa noche que me había tocado el timbre. ¡Por qué no lo cuidé, por qué no averigüé cómo sacárselo a la madre, por qué al menos no le di un baño! Si tengo una bañadera antigua, hermosa, grande, que apenas uso, en la que me doy duchas rápidas sola, que muy de vez en cuando disfruto con un baño de inmersión, ¿por qué, al menos, no quitarle la mugre? Y, no sé, comprarle un patito y esos palitos para hacer burbujas y que jugara. Tranquilamente podría haberlo bañado y después nos íbamos a tomar el helado. Y sí, era tarde, pero en la ciudad hay hipermercados que no cierran nunca y venden zapatillas, y le podría haber comprado un par, ¿cómo lo dejé andar descalzo, de noche, por estas calles oscuras? No tendría que haberlo dejado volver con su madre. Cuando ella me amenazó con la botella, tendría que haber llamado a la policía para que la metieran presa y quedarme yo con el chico o ayudar a que entrara en adopción con una familia que lo quisiera. Pero no. Me enojé con él por malagradecido,

porque no me defendió ¡de su madre! ¡Me enojé con un chico aterrorizado, hijo de una madre adicta, un chico de cinco años que vive en la calle!

¡Que vivía en la calle porque ahora está muerto, degollado!

Lala me ayudó a vomitar en el inodoro y después fue a comprar pastillas para mi dolor de cabeza. Yo vomitaba de borracha y de asustada y también porque estaba segura de que era él, el chico sucio, violado y degollado en un estacionamiento quién sabe por qué.

–Por qué le hicieron esto, Lala –le pregunté, acurrucada en sus brazos fuertes, otra vez en la cama, las dos fumando lentamente nuestros cigarrillos de la madrugada.

–Mi princesa, yo no sé si es tu chico el que mataron, pero, cuando sea la hora, vamos a la fiscalía, así te quedás tranquila.

–¿Me acompañás?

–Por supuesto.

–Pero por qué, Lala, por qué hicieron una cosa así.

Lala apagó el cigarrillo en un plato que estaba al lado de la cama y se sirvió otro vaso de whisky. Lo mezcló con Coca-Cola y revolvió el hielo con un dedo.

–Yo no creo que sea tu chico. A este que mataron... Se ensañaron. Es un mensaje para alguien.

–¿Es una venganza narco?

–Nomás los narcos matan así.

Nos quedamos calladas. Tuve miedo. ¿Había narcos así en Constitución? ¿Como los que me sorprendían cuando leía sobre México, diez cadáveres sin cabeza colgando de un puente, seis cabezas arrojadas desde un auto a la escalinata de una legislatura, una fosa común con setenta y tres muertos, algunos decapitados, otros sin brazos? Lala fumó en silencio y puso el despertador. Decidí faltar a la oficina para ir directo a la fiscalía y contar todo lo que sabía sobre el chico sucio.

Por la mañana, todavía con dolor de cabeza, preparé café para las dos, para Lala y para mí. Ella pidió usar el baño, escuché la ducha y supe que iba a pasar al menos una hora ahí dentro. Encendí otra vez el televisor: el diario no tenía información nueva. Tampoco iba a encontrarla en internet, que, sobre todo, sería un caldero de rumores y locura.

El noticiero de la mañana decía que había aparecido una mujer a reclamar al chico decapitado. Una mujer llamada Nora, que había llegado a la morgue con

un bebé recién nacido en brazos y algunos familiares. Cuando escuché lo de «bebé recién nacido», el corazón me dio un golpe en el pecho. Era definitivamente el chico sucio, entonces. La madre no había ido a buscar el cuerpo antes porque –qué casualidad más espantosa– la noche del crimen había sido la noche del parto. Tenía sentido. El chico sucio había quedado solo mientras su madre paría y entonces...

¿Entonces qué? Si era un mensaje, si era una venganza, no podía estar dirigido a esa pobre mujer que había dormido frente a mi casa tantas noches, esa chica adicta que debía tener poco más de veinte años. A lo mejor, el padre: eso, el padre. ¿Quién sería el padre del chico sucio?

Pero entonces las cámaras enloquecieron, los camarógrafos corrían, los cronistas se quedaban sin aliento, todos se arrojaban sobre la mujer que salía de la fiscalía y gritaban: «Nora, Nora, ¿quién cree que le hizo esto a Nachito?»

–Se llamaba Nacho –susurré.

Y de pronto ahí estaba, en pantalla, Nora, un primer plano de su llanto y sus gritos. Y no era la madre del chico sucio. Era una mujer completamente diferente. Una mujer de unos treinta años, ya canosa, morena y muy gorda, los kilos que había ganado en el embarazo, seguramente. Casi lo contrario de la madre del chico sucio.

No se entendía lo que gritaba. Se caía. Alguien la sostenía por detrás; una hermana, seguramente. Cambié de canal, pero todos tenían a esta mujer gritando hasta que un policía se interpuso entre los micrófonos y los gritos y apareció un patrullero para llevársela. Había muchas novedades. Se las conté a Lala sentada en el inodoro, mientras ella se afeitaba, arreglaba su maquillaje, se recogía el pelo en un prolijo rodete.

–Se llama Ignacio. Nachito. Y la familia lo había denunciado desaparecido el domingo, pero cuando vieron por televisión lo que pasaba, no pensaron que era su hijo porque este chico, Nachito, desapareció en Castelar. Son de Castelar.

–¡Pero es lejísimo eso! ¿Cómo terminó acá? Ay, princesa, qué espanto todo esto. Yo levanté todos mis turnos, ya decidí. No se puede cortar el pelo después de esto.

–Tiene el ombligo cosido, también.

–¿Quién, la criatura?

–Sí. Parece que le arrancaron las orejas.

–Reina, en este barrio nadie duerme más, yo te digo. Acá seremos delincuentes, pero esto es satánico.

–Eso están diciendo. Que es satánico. No, satánico no. Dicen que fue un

sacrificio, una ofrenda a San La Muerte.

–¡Salve Pomba Gira, salve María Padilha!

–Anoche te conté que el chico me dijo de San La Muerte. No es él, Lala, pero él sabía. –Lala se arrodilló frente a mí y me clavó sus enormes ojos oscuros.

–Usted, princesa, no va a decir nada de esto. Nada. Ni a la fiscal ni a nadie. Anoche yo estaba loca de dejarla ir a ver a la jueza. Nada de nada, nosotras somos una tumba, con perdón de la palabra.

La escuché. Tenía razón. Yo no tenía nada que decir, nada que contar. Apenas una caminata nocturna con un chico de la calle que había desaparecido, como solían desaparecer los chicos de la calle. Sus padres se mudan de barrio y se los llevan con ellos. Se unen a una bandita de ladrones niños o de limpiavidrios en la avenida o de mulas de droga; cuando los usan para vender droga, tienen que cambiarlos de barrio seguido. Hacen campamento en una estación de subte. Los chicos de la calle no se quedan nunca en un solo lugar; pueden durar un tiempo, pero siempre se van. También se escapan de sus padres. O se van porque aparece un tío lejano que se compadece y se los lleva a su casa, lejos, en el sur, una casa sobre una calle de tierra, a compartir una habitación con cinco hermanos, pero, al menos, a estar bajo techo. No era raro, para nada, que madre e hijo hubiesen desaparecido de un día para el otro. El estacionamiento donde había aparecido el chico decapitado no quedaba en el recorrido que el chico sucio y yo habíamos hecho esa noche. ¿Y lo de San La Muerte? Casualidad. Lala decía que el barrio estaba lleno de devotos de San La Muerte, todos los inmigrantes paraguayos y la gente de Corrientes eran fieles del santito, pero eso no los convertía en asesinos; ella era devota de la Pomba Gira, que tiene el aspecto de una mujer demonio, con cuernos y tridente, ¿y eso la convertía en una asesina satánica?

Claro que no.

–Quiero que te quedes unos días conmigo, Lala.

–Pero claro, princesa, yo misma me preparo mis aposentos.

A Lala le encantaba mi casa. Le gustaba poner música bien alto y bajar las escaleras lentamente, con su turbante y un cigarrillo, una mujer fatal negra, «soy la Joséphine Baker», decía, y después se lamentaba por ser la única travesti de Constitución que tenía la remota idea de quién era Joséphine Baker, no tenés noción de lo brutas que son estas chicas nuevas, ignorantes y huecas como una cañería. Cada vez vienen peor. Está todo perdido.

Me costaba caminar por el barrio con la seguridad de antes del crimen. El

asesinato de Nachito había ejercido un efecto casi narcótico en esa zona de Constitución. De noche no se escuchaban peleas, los dealers se habían mudado unas cuadras más al sur. Había demasiada policía custodiando el lugar donde se había encontrado el cuerpo. Que, decían los diarios y los investigadores, no había sido la escena del crimen. Alguien lo había depositado, ya muerto, en el viejo estacionamiento.

En la esquina donde solían dormir el chico sucio y su madre, los vecinos hicieron un altar para el Degolladito, como lo llamaban. Y pusieron una foto que decía «Justicia para Nachito». A pesar de las aparentes buenas intenciones, los investigadores no se creían del todo la conmoción del barrio. Al contrario: pensaban que estaban encubriendo a alguien. Por eso la fiscal había ordenado interrogar a muchos vecinos.

A mí también me llamaron a declarar. No le avisé a Lala para que no se desesperara. A ella no le había llegado la notificación. Fue una entrevista muy corta y no dije nada que pudiera servirles.

Esa noche había dormido profundamente.

No, no escuché nada.

Hay varios chicos de la calle en el barrio, sí.

Me mostraron la foto de Nachito. Negué haberlo visto. No mentía. Era completamente distinto a los chicos del barrio: un gordito con hoyuelos y pelo bien peinado. Jamás había visto a un chico así (¡y sonriente!) por Constitución.

No, nunca vi altares de magia negra en la calle ni en ninguna casa. Solamente del Gauchito Gil. Por la calle Ceballos.

¿Si sabía que el Gauchito Gil había muerto degollado? Sí, todo el país conoce el mito. Yo no creo que tenga que ver con el Gauchito, ¿ustedes sí?

No, claro, no tienen que contestarme nada. Bueno, como sea, yo no creo, pero no sé nada sobre rituales.

Trabajo como diseñadora gráfica. Para un diario. Para el suplemento *Moda & Mujer*. ¿Por qué vivo en Constitución? Es la casa de mi familia y es una casa hermosa, la pueden ver cuando vayan para el barrio.

Claro que les aviso si escucho de algo, por supuesto. Sí, me cuesta dormir, como a todos. Tenemos mucho miedo.

Estaba claro que no sospechaban de mí, pero tenían que hablar con los vecinos. Volví a casa en colectivo para evitar las cinco cuadras que debía caminar si usaba el subterráneo. Desde el crimen, prefería no usar el subterráneo porque no quería encontrarme con el chico sucio. Y, al mismo tiempo, quería volver a verlo de una manera obsesiva, enfermiza. A pesar de las fotos, a pesar

de las pruebas –incluso de las fotos del cadáver, que un diario había publicado para falso escándalo y horror del público, que agotó varias ediciones con el chico decapitado en portada–, yo seguía creyendo que el chico sucio era el muerto.

O que sería el próximo muerto. No era una idea racional. Se lo dije a Lala en la peluquería la tarde que decidí volver a teñirme las puntas de rosa, un trabajo de horas. Ahora nadie hojeaba revistas ni se pintaba las uñas ni mandaba mensajes de texto cuando tenía que esperar su turno en la peluquería de Lala. Ahora nada más se hablaba del Degolladito. El tiempo de silencio prudencial se había terminado, pero yo todavía no había oído que nadie nombrara a un sospechoso más que de manera general. Sarita contaba que, en su pueblo, en el Chaco, había pasado algo similar, pero con una nena.

–La encontraron con la cabeza al costado, también, y muy violada, pobre almita, toda cagadita alrededor estaba.

–Sarita, por favor te pido –dijo Lala.

–Pero si fue así, ¿qué querés que cuente? Éstas son cosas de brujos.

–La policía cree que son narcos –dije yo.

–Está lleno de narcos brujos –dijo Sarita–. Allá en el Chaco no sabés lo que es. Hacen rituales para pedir protección. Por eso le cortaron la cabeza y la pusieron del lado izquierdo. Creen que si hacen estas ofrendas, no los agarra la policía porque las cabezas tienen poder. No son narcos nada más, también están en la venta de mujeres.

–Pero ¿te parece que habrá acá, en Constitución?

–Están en todos lados –dijo Sarita.

Soñé con el chico sucio. Yo salía al balcón y él estaba en medio de la calle. Yo le hacía señas con la mano para que se moviera porque venía un camión muy rápido. Pero el chico sucio seguía mirando para arriba, mirándome a mí y al balcón, sonriendo, los dientes mugrientos y chiquitos. Y el camión lo atropellaba y yo no podía evitar ver cómo la rueda le reventaba el vientre como si fuese una pelota de fútbol y arrastraba los intestinos hasta la esquina. En el medio de la calle quedaba la cabeza del chico sucio, todavía sonriente y con los ojos abiertos.

Me desperté transpirada, temblando. Desde la calle llegaba una cumbia soñolienta. De a poco, volvían algunos sonidos del barrio, las peleas de borrachos, la música, las motos con el caño de escape suelto para que hiciera ruido, un favorito de los adolescentes. La investigación estaba bajo secreto de sumario, una manera de decir que la desorientación era total. Visité varias veces a mi madre y cuando me pidió que me mudara con ella, un tiempo al menos, le dije que no. Me acusó de loca y discutimos a los gritos, como nunca antes.

Esa noche volvía tarde porque, después de la oficina, había ido a la fiesta de cumpleaños de una compañera de trabajo. Era una de las últimas noches del verano. Volví en colectivo y me bajé antes, para caminar por el barrio, sola. Ya sabía moverme de vuelta. Si uno sabe moverse, Constitución es bastante fácil. Iba fumando. Entonces la vi.

La madre del chico sucio era delgada, siempre había sido delgada, incluso durante el embarazo. De atrás, nadie hubiera adivinado su panza. Es el físico típico de las adictas: las caderas siguen siendo estrechas como si se resistieran a dejar lugar para el bebé, el cuerpo no produce grasa, los muslos no se ensanchan; a los nueve meses, las piernas son dos palitos endeble que sostienen una pelota de básquet, una mujer que se tragó una pelota de básquet. Ahora, sin la panza, la madre del chico sucio parecía más que nunca una adolescente, apoyada contra un árbol, tratando de encender su pipa de paco bajo la luz de la lámpara, sin importarle la policía –que rondaba mucho más el barrio después del crimen del Degolladito– ni los otros adictos ni nada.

Me le acerqué despacio y, cuando me vio, hubo un inmediato reconocimiento en sus ojos. ¡Inmediato! Los ojos se achicaron, se achinaron: quiso salir corriendo, pero algo la paró. Un mareo, quizá. Esos segundos de duda me alcanzaron para impedirle el paso, pararme frente a ella, obligarla a hablar. La empujé contra el árbol y la sostuve ahí. No tenía la fuerza suficiente para resistirse.

–Dónde está tu hijo.

–Qué hijo. Soltame.

Las dos hablábamos bajo.

–Tu hijo. Sabés bien de lo que te hablo.

La madre del chico sucio abrió la boca y me dio náuseas su aliento a hambre, dulce y podrido como una fruta al sol, mezclado con el olor médico de la droga y esa peste a quemado; los adictos huelen a goma ardiente, a fábrica tóxica, a agua contaminada, a muerte química.

–Yo no tengo hijos.

La apreté más contra el árbol, la agarré del cuello. No sé si sentía dolor, pero le clavé las uñas. Igual, no iba a recordarme dentro de unas horas. Yo tampoco le tenía miedo a la policía. Además, no iban a preocuparse demasiado por una pelea entre mujeres.

–Me vas a decir la verdad. Hasta hace poco estabas embarazada.

La madre del chico sucio quiso quemarme con el encendedor, pero alcancé a verle la intención, la mano delgada que quería acercar la llama a mi pelo, quería

incendiarme, la hija de puta. Le apreté la muñeca tan fuerte que el encendedor cayó a la vereda. Dejó de resistirse.

—¡YO NO TENGO HIJOS! —me gritó, y el grito de su voz demasiado gruesa, enferma, me despertó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Ahorcando a una adolescente moribunda frente a mi casa? A lo mejor mi madre tenía razón. A lo mejor tenía que mudarme. A lo mejor, como me había dicho, tenía una fijación con la casa porque me permitía vivir aislada, porque ahí no me visitaba nadie, porque estaba deprimida y me inventaba historias románticas sobre un barrio que, la verdad, era una mierda, una mierda, una mierda. Eso gritó mi madre y yo juré no volver a hablarle pero ahora, con el cuello de la joven adicta entre las manos, pensé que podía tener algo de razón.

Que no era la princesa en el castillo, sino la loca encerrada en la torre.

La chica adicta se soltó de mis manos y empezó a correr, despacio: estaba medio ahogada. Pero cuando llegó a mitad de cuadra, justo donde la iluminaba el farol principal, se dio vuelta. Se reía y la luz dejaba ver que le sangraban las encías.

—¡Yo se los di! —me gritó.

El grito fue para mí, me miraba a los ojos, con ese horrible reconocimiento. Y después se acarició el vientre vacío con las dos manos y dijo, bien claro y alto:

—Y a éste también se los di. Se los prometí a los dos.

La corrí, pero era rápida. O se había vuelto rápida de pronto, no sé. Cruzó la plaza Garay como un gato y logré seguirla, pero cuando el tráfico se largó en la avenida, ella consiguió cruzar entre los autos y yo no. Ya no podía respirar. Me temblaban las piernas. Alguien se acercó a preguntarme si la chica me había robado y dije que sí, con la esperanza de que la persiguieran. Pero no: solamente me preguntaron si estaba bien, si quería tomar un taxi, qué me habían robado.

Un taxi, sí, dije. Paré uno y le pedí que me llevara a mi casa, a solamente cinco cuadras. El chofer no se quejó. Estaba acostumbrado a este tipo de viajes breves en este barrio. O a lo mejor no tenía ganas de rezongar. Era tarde. Debía ser su último viaje antes de volver a su casa.

Cuando cerré la puerta no sentí el alivio de las habitaciones frescas, de la escalera de madera, del patio interno, de los azulejos antiguos, de los techos altos. Encendí la luz y la lámpara parpadeó: se va a quemar, pensé, voy a quedar a oscuras, pero finalmente se estabilizó. Aunque daba una luz amarillenta, antigua, de baja tensión. Me senté en el piso, con la espalda contra la puerta. Esperaba los golpes suaves de la mano pegajosa del chico sucio o el ruido de su

cabeza rodando por la escalera. Esperaba al chico sucio que iba a pedirme, otra vez, que lo dejara pasar.

LA HOSTERÍA

El humo del cigarrillo le daba náuseas, siempre le pasaba lo mismo cuando su madre fumaba en el auto. Pero no se atrevía a pedirle que lo apagara porque ella estaba de muy mal humor. Resoplaba y el humo le salía por la nariz y se le metía en los ojos. En el asiento de atrás escuchaba música su hermana Lali con los auriculares incrustados en los oídos. Nadie hablaba. Florencia miró por la ventanilla las mansiones de Los Sauces y esperó con ganas el túnel y el dique y los cerros colorados. Nunca se cansaba del paisaje, a pesar de que lo veía varias veces por año, cada vez que iban a la casa de Sanagasta.

Este viaje era distinto. No era por gusto. Su papá casi las había obligado a irse de La Rioja. La noche anterior Florencia había escuchado la pelea y a la mañana la decisión estaba tomada: hasta las elecciones, mientras su papá estuviera en campaña para concejal por la capital, ellas se iban a Sanagasta. El problema era Lali. Salía todos los fines de semana y se emborrachaba y tenía muchos novios. Lali tenía quince años, el pelo largo por debajo de la cintura, lacio y oscuro. Era hermosa, aunque tenía que usar menos maquillaje, abandonar las uñas largas y coloradas y aprender a caminar con tacos. Florencia la veía con sus botas nuevas y le daba risa cómo caminaba tan chueca y lenta, con tanto cuidado; le parecía ridícula la sombra azul que usaba en los párpados y los aros de perlas tan horribles. Pero entendía que a los hombres les gustara y que su papá no la quisiera dando vueltas por La Rioja durante la campaña. Florencia había tenido que defender a su hermana varias veces después de clases, a las piñas. Tu hermana la puta, la trola, la petera, la chupapijas, ya le hicieron el culo o qué. Siempre eran chicas las que insultaban a Lali. Una vez había vuelto a casa con un labio partido después de una pelea en la plaza y, mientras se lavaba en el baño y pensaba la mentira que iba a decirles a sus padres –que le habían dado un pelotazo en la cara en el entrenamiento de vóley–, se sintió una estúpida. Su hermana nunca le agradecía que la defendiera. Nunca le hablaba, en realidad. No le importaba lo que dijeran de ella, no le importaba que Florencia se peleara por ella, no le importaba Florencia. Se la pasaba en su habitación probándose ropa y escuchando música estúpida, pavadas románticas, *vas a verme llegar, vas a oír mi canción, vas a entrar sin pedirme la llave, la distancia y el tiempo no saben la falta que le haces a mi corazón*, todo el día la misma canción, daban ganas de

matarla. A Florencia le caía mal su hermana, pero no podía evitar enojarse cuando la trataban de puta. No le gustaba que trataran a nadie de puta: se hubiera peleado por cualquiera.

A ella nunca iban a tratarla de puta, eso lo tenía clarísimo. Abrió la ventanilla para ver mejor el dique y la Pollera de la Gitana, esa parte del cerro que parecía la marca de una catarata de sangre ya seca. El aire apenas húmedo le llenó la boca. A ella iban a decirle tortillera, mostra, enferma, quién sabe qué cosas.

Mamá, poné música, ¿querés?, que se me gastaron las pilas, dijo Lali.

No jodas, hija, que se me parte la cabeza y tengo que manejar.

Qué aburrida que sos.

Callate, Lali, porque te reviento.

Cómo estaba la cosa, pensó Florencia. A su mamá no le gustaba Sanagasta. Como muchos riojanos, se iba al pueblo en el verano, cuando el calor de la capital alcanzaba los cincuenta grados y a la siesta no se podía dormir y daban ganas de morirse. Siempre hablaba de Uspallata o del mar, estaba harta de ese pueblo sin restaurantes, con gente cerrada y antipática y el mercado de artesanías que nunca variaba la oferta, ¡ni siquiera cambiaban las cosas de lugar! Estaba harta de la procesión de la Virgen Niña, de las grutas por todas partes, de que en el pueblo hubiera tres iglesias y ningún bar para tomarse un café. Si alguien le decía que se podía tomar un café en la Hostería, se sulfuraba también. Estaba harta de la Hostería. De la amabilidad de Elena, la dueña, que a ella le resultaba una mujer falsa y creída. Harta de que la única diversión fuera cenar pollo al horno en la Hostería, jugar a la ruleta y a las maquinatas en el casino de la Hostería, conocer a algún turista europeo en la Hostería. Por suerte, solía decir, ellos tenían pileta de natación en su casa; si no habría tenido que usar la de la Hostería y ahí ella se volvía loca. Ni una parrilla había en el pueblo, rezongaba. Ni una parrilla.

Llegaron a Sanagasta al mismo tiempo que la primera combi de la tarde, cerca de las seis y media. El sol, ya bajo, les cambiaba el color a los cerros y el verde de los árboles del valle era de musgo aterciopelado. Lali lloraba. Ella detestaba Sanagasta y estaba tan enojada, tan convencida de que, cuando terminara la secundaria, se escaparía a Córdoba, donde vivía uno de sus novios... Florencia había escuchado el plan de huida cuando se lo contaba por teléfono a una amiga.

La casa estaba bastante fresca y su mamá, siempre friolenta, encendió la estufa. Florencia salió al parque: la casa de fin de semana de su familia era bastante pequeña porque su papá había preferido un terreno muy grande para tener pileta, árboles, mucho espacio para que los perros corrieran, una glorieta y

hasta flores, le encantaban las flores, mucho más que a su mamá, que prefería los cactus. Florencia se sentó en el sillón-hamaca y empezó a identificar los colores: naranja y fucsia de las flores, turquesa de la pileta, verde tuna, rosado de la casa. Le mandó un mensaje a su mejor amiga, Rocío, que vivía en Sanagasta: «Ya llegué, pásame a buscar.» Tenían mucho de que hablar: Rocío le había adelantado por mail que había problemas en su casa también. Es decir, que había problemas con su papá, porque la familia de Rocío era mínima: su mamá estaba muerta, y no tenía hermanos. Rocío mensajeó que se encontraran en el quiosco, que ya estaba abierto, y Florencia salió corriendo sin avisar, con algo de plata en el bolsillo para tomar una Coca. De todo lo que le gustaba de Sanagasta, una de sus cosas favoritas era poder irse sin avisar y que sus padres no se enojaran ni se asustaran.

Había olor a quemado en el aire, probablemente una fogata de hojas caídas. Era el momento más lindo del día. Rocío la esperaba sentada en una de las sillas de plástico del quiosco, que servía sándwiches y empanadas a la noche, con shorts de jean desflecados, una remera blanca, el pelo suelto y la mochila abajo de la mesa. Florencia la besó, se sentó y no pudo evitar mirarle las piernas, el vello dorado que con la luz del atardecer parecía brillantina derramada. Pidieron una Coca de dos litros y Florencia quiso saber todo.

Hacía años que el padre de Rocío trabajaba en la Hostería como guía turístico: llevaba a los huéspedes al parque arqueológico, al dique, a la cueva de la Salamanca. Era el empleado favorito de los jefes: usaba la 4×4 de la dueña cuando se le rompía la camioneta, comía gratis en el restaurante cuando quería, usaba el pool y el metegol sin pagar y en el pueblo decían que era amante de Elena. Rocío lo negaba, su papá no iba a meterse con la dueña de la Hostería, esa estirada, decía. Florencia había hecho todos los recorridos turísticos con Rocío y su papá. Él era un guía increíble, cuidadoso y simpático: era tan entretenido que uno no se cansaba aunque estuviera trepando cerros bajo un sol tremendo.

No te puedo creer que la Elena lo echó a tu papá, ¿qué pasó?

Rocío se limpió la Coca-Cola que le había quedado sobre el labio, un bigote marrón.

Las cosas andaban medio mal, le contó, porque Elena tenía problemas de plata y estaba histérica, pero se fue todo a la mierda cuando su papá les contó a unos turistas de Buenos Aires que la Hostería había sido una escuela de policía hacía treinta años, antes de ser hotel.

Pero tu papá siempre cuenta eso en los paseos cuando cuenta la historia del pueblo, dijo Rocío.

Y sí, pero Elena no sabía. A esos turistas el dato les reinteresó, quisieron saber más y le preguntaron a Elena directamente. Ella se enteró ahí de que mi papá contaba lo de la escuela de policía, se pelearon y lo echó.

¿Por qué se enojó tanto?

No quiere que los turistas piensen mal, dice mi papá, porque fue escuela de policía en la dictadura, ¿te acordás de que lo estudiamos en el colegio?

¿Qué, mataron gente ahí?

Mi papá dice que no, que Elena se persigue, que ahí fue escuela de policía nomás.

Rocío dijo que era una excusa de Elena lo de la escuela de policía en la dictadura, que no le importaba nada esa historia, si había comprado la Hostería hacía diez años. Que estaba de culo con su papá y lo quería echar, se agarró de eso. Andaba mal de plata, tenía que echar gente. Elena le había quitado a su papá la llave de la Hostería, le había pedido unos pesos para arreglar algunas cosas de la camioneta que él no había roto, que estaban deterioradas por el uso, nada más, y le había prohibido que hiciera los tours por su cuenta con amenaza de juicio. Y todo sin pagarle el último mes de trabajo.

Pero él los puede hacer igual los paseos, qué tiene que ver.

No los va a hacer más, no quiere tener problemas. Aparte, dice que está harto de los sanagasteños, se quiere ir de acá.

Rocío se terminó su vaso de Coca y llamó al perro del quiosco, que se acercó enseguida y pareció decepcionado cuando recibió caricias en vez de comida.

Yo no me quiero ir, me gusta acá, quiero hacer la secundaria en La Rioja, con vos y las chicas.

Florencia se agachó a acariciar las orejas del perro, que se le había acercado para probar suerte, así ella podía esconder un poco la cara. No quería que Rocío la viera a punto de llorar, si se iba de Sanagasta se escapaba con ella, no le importaba nada. Pero entonces escuchó la mejor noticia posible, la mejor noticia que había escuchado en su vida.

Le dije, le pedí que nos quedáramos y mi papá me dijo que de Sanagasta nos íbamos, pero nomás para La Rioja, él ya habló para un trabajo ahí con la secretaría de turismo, ¿no es buenísimo?

Florencia apretó los labios y después dijo que era genial. Se terminó su vaso de Coca-Cola para tragarse la emoción. Vamos para la plaza de las rosas, dijo Rocío, que se abrieron los pimpollos, no sabés lo lindas que están las flores.

El perro las acompañó y también un resto de CocaCola en la botella. Ya era casi de noche. Todas las calles del centro de Sanagasta estaban asfaltadas e

iluminadas. A través de las ventanas de algunas casas se podía ver a la gente reunida, muchas mujeres, rezando el rosario. A Florencia le daban un poco de miedo esas reuniones, sobre todo cuando había velas encendidas y el resplandor titilante iluminaba las caras y los ojos cerrados. Parecía un funeral. En su familia nadie rezaba. En eso eran muy raros.

Rocío se sentó en uno de los bancos y dijo por fin: Flor, ahora te puedo contar, allá en el quiosco no daba, a ver si nos escuchaban. Me tenés que ayudar con una cosa.

Con qué.

No, primero decime que me vas a ayudar, prometeme.

Bueno.

Ahora te puedo mostrar, entonces.

Rocío abrió la mochila que había cargado todo el camino hasta la plaza y le mostró el contenido, que bajo la luz del farol hizo saltar a Florencia: le pareció que esa carne era un animal muerto, un pedazo de cuerpo humano, algo macabro. Pero no: eran chorizos. Para aliviarse y para que Rocío no se riera de su momento de pánico, dijo qué querés, ¿que te ayude a hacer un asado?

No, boluda, es para hacerla cagar a la Elena.

Entonces Rocío explicó su plan y en sus ojos se notaba que odiaba a Elena. Sabía, se le notaba, que era novia de su papá. Sabía que habían discutido por el tema de la escuela de policía, pero que el problema verdadero era otro. Sin embargo, no lo admitía. Solamente era obvio por cómo hablaba de ella, porque le temblaba la voz de alegría cuando la imaginaba humillada. Era obvio que quería castigar a Elena y defender a su mamá. Florencia hizo fuerza con la mente, le habían dicho una vez que, si deseaba algo de verdad, podía lograr que sucediera y ella quería que Rocío confiara en ella, que se confesara. Si lo hacía, serían de verdad inseparables. Pero Rocío no lo hizo y a Florencia sólo le quedó aceptar reunirse con ella, después de cenar, en la parte de atrás de la Hostería, con una linterna.

Se podía entrar por la pileta, esa parte siempre estaba abierta. En Sanagasta nadie cerraba las puertas con llave, además. La Hostería estaba fuera de temporada, así que todo el edificio grande que rodeaba como una herradura el parque de la pileta permanecía cerrado. Solamente se usaba el edificio de adelante, que daba a la calle; la separación entre ambos era el casino, ubicado en el medio, también cerrado en esa época del año, salvo que alguien lo alquilara

para un evento especial. La forma de la Hostería era extraña y, en efecto, se parecía muchísimo a un cuartel.

Florencia y Rocío entraron descalzas para no hacer ruido. Tenían llaves porque el papá de Rocío se había quedado con un juego de la puerta de atrás y una copia de la llave maestra de las habitaciones. Seguramente pensaba devolverlas y, en el furor de la pelea, se había olvidado, pensaba Rocío. En cuanto ella las vio, tuvo la idea: entrar en la Hostería por la noche, cuando la encargada dormía en una habitación del edificio de adelante, bien lejos. Entrar en varias habitaciones, hacer agujeros en los colchones –que eran de gomaespuma: para tajearlos ni siquiera se necesitaba un buen cuchillo–, meter un chorizo adentro de cada uno y volver a hacer las camas. En un par de meses, el olor a carne en descomposición iba a resultar insoportable y, con suerte, iban a tardar mucho en encontrar el origen de la peste. A Florencia la sorprendió la maldad del plan y Rocío le dijo que había visto el método en una película.

No bien abrieron la puerta, apareció el Negro, uno de los perros de la Hostería, el más guardián. Pero el Negro conocía a Rocío y le lamió la mano. Para tranquilizarlo todavía más, ella le dio uno de los chorizos y el Negro se fue a comerlo cerca de un cactus. Entraron sin problemas. El pasillo estaba muy oscuro y cuando Florencia encendió la linterna, sintió un miedo bestial: estaba segura de que iba a iluminar una cara blanca que correría hacia ellas o que el haz de luz dejaría ver los pies de un hombre escondiéndose en un rincón. Pero no había nada. Nada más que las puertas de las habitaciones, algunas sillas, el cartel que indicaba los baños, la salita de internet, con la computadora apagada y algunas fotos enmarcadas de las Chayas de años anteriores; la Hostería siempre se llenaba en la Chaya y se organizaban festivales chayeros en el parque.

Rocío le hizo señas para que se apurara. Estaba muy linda en la oscuridad, pensó Florencia, con el pelo atado en una cola de caballo y un pulóver oscuro porque de noche en Sanagasta siempre hacía frío. En el silencio del edificio vacío podía escuchar su respiración agitada. Estoy renerviosa, le susurró Rocío al oído, y se llevó la mano de Florencia que no cargaba la linterna al pecho. Sentí cómo me late el corazón. Florencia dejó que Rocío apretara su mano contra esa tibieza y tuvo una sensación extraña, ganas de hacer pis, un hormigueo debajo del ombligo. Rocío le soltó la mano y se metió en una de las habitaciones, pero la sensación quedó ahí y Florencia tuvo que agarrar la linterna con las dos manos porque la luz temblaba.

Tajear el colchón con el cuchillo de cocina que traían resultó fácil, tal como Rocío había vaticinado. Tampoco costó introducir el chorizo por el agujero. De

costado, la abertura del cuchillo se notaba, pero cuando entre las dos pusieron las sábanas otra vez, el truco resultaba perfecto. Nadie podría darse cuenta de que el colchón ocultaba carne; por lo menos, no enseguida. Hicieron lo mismo en dos habitaciones más y Florencia, que empezaba a tener miedo, dijo: por qué no nos vamos, ya está. No, me quedan seis chorizos, vamos, dijo Rocío, y Florencia tuvo que seguirla.

Se metieron en una habitación que daba a la calle, tenían que tener mucho cuidado para que no se viese desde afuera la luz de la linterna porque la persiana que daba al exterior no estaba bien cerrada, hasta entraba un poco de la iluminación de los faroles. A esa hora no andaba nadie por Sanagasta, pero nunca se sabía. ¿Y si alguien se pensaba que había ladrones en la Hostería y les disparaban? Todo podía ser. Lograron hacer el tajo, meter el chorizo y armar la cama sin problemas.

Ay, estoy cansada, dijo Rocío, tirémonos un rato.

Sos loca vos.

No pasa nada, dale, descansemos.

Pero cuando iban a acostarse sobre la cama matrimonial recién hecha, desde afuera llegó un ruido que las obligó a agacharse, asustadas. Fue repentino e imposible: el ruido del motor de un auto o de una camioneta, a un volumen tan alto que no podía ser real, tenía que ser una grabación. Y después otro motor más y entonces alguien empezó a golpear con algo metálico las persianas y las dos se abrazaron en la oscuridad gritando porque a los motores y los golpes en las ventanas se les agregaron corridas de muchos pies alrededor de la Hostería y gritos de hombres; y los hombres que corrían ahora golpeaban todas las ventanas y las persianas e iluminaban con los faros del camión o camioneta o auto la habitación donde ellas estaban, por entre las rendijas de la persiana podían ver los faros, el coche estaba subido al jardín y los pies seguían corriendo y las manos golpeando y algo metálico también golpeaba y se escuchaban gritos de hombre, muchos gritos de hombre; alguno decía: «Vamos, vamos», se escuchó un vidrio roto y se escucharon más gritos. Florencia sintió cómo se hacía pis, no pudo contenerse, no pudo y tampoco podía seguir gritando porque el miedo no la dejaba respirar.

Los faros del auto se apagaron y la puerta de la habitación se abrió de par en par.

Las chicas intentaron levantarse, pero temblaban demasiado. Florencia creyó que se iba a desmayar. Escondió la cara en el hombro de Rocío y la abrazó hasta lastimarla. Habían entrado dos personas. Una encendió la luz y las chicas

reconocieron apenas a Elena, la dueña de la Hostería, y a la empleada que cuidaba el lugar a la noche. Qué hacen acá, dijo Elena cuando las reconoció, y la empleada bajó la pistola que tenía en la mano. Enojada, las levantó por los hombros, pero se dio cuenta de que las chicas estaban demasiado asustadas: las había escuchado gritar como si las estuvieran matando. Sus propios gritos las habían delatado. Las chicas no le tenían miedo a ella, algo más había pasado, pero Elena no se explicaba qué y, cuando intentó interrogarlas, ellas lloraban o le preguntaban si eso había sido la alarma de la Hostería, qué había sido ese ruido y los tipos que golpeaban. Qué alarma, dijo Elena varias veces, de qué tipos hablan, pero las chicas no parecían entender. Una de las dos, la hija del abogado candidato a concejal de La Rioja, se había hecho pis encima. La hija de Mario tenía una mochila llena de chorizos. Qué era todo eso, por Dios. Por qué habían gritado así y durante tanto tiempo. Telma, la empleada, decía que las había escuchado llorando y aullando unos cinco minutos.

Fue la hija de Mario la que habló primero y con más tranquilidad: dijo que habían escuchado autos, que habían visto faroles, habló otra vez de corridas y golpes en las ventanas. Elena se enojó. La pendeja le mentía, se inventaba esa historia de fantasmas para arruinarle la Hostería como había querido arruinársela Mario; la traicionaba como Mario, seguramente por orden de él. No quiso escuchar más. Llamó por teléfono a la mujer del abogado y a Mario, les contó que había encontrado a las chicas en la Hostería, y les pidió que vinieran a buscarlas. Esta vez no llamo a la policía, les dijo, pero, si vuelve a pasar, van a la comisaría.

Rocío y Florencia se separaron de su abrazo a los tirones cuando vinieron a buscarlas. Mañana te llamo, se dijeron, fue todo cierto, nos puso una alarma, no, no era una alarma, se decían cosas al oído y no escuchaban el enojo de sus padres, que exigían explicaciones, explicaciones que no iban a recibir esa noche. La mamá de Florencia le cambió los pantalones meados a su hija en silencio, con cara de preocupada. Mañana me contás todo, dijo, y le costaba seguir fingiendo enojo: se la notaba un poco asustada. Ah, y no la ves más a tu amiga, eh. Hasta que tu padre diga que volvemos a La Rioja, te quedás en casa todo el tiempo. Castigada y sin protestar. Pendejas de mierda a mí quién me mandó esta desgracia se puede saber.

Florencia se subió la frazada hasta casi taparse la cara y decidió que nunca más iba a apagar el velador. No le preocupaba la amenaza de no ver a Rocío: tenía el celular con mucho crédito y sabía que, al final, su mamá iba a aflojar. Ahora le preocupaba mucho más dormir. Tenía miedo de los hombres que

corrían, del auto, de los faros. ¿Quiénes eran, adónde se habían ido? ¿Y si venían a buscarla otra vez, otro día? ¿Y si la seguían hasta La Rioja? La puerta de su habitación estaba entreabierta y empezó a transpirar cuando vio que alguien se movía en el pasillo, pero era solamente su hermana.

Qué pasó.

Nada, dejame.

Te *measte*. Algo pasó.

Dejame.

Lali frunció la boca y después le sonrió.

Ya vas a contar, no te va a quedar otra, una semana encerrada conmigo en esta casa de mierda. Olvidate de tu amiguita.

Andate a cagar.

Andá a cagar vos. Y te conviene contarme o si no...

Si no qué.

Si no, le cuento a mamá que sos tortita. Todo el mundo se da cuenta menos ella. Te agarraron a los chupones con tu amiga, ¿no?

Lali se rió, señaló a Florencia con un dedo y cerró la puerta.

LOS AÑOS INTOXICADOS

1989

Ese verano se cortaba la electricidad en turnos de seis horas, una orden del gobierno porque el país ya no tenía energía, y nosotras no entendíamos muy bien qué significaba eso. Nuestros padres decían que el ministro de Obras Públicas había anunciado las medidas necesarias para evitar un apagón generalizado en una sala iluminada apenas por un sol de noche: como en un campamento, repetían. ¿Qué sería un apagón generalizado? ¿Quería decir que íbamos a estar a oscuras para siempre? La posibilidad era increíble, estúpida, ridícula. Inútiles, los adultos, pensábamos, qué inútiles. Nuestras madres lloraban en la cocina porque no tenían plata o no tenían luz o no podían pagar el alquiler o la inflación les había mordido el sueldo hasta que no alcanzaba más que para pan y carne barata, pero a nosotras no nos daba lástima, nos parecían cosas tan estúpidas y ridículas como la falta de electricidad.

Teníamos una camioneta, mientras tanto. Era del novio de Andrea, la más linda de nosotras, la que sabía cortar los jeans para convertirlos en shorts fabulosos y usaba tops de encaje que compraba con plata que le robaba a su madre. El nombre del novio no importa, tenía una camioneta que usaba durante la semana para repartir mercadería, pero los fines de semana era toda nuestra. Fumábamos una marihuana venenosa traída de Paraguay que cuando estaba seca olía a orina y plaguicidas pero era barata y efectiva. Fumábamos entre las tres y después, cuando ya estábamos totalmente locas, nos subíamos a la parte de atrás de la camioneta, que no tenía ventanas ni luz alguna porque no estaba pensada para personas, estaba pensada para cargar latas de garbanzos y arvejas. Le pedíamos al novio de Andrea que manejara muy rápido, que frenara, que girara varias veces alrededor de la rotonda de entrada a la ciudad, le pedíamos que acelerara en las esquinas y que nos hiciera saltar en los lomos del burro; y él hacía todo porque estaba enamorado de Andrea y tenía la esperanza de que alguna vez ella lo quisiera también.

Nosotras gritábamos y nos caíamos una encima de la otra; era mejor que la montaña rusa y que el alcohol. Despatarradas en la oscuridad, sentíamos que cada golpe en la cabeza podía ser el último y a veces, cuando el novio de Andrea tenía que parar porque lo detenía alguna luz roja, nos buscábamos en la

oscuridad para comprobar si todavía estábamos vivas. Y nos reíamos a los gritos, transpiradas, a veces ensangrentadas, el interior de la camioneta olía a estómagos vacíos y cebolla, a veces también al champú de manzana que compartíamos. Compartíamos muchas cosas: la ropa, el secador de pelo, la cera para depilarnos; la gente decía que éramos parecidas, físicamente parecidas, pero se trataba nada más que de una ilusión óptica porque nos copiábamos los gestos y la forma de hablar. Andrea era hermosa, alta, tenía las piernas delgadas y separadas; Paula era demasiado rubia y, cuando estaba mucho tiempo al sol, se ponía horriblemente colorada y yo no conseguía tener la panza chata ni que mis muslos dejaran de rozarse –e irritarse– al caminar.

El novio de Andrea nos hacía bajar después de una hora, cuando ya se aburría o tenía miedo de que la policía detuviera la camioneta y pensara que a lo mejor llevaba chicas secuestradas. A veces nos dejaba en la puerta de la casa de alguna de nosotras, a veces en la plaza Italia, donde les comprábamos a los hippies de la feria artesanal esa marihuana venenosa que se llamaba Punto Rojo. También tomábamos clericó que uno de los hippies hacía en una lata de tomates de cinco litros, con pedazos de fruta grandísimos porque era perezoso y siempre estaba demasiado borracho como para cortar las bananas, naranjas y manzanas en trozos prolijos. Una vez encontramos un pomelo entero y una de nosotras se lo puso en la boca, como un lechón navideño, y corrió entre los puestos; ya era de noche y las artesanías se iluminaban con un generador que compartían todos los feriantes.

Volvíamos a casa muy tarde, muchas horas después de que la feria cerrara; nadie nos prestaba atención ese verano. La duración de los cortes de electricidad no se respetaba así que pasábamos las noches más largas de nuestras vidas muertas de calor en patios y veredas escuchando la radio, usando pilas y baterías que parecían perder la carga cada vez más rápido a medida que pasaban los días.

1990

El presidente había tenido que entregar el mando antes del final de su período y a nadie le gustaba demasiado el nuevo aunque había ganado las elecciones por una mayoría impresionante. La resignación apestaba en el aire y en las bocas torcidas de la gente amargada y de los padres quejosos, a quienes despreciábamos más que nunca. Pero el nuevo presidente había prometido que el teléfono no iba a tardar años en llegar una vez que se hacía el pedido: la empresa de comunicaciones era tan ineficiente que algunos de nuestros vecinos esperaban

el aparato desde hacía una década y a veces, cuando llegaban los técnicos y lo instalaban, había fiestas espontáneas. Nunca avisaban cuándo iban a venir. Nosotras teníamos teléfono, todas, de pura suerte, y pasábamos horas hablando hasta que nuestros padres nos cortaban gritando. Paula decidió, en una de esas conversaciones por teléfono, una tarde de domingo, que teníamos que empezar a ir a Buenos Aires, que podíamos mentir y decir que salíamos de noche en nuestra ciudad, pero en realidad nos tomaríamos el ómnibus que salía los sábados temprano y pasaríamos la noche allá, y de madrugada ya otra vez a la estación y a la mañana en casa; nuestros padres nunca se enterarían.

Nunca se enteraron.

Yo me enamoré del mozo de un bar que se llamaba Bolivia; me rechazó, soy puto reputo, me dijo, a mí qué me importa, le grité, y me tomé casi un litro de ginebra y si me acosté con alguien esa noche no me acuerdo. Desperté en el ómnibus de vuelta, ya de día, con la remera sucia de vómito. Tuve que pasar por la casa de Andrea para lavarme antes de volver a la mía. En la casa de Andrea nadie hacía preguntas: su padre estaba siempre borracho y ella tenía llave de su habitación para evitar que él se le metiera de noche. Cuando la visitábamos, era mejor quedarse en la cocina, el padre solamente entraba ahí a buscar más hielo para el vino.

En esa cocina juramos que nunca tendríamos novios. Juramos con sangre, cortándonos apenas, y con besos, en la oscuridad porque la electricidad no existía otra vez. Juramos pensando en el padre borracho, en qué íbamos a hacer si entraba y nos encontraba sangrando abrazadas; era alto y fuerte, pero siempre caminaba tambaleándose, debía ser muy fácil darle un empujón. Andrea no quería dárselo, era débil con los hombres; yo prometí nunca volver a enamorarme y Paula dijo que nunca se iba a dejar tocar por un varón.

Una noche, cuando volvíamos de Buenos Aires más temprano de lo normal, una chica se levantó de uno de los asientos adelante de nosotras, se acercó al chofer y le pidió bajar. El chofer frenó sorprendido y le dijo que no tenía parada ahí. Estábamos atravesando el parque Pereyra. A mitad de camino entre Buenos Aires y nuestra ciudad está ese parque enorme que alguna vez fue una estancia de más de diez mil hectáreas y que Perón expropió a sus millonarios dueños; ahora es una reserva ecológica que parece un bosque algo siniestro, húmedo, en el que apenas entra el sol. El asfalto lo divide por la mitad. La chica insistió. Muchos pasajeros se despertaron; un hombre dijo: «Pero adónde querés ir a esta hora, querida.» La chica, que era de nuestra edad y tenía el pelo atado en una cola de caballo, lo miró con un odio horrible que lo dejó mudo. Lo miró como

una bruja, como una asesina, como si tuviera poderes. El chofer la dejó bajar y ella corrió hacia los árboles; desapareció en una nube de tierra cuando el ómnibus volvió a arrancar. Una señora se quejó en voz alta, «cómo la dejan sola a esta hora, le pueden hacer cualquier cosa». Ella y el chofer discutieron casi hasta que llegamos a la estación.

Nunca nos olvidamos de esa mirada y de esa chica. Nadie le iba a hacer daño, de eso estábamos seguras: si alguien podía ser dañino, era ella. No llevaba bolso ni mochila. Estaba vestida con ropa demasiado veraniega para el fresco de la noche de otoño. Una vez fuimos a buscarla: el novio de Andrea, el de la camioneta, no existía más en nuestras vidas, pero había otro chico, el hermano de Paula, que ya manejaba el auto de su padre. No sabíamos exactamente dónde había bajado la chica, pero no era tan lejos del molino –el parque tiene un molino estilo holandés que no produce nada, es una chocolatería para los turistas–. Caminando entre los árboles descubrimos senderos y también la casa que alguna vez había sido parte de la estancia. Ahora está recuperada, se puede visitar como museo y hasta se hacen fiestas de casamiento exclusivas, pero entonces nada más la cuidaba el guardaparque y parecía contener la respiración entre los pinos, secreta y vacía.

A lo mejor es la hija del guardaparque, nos dijo el hermano de Paula, y nos trajo de vuelta a casa riéndose de nosotras, las nenas bobas que habían creído ver un fantasma.

Pero yo sé que no era la hija de nadie esa chica.

1991

El colegio secundario no se terminaba nunca y empezamos a ir con petacas de whisky escondidas en la mochila. Tomábamos en el baño y le robábamos Emotival a mi mamá. Emotival era una pastilla que ella tomaba porque estaba deprimida y etcétera. No nos provocaba nada particular, solamente un sueño espantoso y un cansancio que nos hacía dormir con la boca abierta y roncar en clase. Llamaron a nuestros padres, pero ellos creyeron que, como nos acostábamos muy tarde, la causa de nuestros comas matinales era la falta de sueño nocturno. Seguían tan estúpidos como siempre aunque ahora estaban menos nerviosos por la inflación y la falta de dinero: la nueva ley monetaria establecía que un peso valía un dólar y aunque nadie se lo creía del todo escuchar dólar, dólar, dólar los llenaba de alegría, a mis padres y a todos los adultos.

Igual, seguíamos siendo bastante pobres. Mi familia alquilaba. La de Paula tenía una casa a medio terminar, con habitaciones viejas comunicadas, era un asco, sus hermanos ya eran grandes y, para ir al baño, ella tenía que atravesar sus cuartos y a veces los encontraba masturbándose. El departamento de Andrea era de su familia, pero nunca podían pagar las cuentas a tiempo y cuando no les cortaban la luz, les cortaban el teléfono; su madre no conseguía trabajo más que como enfermera de viejos y el padre borracho seguía gastando en vino y cigarrillos.

Nosotras creíamos, igual, que podíamos ser ricas. Que ser rico era algo que quedaba en el futuro. Hasta que conocimos a Ximena. Era una compañera nueva, venía de la Patagonia, sus padres tenían algo que ver con el petróleo. Cuando nos invitó a su casa, dábamos vueltas sobre nosotras mismas tratando de verlo todo, nos chocábamos con los rincones, queríamos sacar fotos. Tenía un pequeño puente dentro de la casa, en el living, un lago bajo techo con plantas flotantes, nenúfares, algas. Ninguna de las habitaciones tenía piso de baldosas, todos eran de madera, y en las paredes, blancas, había cuadros; el fondo, con piscina, tenía rosales y caminos de piedras blancas. La casa, desde afuera, no parecía demasiado linda, pero adentro era una locura, los detalles, el olor a perfume en el ambiente, los sillones de pana colorados y algunas alfombras que no estaban deshilachadas ni gastadas. Enseguida detestamos a Ximena. Ella era fea, tenía una cicatriz vertical en el mentón y en el colegio le decían Cara de Culo por eso. La convencimos de que le robara plata a su mamá, ¡era tan fácil para ella!, y comprara drogas. A veces, pastillas en la farmacia: ahora son muy estrictos, pero entonces, si una le decía al farmacéutico que tenía un hermano autista o un padre psicótico, le vendían medicación sin receta. Sabíamos los nombres de algunos medicamentos para los locos porque anotábamos cuando alguien los mencionaba. Cuando tomamos las pastillas azules que después evitamos para siempre, la pobre Ximena se trastornó tanto que quiso incendiar el piso de madera finísimo de su habitación y hablaba de ojos que flotaban por toda la casa. A nosotras no nos impresionó porque uno de los hippies de la feria artesanal había terminado internado el año anterior después de comer demasiados hongos: decía que unos hombrecitos de centímetros de altura le tiraban flechitas al cuello. Tanto se quiso arrancar las supuestas flechitas que se rascó el codo hasta casi abrirse la yugular con las uñas. Lo llevaron al instituto psiquiátrico de Romero y no se supo nada más de él. Quería ser novio de Paula, la llamaba mi compañera espiritual. Paula le robaba ácidos para tomar en los cumpleaños. Tenía pocos dientes y sus amigos le decían Jeremías.

A Ximena le tuvieron que lavar el estómago y nos culparon a nosotras. No nos importó, salvo por la plata. Entonces empezamos a odiar a los ricos.

1992

Por suerte apareció Roxana, la vecina nueva, en nuestra calle. Tenía dieciocho y vivía sola. Su casa quedaba al final de un pasillo y nosotras estábamos tan flacas que podíamos entrar por entre las rejas de la puerta si alguien cerraba con llave. Roxana nunca tenía comida en la casa, las alacenas vacías recorridas por bichos muertos de hambre en busca de migas inexistentes, la heladera enfriando una Coca-Cola y algunos huevos. La falta de comida era buena: nos habíamos prometido comer lo menos posible. Queríamos ser livianas y pálidas como chicas muertas. No queremos dejar huellas en la nieve, decíamos, aunque en nuestra ciudad jamás nevaba.

Una vez, entramos en la casa de Roxana y vimos, sobre la mesa de la cocina y al lado de la pava –eso sí tenía siempre: yerba para el mate–, lo que nos pareció una enorme lámpara blanca, del estilo de las que usan las adivinas, una bola mágica, un espejo del futuro. Pero no: era cocaína, de uno de sus amigos. Antes de venderla, quería quedarse con una parte y creía que los compradores no iban a darse cuenta del faltante.

Nos dejó raspar la bola mágica con una gillette y nos enseñó a tomar calentando un plato de loza con un encendedor; así no se humedecía, explicaba, no quedaba pegada al plato y bajaba genial. Era genial y nosotras éramos geniales con la luz blanca en la cabeza y la lengua dormida. Tomábamos en la mesa y también en el espejo de la habitación de Roxana: ella lo ponía justo en el centro y nosotras nos sentábamos alrededor, como si el espejo fuera un lago donde hundíamos la cabeza para beber, las paredes manchadas con la pintura desprendiéndose eran nuestro bosque. Tomábamos cuando salíamos y guardábamos la cocaína en papeles plateados de cigarrillos y a veces en bolsitas de polietileno. Yo prefería las lapiceras, Paula tenía su propio canuto de metal, Andrea prefería fumar marihuana porque no se aguantaba la taquicardia y Roxana usaba rollos de billetes y contaba mentiras. Decía que su primo se había perdido explorando las líneas de Nazca en México. Ninguna de nosotras le aclaraba que las líneas quedaban en Perú. Decía que había estado en un parque de diversiones donde cada puerta, cuando se abría, llevaba a una habitación diferente hasta que se encontraba la correcta y que podían ser cientos de habitaciones, que el juego ocupaba hectáreas. No le decíamos que habíamos

leído algo parecido en un libro para chicos que se llamaba *El museo de los sueños*. Decía que en el parque Pereyra se reunían brujas y que hacían rituales alabando a un hombre hecho de paja y, aunque nos sobresaltaba escuchar sobre ritos en el parque, no le decíamos que lo que describía se parecía mucho a una película que habíamos visto en televisión un sábado a la tarde, una película de terror buenísima donde mataban chicas para que volviera la fertilidad a una isla inglesa.

A veces no tomábamos cocaína y preferíamos un poco de ácido con alcohol. Apagábamos las luces y jugábamos en la oscuridad con inciensos encendidos; parecían luciérnagas y a mí me hacían llorar, me hacían acordar a una casa de tejas con parque lejos de la ciudad, una casa con estanque donde jugaban los sapos y volaban las luciérnagas entre los árboles.

Una tarde, cuando jugábamos con el incienso, pusimos un disco, *Ummagumma*, de Pink Floyd, y sentimos que nos perseguía algo por la casa, un toro quizá, o un cerdo salvaje, con dientes cuernos, y corrimos, nos chocamos, nos lastimamos. Fue como estar en la camioneta otra vez, pero dentro de una pesadilla.

1993

En nuestro último año de colegio Andrea conoció a su nuevo novio, que cantaba en una banda punk. Cambió. Se puso un collar de perro en el cuello, se tatuó los brazos con estrellas y calaveras y ya no pasaba los viernes a la noche con nosotras.

Yo me di cuenta de que se había acostado con él. Andrea olía diferente y a veces nos miraba con desprecio y sonrisas. Le dije que era una traidora. Le recordé a Celina, una compañera de colegio –un poco más grande que nosotras– que había muerto después de su cuarto aborto, desangrada en la calle, cuando intentaba llegar al hospital. Eran ilegales los abortos y las mujeres que los hacían enseguida arrojaban a las chicas a la calle; en los consultorios había perros, decían que los animales se comían los fetos para no dejar rastros. Ella nos miró enojada y dijo que no le importaba morir. La dejamos llorando en la plaza.

Paula y yo estábamos furiosas y decidimos tomar el ómnibus hasta el parque Pereyra. Volvíamos para buscar otra vez a la chica del bosque. ¿Podía ser la tercera amiga si Andrea nos abandonaba? Ya habían construido la autopista, así que por el parque circulaban los peores ómnibus, los que tenían mugre vieja pegada en los asientos, olor a nafta y sudor, el suelo pegajoso de gaseosa

derramada y posiblemente orina. Nos bajamos en el parque al atardecer. A esa hora había familias todavía, chicos corriendo sobre el pasto, algunos jugando al fútbol. Qué peste, dijo Paula, y nos sentamos bajo un pino a esperar la noche. Pasó un cuidador con su linterna y nos preguntó si ya nos íbamos.

Sí, le dijimos.

El próximo ómnibus pasa en media hora, dijo él, es mejor si se acercan a la ruta.

Ya vamos, le dijimos, y le sonreí. Paula no sonreía porque estaba tan delgada que cuando los dientes se le asomaban parecía una calavera.

Tengan mucho cuidado con los alacranes, dijo. Si sienten una picadura, griten, las voy a escuchar.

Más sonrisa.

Ese septiembre, excepcionalmente caluroso, hubo una invasión de escorpiones. Yo pensé que a lo mejor podía dejar que alguno me picara y morir. Así capaz nos recordaban, como a Celina muerta en la calle con su feto sangrando entre las piernas. Me acosté sobre el pasto y pensé en el veneno. Paula, mientras tanto, caminaba entre los árboles y preguntaba, en voz baja: «¿Estás ahí?» Me vino a buscar cuando escuchó un roce entre los árboles, cuando vio una sombra blanca. Las sombras no son blancas, le dije. Ésta era blanca, me aseguró. Caminamos hasta quedar agotadas. La falta de energía era el peor efecto de dejar de comer. Valía la pena, salvo en este caso, cuando queríamos encontrar a nuestra amiga, la chica que miraba con odio.

No la encontramos. Tampoco nos perdimos: la luz de la luna iluminaba lo suficiente para distinguir los caminos que llevaban a la ruta. Paula descubrió una cinta blanca que, creía, podía ser de nuestra amiga del parque Pereyra. A lo mejor nos la dejó como un mensaje, me dijo. No creo, pensé, seguro se le perdió a alguno de los que hacían pícnic en el parque, pero no le dije nada porque la vi convencida, contenta con su amuleto, segura de que era un mensaje. Sentí una punzada en la pierna, pero no era el aguijón ni la muerte, era una ortiga que me quemó la pierna y la cubrió de puntos rojos ensangrentados.

1994

Paula festejó su cumpleaños en la casa de Roxana. Para la fiesta conseguimos un ácido que, según nos habían dicho, recién había llegado de Holanda. Le decían Dragoncito. ¿Era más fuerte el ácido importado? Como no sabíamos, por las dudas, tomamos menos de lo habitual, apenas un cuarto. Pusimos un disco de

Led Zeppelin. Sabíamos que al novio de Andrea le iba a molestar y eso queríamos, molestarlo. Llegó cuando el disco estaba terminando. Escuchábamos vinilos todavía, en esa época, aunque podíamos comprar CD. Eran baratas las cosas electrónicas, los televisores y los equipos de música, las videograbadoras y las cámaras. No podía durar mucho, decían mis padres, no puede ser cierto que un peso argentino tenga el mismo valor que un dólar, pero estábamos tan hartas de lo que decían ellos, mis padres, los otros padres, siempre anunciando el fin, la catástrofe, la vuelta de los cortes de luz, todos los males patéticos. Ahora ya no lloraban por la inflación: lloraban porque no tenían trabajo. Lloraban como si ellos no tuvieran la culpa de nada. Nosotras odiábamos a la gente inocente.

Cuando llegaron Andrea y su novio punk justo sonaba la más hippie de las canciones del disco, la de irse a California y encontrar una chica con flores en el pelo, y el novio de Andrea frunció la cara y dijo qué embole, qué viejos chotos. El hermano de Paula, que siempre era amigable, le convidó un poco de ácido, un cuartito nada más porque no quería desperdiciar en el punk. El ácido también es muy hippie, le dijo el hermano de Paula y el punk contestó que sí, pero, como era algo químico y artificial, le gustaba. Prefería todo lo químico, dijo, los jugos en polvo, las pastillas, el nailon.

Estábamos en la habitación de Roxana. El espejo colgaba de la pared: había bastante gente en la casa, muchos desconocidos, como suele pasar en las casas de drogas, esas caras entrevistas en sueños que sacan cerveza de la heladera y vomitan en el inodoro y a veces se roban la llave o tienen un gesto de generosidad y compran más bebida cuando la fiesta está por terminar. El ácido era como una descarga eléctrica muy delicada. Nos temblaban los dedos, nos poníamos las manos frente a los ojos y las uñas parecían azules. Andrea estaba de vuelta con nosotras y cuando pusimos *Led Zeppelin III* quiso bailar, gritaba sobre las tierras de hielo y nieve y sobre el martillo de los dioses, y recién en «Since I've Been Loving You», a lo mejor porque era un blues de amor, se dio vuelta a mirar a su novio punk. Él estaba sentado en un rincón y parecía muerto de miedo. Señalaba algo con el dedo índice y repetía no sé qué porque la música estaba demasiado alta. A mí me causó gracia, no le quedaba nada del labio torcido arrogante y se había sacado los anteojos, tenía los ojos casi negros de tan dilatadas las pupilas.

Me acerqué a él caminando despacio y traté de imitar la mirada de odio de la chica del parque Pereyra. La electricidad me erizaba el pelo, sentía que se había convertido en cables o que estaba demasiado liviano, como cuando un televisor

recién se apaga y la estática atrapa el cabello, que queda pegado sobre la pantalla.

¿Tenés miedo?, le pregunté, y me contestó con una mirada confundida. Era lindo, por eso Andrea nos abandonaba. Era lindo y era inocente. Le agarré el mentón y con la otra mano le pegué en la cabeza, un golpe de puño cerca de la sien. El pelo, tan bien acomodado por el gel, se volvió un montón sin sentido sobre su frente. Paula, desde atrás, riéndose, le tiró con las tijeras que habíamos usado para cortar los cartones de ácido. Recién entonces me di cuenta de que se había puesto la cinta blanca de la chica del bosque en el pelo. De pura mala suerte, la tijera le pegó al novio punk sobre la ceja, esa parte de la cara que sangra mucho, nosotras lo sabíamos porque alguna vez nos habíamos cortado la frente adentro de la camioneta después de alguna frenada violenta. Él se asustó, el punk, se asustó mucho cuando la sangre le goteó sobre la remera blanca y seguramente vio lo mismo que nosotras, o algo parecido distorsionado por el ácido: sus manos llenas de sangre, las paredes manchadas, nosotras con cuchillos a su alrededor. Quiso salir corriendo de la casa, pero no encontraba la puerta. Andrea lo siguió, trataba de hablarle, pero él no le entendía. Cuando salió al patio, el novio punk se llevó por delante una maceta y en el piso empezó a temblar, no sé si de miedo o si serían convulsiones. El disco se terminó, pero no hubo silencio: escuchamos algunos gritos y risas, alguien estaba alucinando con escorpiones o a lo mejor los bichos habían invadido de verdad la casa.

Paradas, rodeamos al novio punk. En el suelo, con los ojos entrecerrados y la sangre en el pecho, parecía insignificante. No se movía. Paula se guardó en el bolsillo del jean un cuchillo casi de juguete, un cuchillito para untar jalea sobre el pan. No lo vamos a necesitar, dijo.

¿Está muerto?, preguntó Andrea, y le brillaron los ojos.

Alguien volvió a poner música, allá, en la casa, que parecía tan lejos. Paula se sacó la cinta del pelo y se la ató en la muñeca. Volvimos a la casa, a bailar. Esperábamos que Andrea abandonara al chico en el suelo y volviera a nosotras, otra vez las tres con nuestras uñas azules, intoxicadas, bailando frente al espejo que no reflejaba a nadie más.

LA CASA DE ADELA

Todos los días pienso en Adela. Y si durante el día no aparece su recuerdo – las pecas, los dientes amarillos, el pelo rubio demasiado fino, el muñón en el hombro, las botitas de gamuza–, regresa de noche, en sueños. Los sueños con Adela son todos distintos, pero nunca falta la lluvia ni faltamos mi hermano y yo, los dos parados frente a la casa abandonada, con nuestros pilotos amarillos, mirando a los policías en el jardín que hablan en voz baja con nuestros padres.

Nos hicimos amigos porque ella era una princesa de suburbio, mimada en su enorme chalet inglés insertado en nuestro barrio gris de Lanús, tan diferente que parecía un castillo, y sus habitantes, los señores, y nosotros, los siervos en nuestras casas cuadradas de cemento con jardines raquíticos. Nos hicimos amigos porque ella tenía los mejores juguetes importados, que le traía su papá de Estados Unidos. Y porque organizaba las mejores fiestas de cumpleaños cada 3 de enero, poco antes de Reyes y poco después de Año Nuevo, al lado de la pileta, con el agua que, bajo el sol de la siesta, parecía plateada, hecha de papel de regalo. Y porque tenía un proyector y usaba las paredes blancas del living para ver películas mientras el resto del barrio todavía tenía televisores blanco y negro.

Pero, sobre todo, nos hicimos amigos de ella, mi hermano y yo, porque Adela tenía un solo brazo. O a lo mejor sería más preciso decir que le faltaba un brazo. El izquierdo. Por suerte no era zurda. Le faltaba desde el hombro; tenía ahí una pequeña protuberancia de carne que se movía, con un retazo de músculo, pero no servía para nada. Los padres de Adela decían que había nacido así, que era un defecto congénito. Muchos otros chicos le tenían miedo, o asco. Se reían de ella, le decían monstruita, adefesio, bicho incompleto; decían que la iban a contratar en un circo, que seguro estaba su foto en los libros de medicina.

A ella no le importaba. Ni siquiera quería usar un brazo ortopédico. Le gustaba ser observada y nunca ocultaba el muñón. Si veía la repulsión en los ojos de alguien, era capaz de refregarle el muñón por la cara o sentarse muy cerca y rozar el brazo del otro con su apéndice inútil, hasta humillarlo, hasta dejarlo al borde de las lágrimas.

Nuestra madre decía que Adela tenía un carácter único, era valiente y fuerte, un ejemplo, una dulzura, qué bien la criaron, qué buenos padres, insistía. Pero

Adela decía que sus padres mentían. Sobre el brazo. No nació así, contaba. Y qué pasó, le preguntábamos. Y entonces ella contaba su versión. Sus versiones, mejor dicho. A veces contaba que la había atacado su perro, un dóberman negro llamado Infierno. El perro se había vuelto loco, les suele pasar a los dóberman, una raza que, según Adela, tenía un cráneo demasiado chico para el tamaño del cerebro; por eso les dolía siempre la cabeza y se enloquecían de dolor, se les trastornaba el cerebro apretado contra los huesos. Decía que la había atacado cuando ella tenía dos años. Se acordaba: el dolor, los gruñidos, el ruido de las mandíbulas masticando, la sangre manchando el pasto, mezclada con el agua de la pileta. Su padre lo había matado de un tiro; excelente puntería, porque el perro, cuando recibió el disparo, todavía cargaba con Adela bebé entre los dientes.

Mi hermano no creía en esta versión.

–A ver, ¿y la cicatriz dónde está?

Ella se molestaba.

–Se curó rebién. No se ve.

–Imposible. Siempre se ven.

–No quedó cicatriz de los dientes, me tuvieron que cortar más arriba de la mordida.

–Obvio. Igual tendría que haber cicatriz. No se borra así nomás.

Y le mostraba su propia cicatriz de apendicitis, en la ingle, como ejemplo.

–A vos porque te operaron médicos de cuarta. Yo estuve en la mejor clínica de Capital.

–Bla bla bla –le decía mi hermano, y la hacía llorar. Era el único que la enfurecía. Y, sin embargo, nunca se peleaban del todo. Él disfrutaba con sus mentiras. A ella le gustaba el desafío. Y yo solamente escuchaba y así pasaban las tardes después de la escuela hasta que mi hermano y Adela descubrieron las películas de terror y cambió todo para siempre.

No sé cuál fue la primera película. A mí no me daban permiso para verlas. Mi mamá decía que era demasiado chica. Pero Adela tiene mi misma edad, insistía yo. Problema de sus papás si la dejan: ya te dije que no, decía mi mamá, y era imposible discutir con ella.

–¿Y por qué a Pablo lo dejás?

–Porque es más grande que vos.

–¡Porque es varón! –gritaba mi papá, entrometido, orgulloso.

–¡Los odio! –gritaba yo, y lloraba en mi cama hasta quedarme dormida.

Lo que no pudieron controlar fue que mi hermano Pablo y Adela, llenos de compasión, me contaran las películas. Y cuando terminaban de contarme las películas, contaban más historias. No puedo olvidarme de esas tardes: cuando Adela contaba, cuando se concentraba y le ardían los ojos oscuros, el parque de la casa se llenaba de sombras, que corrían, que saludaban burlonas. Yo las veía cuando Adela se sentaba de espaldas al ventanal, en el living. No se lo decía. Pero Adela *sabía*. Mi hermano no sé. Él era capaz de ocultar mejor que nosotras.

Él supo ocultar hasta el final, hasta su último acto, hasta que solamente quedó de él ese costillar a la vista, ese cráneo destrozado y, sobre todo, ese brazo izquierdo en medio de las vías, tan separado de su cuerpo y del tren que no parecía producto del accidente –del suicidio, le sigo diciendo accidente a su suicidio–; parecía que alguien lo había llevado hasta el medio de los rieles para exponerlo, como un saludo, un mensaje.

La verdad es que no recuerdo cuáles de las historias eran resúmenes de películas y cuáles eran inventos de Adela o Pablo. Desde que entramos en la casa, nunca pude ver una película de terror: veinte años después conservo la fobia y, si veo una escena por casualidad o por error en la televisión, esa noche tomo pastillas para dormir y durante días tengo náuseas y recuerdo a Adela sentada en el sofá, con los ojos quietos y sin su brazo, mientras mi hermano la miraba con adoración. No recuerdo, es cierto, muchas de las historias: apenas una sobre un perro poseído por el demonio –Adela tenía debilidad por las historias de animales–, otra sobre un hombre que había descuartizado a su mujer y había ocultado sus miembros en una heladera y esos miembros, por la noche, habían salido a perseguirlo, piernas y brazos y tronco y cabeza rodando y arrastrándose por la casa, hasta que la mano muerta y vengadora mató al asesino apretándole el cuello –Adela tenía debilidad, también, por las historias de miembros mutilados y amputaciones–; otra sobre el fantasma de un niño que siempre aparecía en las fotos de cumpleaños, el invitado terrorífico que nadie reconocía, de piel gris y sonrisa ancha.

Me gustaban especialmente las historias sobre la casa abandonada. Incluso sé cuándo comenzó la obsesión. Fue culpa de mi madre. Una tarde, después de la escuela, mi hermano y yo la acompañamos hasta el supermercado. Ella apuró el paso cuando pasamos frente a la casa abandonada que estaba a media cuadra del negocio. Nos dimos cuenta y le preguntamos por qué corría. Ella se rió. Me

acuerdo de la risa de mi madre, de lo joven que era esa tarde de verano, del olor a champú de limón de su pelo y de la carcajada de chicle de menta.

–¡Soy más tonta! Me da miedo esa casa, no me hagan caso.

Trataba de tranquilizarnos, de portarse como una adulta, como una madre.

–Por qué –dijo Pablo.

–Por nada, porque está abandonada.

–¿Y?

–No hagas caso, hijo.

–¡Decime, dale!

–Me da miedo que se esconda alguien adentro, un ladrón, cualquier cosa.

Mi hermano quiso saber más, pero mi madre no tenía mucho más para decir. La casa había estado abandonada desde antes de que mis padres llegaran al barrio, antes del nacimiento de Pablo. Ella sabía que, apenas meses antes, se habían muerto los dueños, un matrimonio de viejitos. ¿Se murieron juntos?, quiso saber Pablo. Qué morboso estás, hijo, te voy a prohibir las películas. No, se murieron uno atrás del otro. Les pasa a los matrimonios de viejitos, cuando uno se muere, el otro se apaga enseguida. Y, desde entonces, los hijos se están peleando por la sucesión. Qué es la sucesión, quise saber yo. Es la herencia, dijo mi madre. Se están peleando para ver quién se queda con la casa. Pero es una casa bastante chota, dijo Pablo, y mi mamá lo retó por usar una mala palabra.

–¿Qué mala palabra?

–Sabés perfectamente: no voy a repetir.

–«Chota» no es una mala palabra.

–Pablo, por favor.

–Bueno. Pero está que se cae la casa, mamá.

–Qué sé yo, hijo, querrán el terreno. Es un problema de la familia.

–Para mí que tiene fantasmas.

–¡A vos te están haciendo mal las películas!

Yo creí que le iban a prohibir seguir viendo películas, pero mi mamá no volvió a mencionar el tema. Y, al día siguiente, mi hermano le contó a Adela sobre la casa. Ella se entusiasmó: una casa embrujada tan cerca, en el barrio, a dos cuadras apenas, era la pura felicidad. Vamos a verla, dijo ella. Los tres salimos corriendo. Bajamos a los gritos las escaleras de madera del chalet, muy hermosas (tenían de un lado ventanas con vidrios de colores, verdes, amarillos y rojos, y estaban alfombradas). Adela corría más lento que nosotros y un poco de costado, por la falta del brazo; pero corría rápido. Esa tarde llevaba un vestido blanco, con breteles; me acuerdo de que, cuando corría, el bretel del lado

izquierdo caía sobre su resto de bracito y ella lo acomodaba sin pensar, como si se sacara de la cara un mechón de pelo.

La casa no tenía nada especial a primera vista, pero, si se le prestaba atención, había detalles inquietantes. Las ventanas estaban tapiadas, cerradas completamente, con ladrillos. ¿Para evitar que alguien entrara o que algo saliera? La puerta, de hierro, estaba pintada de marrón oscuro; parece sangre seca, dijo Adela.

Qué exagerada, me atreví a decirle. Ella solamente me sonrió. Tenía los dientes amarillos. Eso sí me daba asco, no su brazo, o su falta de brazo. No se lavaba los dientes, creo; y, además, era muy pálida y la piel traslúcida hacía resaltar ese color enfermizo, como en los rostros de las geishas. Entró en el jardín, muy pequeño, de la casa. Se paró en el pasillo que llevaba a la puerta, se dio vuelta y dijo:

–¿Se dieron cuenta?

No esperó nuestra respuesta.

–Es muy raro, ¿cómo puede ser que tenga el pasto tan corto?

Mi hermano la siguió, entró en el jardín y, como si tuviera miedo, también se quedó en el pasillo de baldosas que iba de la vereda a la puerta de entrada.

–Es verdad –dijo–. Los pastos tendrían que estar altísimos. Mirá, Clara, vení.

Entré. Cruzar el portón oxidado fue horrible. No lo recuerdo así por lo que pasó después: estoy segura de lo que sentí entonces, en ese preciso momento. Hacía frío en ese jardín. Y el pasto parecía quemado. Arrasado. Era amarillo y corto: ni un yuyo verde. Ni una planta. En ese jardín había una sequía infernal y al mismo tiempo era invierno. Y la casa zumbaba, zumbaba como un mosquito ronco, como un mosquito gordo. Vibraba. No salí corriendo porque no quería que mi hermano y Adela se burlaran de mí, pero tenía ganas de escapar hasta mi casa, hasta mi mamá, de decirle sí, tenés razón, esa casa es mala y no se esconden ladrones, se esconde un bicho que tiembla, se esconde algo que no tiene que salir.

Adela y Pablo no hablaban de otra cosa. Todo era la casa. Preguntaban en el barrio sobre la casa. Preguntaban al quiosquero y en el club; a don Justo, que esperaba el atardecer sentado en la puerta de su casa, a los gallegos del bazar y a la verdulera. Nadie les decía nada de importancia. Pero varios coincidieron en que la rareza de las ventanas tapiadas y ese jardín reseco les daba escalofríos, tristeza, a veces miedo, sobre todo miedo de noche. Muchos se acordaban de los

viejitos: eran rusos o lituanos, muy amables, muy callados. ¿Y los hijos? Algunos decían que peleaban por la herencia. Otros que no visitaban a sus padres, ni siquiera cuando se enfermaron. Nadie los había visto. Nunca. Los hijos, si existían, eran un misterio.

–Alguien tuvo que tapiar las ventanas –le dijo mi hermano a don Justo.

–Vos sabés que sí. Pero lo hicieron unos albañiles, no lo hicieron los hijos.

–A lo mejor los albañiles eran los hijos.

–Seguro que no. Eran bien morochos los albañiles. Y los viejitos eran rubios, transparentes. Como vos, como Adelita, como tu mamá. Polacos debían ser. De por ahí.

La idea de entrar en la casa fue de mi hermano. Me lo sugirió primero a mí. Le dije que estaba loco. Estaba fanatizado. Necesitaba saber qué había pasado en esa casa, qué había adentro. Lo deseaba con un fervor muy extraño para un chico de once años. No entiendo, nunca pude entender qué le hizo la casa, cómo lo atrajo así. Porque lo atrajo a él, primero. Y él contagió a Adela.

Se sentaban en el caminito de baldosas amarillas y rosas que partía el jardín seco. El portón de hierro oxidado estaba siempre abierto, les daba la bienvenida. Yo los acompañaba, pero me quedaba afuera, en la vereda. Ellos miraban la puerta, como si creyeran que podían abrirla con la mente. Pasaban horas ahí, sentados, en silencio. La gente que pasaba por la vereda, los vecinos, no les prestaban atención. No les parecía raro o quizá no los veían. Yo no me atrevía a contarle nada a mi madre.

O, a lo mejor, la casa no me dejaba hablar. La casa no quería que los salvara.

Seguíamos reuniéndonos en el living de la casa de Adela, pero ya no se hablaba de películas. Ahora Pablo y Adela –pero sobre todo Adela– contaban historias de la casa. De dónde las sacan, les pregunté una tarde. Parecieron sorprendidos, se miraron.

–La casa nos cuenta las historias. ¿Vos no la escuchás?

–Pobre –dijo Pablo–. No escucha la voz de la casa.

–No importa –dijo Adela–. Nosotros te contamos.

Y me contaban.

Sobre la viejita, que tenía ojos sin pupilas pero no estaba ciega.

Sobre el viejito, que quemaba libros de medicina junto al gallinero vacío, en el fondo.

Sobre el fondo, igual de seco y muerto que el jardín, lleno de pequeños agujeros como madrigueras de ratas.

Sobre una canilla que no dejaba de gotear porque lo que vivía en la casa

necesitaba agua.

A Pablo le costó un poco convencer a Adela de que entrara. Fue extraño. Ahora ella parecía tener miedo: se turnaban. En el momento decisivo, ella parecía entender mejor. Mi hermano le insistía. La agarraba del único brazo y hasta la sacudía. En el colegio, se hablaba de que Pablo y Adela eran novios y los chicos se metían los dedos en la boca, hasta la garganta, haciendo gesto de vómito. Tu hermano sale con la monstrea, se reían. A Pablo y Adela no les molestaba. A mí tampoco. A mí solamente me preocupaba la casa.

Decidieron entrar el último día del verano. Fueron las palabras exactas de Adela, una tarde de discusión en el living de su casa.

–El último día del verano, Pablo –dijo–. Dentro de una semana.

Quisieron que yo los acompañara y acepté porque no quería dejarlos. No podían entrar solos en la oscuridad.

Decidimos entrar de noche, después de la cena. Teníamos que escaparnos, pero salir de casa tarde, en verano, no era tan difícil. Los chicos jugaban en la calle hasta tarde en el barrio. Ahora no es así. Ahora es un barrio pobre y peligroso, los vecinos no salen, tienen miedo de que les roben, tienen miedo de los adolescentes que toman vino en las esquinas y a veces se pelean a tiros. El chalet de Adela se vendió y fue dividido en departamentos. En el parque se construyó un galpón. Es mejor, creo. El galpón oculta las sombras.

Un grupo de chicas jugaba al elástico en medio de la calle; cuando pasaba un auto –circulaban muy pocos–, paraban para dejarlo pasar. Más lejos, otros pateaban una pelota y donde el asfalto era más nuevo, más liso, algunas adolescentes patinaban. Pasamos entre ellos, desapercibidos.

Adela esperaba en el jardín muerto. Estaba muy tranquila, iluminada. Conectada, pienso ahora.

Nos señaló la puerta y yo gemí de miedo. Estaba entreabierta, apenas una rendija.

–¿Cómo? –preguntó Pablo.

–La encontré así.

Mi hermano se sacó la mochila y la abrió. Traía llaves, destornilladores, palancas; herramientas de mi papá que había encontrado en una caja, en el lavadero. Ya no las iba a necesitar. Estaba buscando la linterna.

–No hace falta –dijo Adela.

La miramos confundidos. Ella abrió la puerta del todo y entonces vimos que

adentro de la casa había luz.

Recuerdo que caminamos de la mano bajo esa luminosidad que parecía eléctrica, aunque en el techo, donde debería haber lámparas, sólo había cables viejos, asomando de los huecos como ramas secas. Parecía la luz del sol. Afuera era de noche y amenazaba tormenta, una poderosa lluvia de verano. Ahí adentro hacía frío y olía a desinfectante y la luz era como de hospital.

La casa no parecía rara por adentro. En el pequeño hall de entrada estaba la mesa del teléfono, un teléfono negro, como el de nuestros abuelos.

Que por favor no suene, que no suene, me acuerdo de que recé así, de que repetí eso en voz baja, con los ojos cerrados. Y no sonó.

Los tres juntos pasamos a la siguiente sala. La casa se sentía más grande de lo que parecía desde afuera. Y zumbaba, como si vivieran colonias de bichos ocultos detrás de la pintura de las paredes.

Adela se adelantaba, entusiasmada, sin miedo. Pablo le pedía «esperá, esperá» cada tres pasos. Ella hacía caso pero no sé si nos escuchaba claramente. Cuando se daba vuelta para mirarnos, parecía perdida. En sus ojos no había reconocimiento. Decía «sí, sí», pero yo sentí que ya no nos hablaba. Pablo sintió lo mismo. Me lo dijo después.

La sala siguiente, el living, tenía sillones sucios, de color mostaza, agrisados por el polvo. Contra la pared se apilaban estantes de vidrio. Estaban muy limpios y llenos de pequeños adornos, tan pequeños que tuvimos que acercarnos para verlos. Recuerdo que nuestros alientos, juntos, empañaron los estantes más bajos, los que alcanzábamos: llegaban hasta el techo.

Al principio no supe lo que estaba viendo. Eran objetos chiquitísimos, de un blanco amarillento, con forma semicircular. Algunos eran redondeados, otros más puntiagudos. No quise tocarlos.

–Son uñas –dijo Pablo.

Sentí que el zumbido me ensordecía y me puse a llorar. Abracé a Pablo, pero no dejé de mirar. En el siguiente estante, el de más arriba, había dientes. Muelas con plomo negro en el centro, como las de mi papá, que las tenía arregladas; incisivos, como los que me molestaban cuando empecé a usar aparatos; paletas como las de Roxana, la chica que se sentaba delante de mí en el colegio. Cuando levanté la cabeza para alcanzar a ver el tercer estante, se fue la luz.

Adela gritó en la oscuridad. Mi corazón latía tan fuerte que me dejaba sorda. Pero sentía a mi hermano, que me abrazaba los hombros, que no me soltaba. De pronto, vi un redondel de luz en la pared: era la linterna. Dije: «Salgamos,

salgamos.» Pablo, sin embargo, caminó en dirección opuesta a la salida, siguió entrando en la casa. Lo seguí. Quería irme, pero no sola.

La luz de la linterna iluminaba cosas sin sentido. Un libro de medicina, de hojas brillantes, abierto en el suelo. Un espejo colgado cerca del techo, ¿quién podía reflejarse ahí? Una pila de ropa blanca. Pablo se frenó: movía la linterna y la luz sencillamente no mostraba ninguna otra pared. Esa habitación no terminaba nunca o sus límites estaban demasiado lejos para ser iluminados por una linterna.

–Vamos, vamos –volví a decirle, y recuerdo que pensé en salir sola, en dejarlo, en escapar.

–¡Adela! –gritó Pablo.

No se la escuchaba en la oscuridad. Dónde podía estar, en esa habitación eterna.

–Acá.

Era su voz, muy baja, cerca. Estaba detrás de nosotros. Retrocedimos. Pablo iluminó el lugar de donde venía la voz y entonces la vimos.

Adela no había salido de la habitación de los estantes. Nos saludó con la mano derecha, parada junto a una puerta. Después giró, abrió la puerta que estaba a su lado y la cerró detrás de ella. Mi hermano corrió, pero cuando llegó a la puerta, ya no pudo abrirla. Estaba cerrada con llave.

Sé lo que Pablo pensó: buscar las herramientas que había dejado afuera, en la mochila, para abrir la puerta que se había llevado a Adela. Yo no quería sacarla: solamente quería salir, y lo seguí, corriendo. Afuera llovía y las herramientas estaban desparramadas sobre el pasto seco del jardín; mojadas, brillaban en la noche. Alguien las había sacado de la mochila. Cuando nos quedamos quietos un minuto, asustados, sorprendidos, alguien cerró la puerta desde adentro.

La casa dejó de zumbar.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó Pablo intentando abrirla. Pero en algún momento escuchó mis gritos. Y me hizo caso.

Mis padres llamaron a la policía.

Y todos los días y casi todas las noches vuelvo a esa noche de lluvia. Mis padres, los padres de Adela, la policía en el jardín. Nosotros empapados, con pilotos amarillos. Los policías que salían de la casa diciendo que no con la cabeza. La madre de Adela desmayada bajo la lluvia.

Nunca la encontraron. Ni viva ni muerta. Nos pidieron la descripción del

interior de la casa. Contamos. Repetimos. Mi madre me dio un cachetazo cuando hablé de los estantes y de la luz. «¡La casa está llena de escombros, mentirosa!», me gritó. La madre de Adela lloraba y pedía «por favor, dónde está Adela, dónde está Adela».

En la casa, le dijimos. Abrió una puerta de la casa, entró en una habitación y ahí debe estar todavía.

Los policías decían que no quedaba una sola puerta dentro de la casa. Ni nada que pudiera ser considerado una habitación. La casa era una cáscara, decían. Todas las paredes interiores habían sido demolidas.

Recuerdo que los escuché decir «máscara», no «cáscara». La casa es una máscara, escuché.

Nosotros mentíamos. O habíamos visto algo tan feroz que estábamos shockeados. Ellos no querían creer siquiera que habíamos entrado en la casa. Mi madre no nos creyó nunca. Ni siquiera cuando la policía rastrelló el barrio entero, allanando cada casa. El caso estuvo en televisión: nos dejaban ver los noticieros. Nos dejaban leer las revistas que hablaban de la desaparición. La madre de Adela nos visitó varias veces y siempre decía: «A ver si me dicen la verdad, chicos, a ver si se acuerdan...»

Nosotros volvíamos a contar todo. Ella se iba llorando. Mi hermano también lloraba. Yo la convencí, yo la hice entrar, decía.

Una noche, mi papá se despertó y escuchó que alguien intentaba abrir la puerta. Se levantó de la cama, agazapado, pensaba que encontraría a un ladrón. Encontró a Pablo, que luchaba con la llave en la cerradura –esa cerradura siempre andaba mal–; llevaba herramientas y una linterna en la mochila. Los escuché gritar durante horas y recuerdo que mi hermano le pedía por favor que quería mudarse, que si no se mudaba, se iba a volver loco.

Nos mudamos. Mi hermano se volvió loco igual. Se suicidó a los veintidós años. Yo reconocí el cuerpo destrozado. No tuve opción: mis padres estaban de vacaciones en la costa cuando se tiró bajo el tren, bien lejos de nuestra casa, cerca de la estación Beccar. No dejó una nota. Él siempre soñaba con Adela: en sus sueños, nuestra amiga no tenía uñas ni dientes, sangraba por la boca, sangraban sus manos.

Desde que Pablo se mató, vuelvo a la casa. Entro en el jardín, que sigue quemado y amarillo. Miro por las ventanas, abiertas como ojos negros: la policía derrumbó los ladrillos que las tapiaban hace quince años y así quedaron, abiertas. Adentro de la casa, cuando el sol la ilumina, se ven vigas y el techo agujereado y basura. Los chicos del barrio saben lo que pasó ahí adentro. En el

suelo pintaron, con aerosol, el nombre de Adela. En las paredes de afuera también. ¿Dónde está Adela?, dice una pintada. Otra, más pequeña, escrita con fibra, repite el modelo de una leyenda urbana: hay que decir Adela tres veces a la medianoche, frente al espejo, con una vela en la mano, y entonces veremos reflejado lo que ella vio, quién se la llevó.

Mi hermano, que también visitaba la casa, vio esas indicaciones e hizo ese viejo ritual una noche. No vio nada. Rompió el espejo del baño con sus puños y tuvimos que llevarlo al hospital para que lo cosieran.

No me animo a entrar. Hay una pintada sobre la puerta que me mantiene afuera. Acá vive Adela, ¡cuidado!, dice. Imagino que la escribió un chico del barrio, en chiste o desafío. Pero yo sé que tiene razón. Que ésta es su casa. Y todavía no estoy preparada para visitarla.

PABLITO CLAVÓ UN CLAVITO: UNA EVOCACIÓN DEL PETISO OREJUDO

La primera vez que se le apareció fue en la salida de las nueve y media de la noche, la que se hacía en ómnibus. Fue durante una pausa del relato, mientras recorrían el tramo que iba desde el restaurante que había sido de Emilia Basil, descuartizadora, hasta el edificio donde vivía Yiya Murano, envenenadora. De todos los tours por Buenos Aires que ofrecía la empresa para la que trabajaba, el de crímenes y criminales era el más exitoso. Se hacía cuatro veces por semana: dos en ómnibus y dos a pie, dos en inglés y dos en español. Pablo supo que, cuando la empresa lo designó como guía del tour de crímenes, le estaba dando un ascenso, aunque el sueldo fuera el mismo (sabía que, tarde o temprano, si lo hacía bien, la cifra también iba a ascender). El cambio lo había alegrado mucho: antes hacía el tour «Arquitectura Art Nouveau de Avenida de Mayo», que era muy interesante, pero aburría después de un tiempo.

Había estudiado los diez crímenes del tour en detalle para poder contarlos bien, con gracia y suspenso, y jamás había tenido miedo ni se había impresionado. Por eso, antes que terror, sintió sorpresa al verlo. Era él, sin duda, inconfundible. Los ojos grandes y húmedos, que parecían llenos de ternura pero en realidad eran un pozo oscuro de idiocia. El chaleco oscuro y la estatura baja, los hombros esmirriados y en las manos esa sogá fina –el piolín, como lo llamaban entonces– con que le había demostrado a la policía, sin expresar emoción alguna, cómo había atado y asfixiado a sus víctimas. Y las orejas enormes, puntiagudas y simpáticas, de Cayetano Santos Godino, el Petiso Orejudo, el criminal más célebre del tour, quizá el más famoso de la crónica policial argentina. Un asesino de niños y de animales pequeños. Un asesino que no sabía leer ni sumar, que no distinguía los días de la semana y que guardaba una caja llena de pájaros muertos debajo de su cama.

Pero era imposible que estuviera ahí, donde Pablo lo estaba viendo. El Petiso Orejudo había muerto en 1944, en el ex presidio de Ushuaia, en Tierra del Fuego, el fin del mundo. ¿Qué podía hacer ahora mismo, en la primavera de 2014, como pasajero fantasma de un ómnibus que recorría los escenarios de sus asesinatos? Porque sin duda era él, imposible confundirlo, el aparecido era idéntico a las numerosas fotos de época que se conservaban. Además, había

suficiente iluminación como para verlo bien: el ómnibus llevaba las luces encendidas. Estaba parado casi al final del pasillo, haciendo la demostración con su piolín, mirándolo a él, al guía, a Pablo, con cierta indiferencia, pero con claridad.

Hacía rato que Pablo había contado su historia. Lo venía haciendo desde hacía dos semanas y le gustaba mucho. El Petiso Orejudo había acechado una Buenos Aires tan lejana y tan distinta que resultaba difícil sugestionarse con su figura. Y sin embargo algo debía haberlo impresionado vivamente, porque el Petiso se había presentado, aunque nadie más lo veía –los pasajeros conversaban animados y le pasaban la mirada por encima, sin reparar en él–. Pablo sacudió la cabeza, cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos, la figura del asesino con su piolín había desaparecido. ¿Me estaré volviendo loco?, pensó, y apeló a la psicología barata para llegar a la conclusión de que el Petiso se le aparecía porque él acababa de tener un hijo y eran los niños las únicas víctimas de Godino. Los niños pequeños. Pablo contaba en el tour de dónde, creían los forenses de la época, le venía esa saña: el primer hijo de los Godino, el hermano mayor del Petiso, había muerto a los diez meses de edad en Calabria, Italia, antes de que la familia emigrara hacia la Argentina. El recuerdo de ese bebé muerto lo obsesionaba: en muchos de los crímenes –y de los intentos, mucho más numerosos– repetía la ceremonia del entierro. A los peritos que lo interrogaron después de ser atrapado les dijo: «Nadie vuelve de la muerte. Mi hermanito nunca volvió. Simplemente se pudre bajo la tierra.»

Pablo contaba el primer simulacro de entierro en una de las paradas del tour: la intersección de la calle Loria con San Carlos, donde el Petiso había atacado a Ana Neri, dieciocho meses de edad, vecina suya en el conventillo de la calle Liniers, que ya no existía, pero el solar donde una vez había estado era una parada del recorrido, con una breve contextualización donde se les explicaba a los turistas las condiciones de vida de aquellos inmigrantes recién llegados que escapaban de la pobreza europea: hacinados en inquilinatos húmedos, sucios, ruidosos, promiscuos, sin ventilación. El ambiente ideal para los crímenes del Petiso, porque la incomodidad y el desorden acababan por mandar a los niños a la calle: vivir en aquellas habitaciones era tan insoportable que la gente se la pasaba en la vereda, especialmente los hijos, que correteaban por ahí.

Ana Neri. El Petiso la llevó al baldío, la golpeó con una piedra y, una vez que la niña estuvo inconsciente, trató de enterrarla. Un policía lo encontró en medio de la tarea y él rápidamente mintió una coartada: dijo que estaba intentando

ayudar a la bebé, que había sido atacada por otra persona. El policía le creyó, quizá porque el Petiso Orejudo también era un niño: tenía, entonces, nueve años.

Ana tardó seis meses en recuperarse del ataque.

No fue el único ataque con simulacro de entierro: en septiembre de 1908, poco después de dejar la escuela –y de que comenzaran sus aparentes ataques de epilepsia; nunca se terminó de comprobar a qué se debían las convulsiones que sufría el Petiso–, se llevó al niño Severino González hasta un terreno baldío frente al colegio Sagrado Corazón. En el terreno había un pequeño corral para caballos. El Petiso sumergió al niño en la pileta donde tomaban agua los animales e intentó cubrirlo con una tapa de madera. Un simulacro más sofisticado: la recreación del ataúd. Otra vez un policía que pasaba impidió el crimen y otra vez el Petiso mintió diciendo que, en realidad, estaba ayudando al niño. Pero ese mes el Petiso estaba incontinente. El día 15 de septiembre atacó a un bebé de veinte meses, Julio Botte. Lo encontró en la puerta de su casa, Colombres 632. Le quemó el párpado de uno de los ojos con un cigarrillo que llevaba en la mano. Dos meses después, los padres del Petiso no soportaron más su presencia ni sus acciones y ellos mismos lo entregaron a la policía. En diciembre acabó en la colonia penal para menores de Marcos Paz. Allí aprendió a escribir un poco, pero se destacó sobre todo por echar gatos y botines a las ollas humeantes de la cocina cuando los cocineros se descuidaban. El Petiso cumplió tres años preso en el reformatorio de Marcos Paz. Salió con más ganas de matar que nunca y pronto lograría el primer, deseado, asesinato.

Pablo siempre terminaba el capítulo del Petiso con el interrogatorio que le hizo la policía tras su detención. A los turistas parecía impresionarlos mucho. Lo leía, para que el efecto realista fuera mayor. La noche en que el Petiso se apareció en el ómnibus sintió cierta incomodidad antes de repetir sus palabras, pero decidió decirlas igual. El Petiso sólo lo miraba y jugaba con la sogá: no lo amenazaba.

–*¿No siente usted remordimientos de conciencia por los hechos que ha cometido?*

–*No entiendo lo que ustedes me preguntan.*

–*¿No sabe usted lo que es el remordimiento?*

–*No, señores.*

–*¿Siente usted tristeza o pena por la muerte de los niñitos Giordano, Laurora y Vainikoff?*

–*No, señores.*

–*¿Piensa usted que tiene derecho a matar niños?*

–No soy el único, otros también lo hacen.

–¿Por qué mataba usted a los niños?

–Porque me gustaba.

Esta última respuesta provocaba la desaprobación colectiva de los pasajeros, que en general parecían contentos cuando se cambiaba de criminal y se pasaba a la más comprensible Yiya Murano, quien envenenó a sus mejores amigas porque le debían dinero. Una asesina por ambición. Fácil de entender. El Petiso, en cambio, incomodaba a todos.

Esa noche, cuando llegó a su casa, Pablo no le contó a su mujer que había visto el espectro del Petiso. Tampoco a sus compañeros, pero eso era normal: no quería tener problemas en el trabajo. En cambio, le molestaba no poder hablarle de la aparición a su esposa. Dos años atrás se lo hubiera contado. Dos años atrás, cuando todavía podían confesarse cualquier cosa sin miedo, sin recelo. Era una de las tantas cosas que habían cambiado desde el nacimiento del bebé.

Se llamaba Joaquín; tenía seis meses, pero Pablo seguía diciéndole «el bebé». Lo quería –al menos, eso creía–, pero el bebé no le prestaba demasiada atención, aún estaba aferrado a su madre, y ella no ayudaba, no ayudaba para nada. Se había convertido en otra persona. Temerosa, desconfiada, obsesiva. A veces, Pablo se preguntaba si no estaría sufriendo una depresión posparto. Otras solamente se malhumoraba y recordaba con nostalgia y algo –mucho– de enojo los años previos al bebé.

Ahora era todo distinto. Ella ya no lo escuchaba, por ejemplo. Fingía hacerlo, sonreía y hacía que sí con la cabeza, pero estaba pensando en comprar zapallo y zanahoria para el bebé, o en si la irritación que el bebé tenía en la piel sobre las caderas podía haber sido causada por el pañal descartable o se trataba de alguna enfermedad eruptiva. Ni lo escuchaba ni quería tener sexo porque estaba dolorida después de la episiotomía, que no terminaba de cicatrizar, y, para colmo, el bebé dormía con ellos en la cama matrimonial: había un cuarto esperándolo, pero ella no se animaba a dejarlo dormir solo, le tenía miedo al «síndrome de muerte súbita». Pablo había tenido que escuchar hablar de esa muerte blanca durante horas, mientras trataba en vano de calmarle la ansiedad, a ella, que nunca había tenido miedo, que alguna vez lo había acompañado a escalar montañas y había dormido en refugios mientras nevaba afuera. Ella, que había comido hongos con él, todo un fin de semana alucinando, esa misma mujer, ahora, lloraba por una muerte que no había llegado y posiblemente no llegara nunca.

Pablo no recordaba por qué tener un hijo le había parecido una buena idea.

Ella no hablaba de otra cosa. Se habían terminado las charlas sobre los vecinos, las películas, los escándalos familiares, los trabajos, la política, la comida, los viajes. Ahora sólo hablaba del bebé y hacía como que escuchaba cuando se trataban otros temas. Lo único que parecía registrar, como si la despertara de un sopor, era el nombre del Petiso Orejudo. Como si su mente se iluminara con la visión de los ojos del idiota asesino; como si conociera esos dedos delgados que sostenían la cuerda. Decía que Pablo estaba obsesionado con el Petiso. Él no creía que fuera así. Sucedió que los otros asesinos del tour macabro por Buenos Aires eran aburridos. La ciudad no tenía grandes asesinos, si se exceptuaban los dictadores, no incluidos en el tour por corrección política. Algunos de los asesinos de los que Pablo hablaba habían cometido crímenes atroces, pero bastante comunes según cualquier catálogo de violencia patológica. El Petiso era distinto. Era raro. No tenía más motivos que su deseo y parecía una especie de metáfora, el lado oscuro de la orgullosa Argentina del Centenario, un presagio del mal por venir, un anuncio de que había mucho más que palacios y estancias en el país, una cachetada al provincianismo de las élites argentinas que creían que sólo cosas buenas podían llegar de la fastuosa y anhelada Europa. Lo más hermoso era que el Petiso no tenía la más mínima conciencia de esto: a él sólo le gustaba atacar niños y encender hogueras. Porque también era pirómano; le gustaba ver las llamas y observar el trabajo de los bomberos, «sobre todo, cuando se caían al fuego», como le había dicho a uno de los interrogadores.

Era con fuego la historia que había hecho enojar a su esposa: ella acabó levantándose de la mesa, gritándole que nunca más le hablara del Petiso, nunca más, por ningún motivo. Se lo había gritado mientras abrazaba al bebé, como si tuviera miedo de que el Petiso se materializara y lo atacara. Después, se había encerrado en la habitación y lo había dejado comiendo solo. Él la mandó a la mierda mentalmente. La historia era impresionante, en efecto; no para armar tanto escándalo, creía él, pero sí muy brutal. Ocurrió el 7 de marzo de 1912. Una niña de cinco años, Reina Bonita Vainikoff, hija de inmigrantes judíos letones, estaba mirando la vidriera de una zapatería, cerca de su casa en la avenida Entre Ríos. La niña llevaba un vestido blanco. El Petiso se le acercó mientras ella estaba absorbida por la visión de los zapatos. Llevaba un fósforo encendido en la mano. Tocó con la llama el vestido, que ardió. El abuelo de la nena la vio envuelta en llamas, desde la vereda de enfrente. Cruzó la calle corriendo, desesperado. No logró siquiera acercarse a la niña: trastornado, no se había fijado en el tráfico. Lo atropelló un auto y murió. Un hecho extrañísimo dada la escasa velocidad de los vehículos en aquellos años.

Reina Bonita también murió, pero después de dieciséis días de dolorosa agonía.

El asesinato de la pobre Reina Bonita no era el crimen favorito de Pablo. A él le gustaba –ésa era la palabra, qué remedio– el de Jesualdo Giordano, de tres años. Sin duda, era el que más horror les causaba a los turistas y a lo mejor por eso le gustaba: porque le resultaba placentero contarlo y esperar la reacción, siempre espantada, de su auditorio. Fue el crimen por el que atraparon al Petiso, además, porque cometió un error fatal.

El Petiso, como era ya su costumbre, llevó a Jesualdo hasta un baldío. Lo ahorcó con trece vueltas de cuerda. El chico se resistió con fuerza; lloraba y gritaba. El Petiso declaró a la policía que intentó hacerlo callar porque no quería ser interrumpido como en otras oportunidades: «Al chico ese lo agarré con los dientes aquí, cerca de la boca, y lo sacudí como hacen los perros con los gatos.» Esa imagen incomodaba a los turistas, que se revolvían en los asientos y decían «Por Dios» en voz baja. Sin embargo, nunca le habían pedido que detuviera el relato. Una vez que ahorcó a Jesualdo, el Petiso lo tapó con una chapa y salió a la calle. Pero algo lo atormentaba, rumiaba una idea que ardía. Así que al rato volvió a la escena del crimen. Llevaba un clavo. Lo clavó en la cabeza del niño, que ya estaba muerto.

Al día siguiente, cometió su error fatal. Quién sabe por qué, asistió al velorio del niño al que había matado. Dijo, más tarde, que quería ver si todavía tenía el clavo en la cabeza. Confesó este deseo cuando lo llevaron a presenciar la autopsia, después de la denuncia del padre del niño muerto. Cuando el Petiso vio el cadáver, hizo algo muy extraño: se tapó la nariz y escupió, como si le diera asco, aunque el cuerpo todavía no había entrado en estado de descomposición. Los forenses, por algún motivo que la crónica policial de la época no explica, lo hicieron desnudar. El Petiso tenía una erección de dieciocho centímetros. Acababa de cumplir dieciséis años.

Ese relato no podía contárselo a su mujer. Una vez, había intentado hablarle de las reacciones de los turistas ante el último crimen del Petiso, pero antes siquiera de empezar el relato se dio cuenta de que ella no lo estaba escuchando. Le reclamó que tenían que mudarse a una casa más grande cuando el bebé creciera. No lo quería criar en un departamento. Quería patio, piscina, sala de juegos y un barrio tranquilo donde el chico pudiera jugar en la calle. Ella sabía perfectamente que esto último apenas existía en una ciudad con el tamaño y la intensidad de Buenos Aires, y mudarse a un suburbio rico y apacible estaba muy lejos de sus posibilidades. Cuando terminó de enumerar sus deseos para el

futuro, le pidió que cambiara de trabajo. Eso no, dijo él. Soy licenciado en Turismo, me va bien, no voy a renunciar; me divierto, son pocas horas y estoy aprendiendo. El salario es una miseria. No, no es una miseria, se enojó Pablo. Creía estar ganando bien, lo suficiente para mantener decentemente a su familia. ¿Quién era esa mujer desconocida? Alguna vez ella le había jurado que, con él, era capaz de vivir en un hotel, en la calle, bajo un árbol. Todo era culpa del bebé. La había cambiado por completo. ¿Y por qué? Si era un chico sin gracia, aburrido, dormilón, que, cuando estaba despierto, lloraba casi sin parar. Por qué no trabajás vos si querés más plata, le dijo Pablo a su mujer. Y ella pareció erizarse, gritó como si se hubiera vuelto loca. Gritó que tenía que cuidar al bebé, qué pretendía él, ¿abandonarlo con una niñera o con la loca de su madre? Mi madre no está loca, pensó Pablo, y, para no volver a pelear a los gritos, salió a la vereda a fumar. Ésa era otra cosa: desde que había nacido el bebé, ella no lo dejaba fumar en su departamento.

Al día siguiente de la discusión, el Petiso volvió al ómnibus. Esta vez estaba más cerca de él, casi al lado del conductor, que claramente no lo veía. Pablo no se sentía diferente, sólo algo inquieto; temía que alguno de los turistas también fuera capaz de ver al Petiso espectral y causara histeria en el ómnibus.

Cuando apareció, con la soga en las manos, estaban en una de las últimas paradas del recorrido, la casa de la calle Pavón. Allí había aparecido una de las víctimas más grandes (de edad) del Petiso, uno de sus ataques más extraños. Arturo Laurora, trece años, estrangulado con su camisa; el cuerpo fue encontrado dentro de una casa abandonada. No llevaba pantalones y tenía las nalgas lastimadas, pero no había sido violado. Mientras Pablo contaba el caso, el Petiso espectral, parado a su lado, aparecía y desaparecía, temblaba, se desdibujaba, como si estuviera hecho de humo o niebla.

Por primera vez en muchas noches, alguien quiso hacer una pregunta. Pablo le sonrió al curioso con toda la falsedad que era capaz de conjurar. El turista –que, por su acento, era caribeño– quería saber si el Petiso había puesto un clavo en la cabeza de sus víctimas en alguna otra oportunidad. No, le contestó Pablo. Que se sepa, fue esa vez sola. Es muy extraño, dijo el hombre. Y aventuró que si la carrera criminal del Petiso hubiera sido más larga, a lo mejor el clavo se habría convertido en su marca, en su firma. A lo mejor, contestó Pablo con amabilidad mientras veía cómo el Petiso espectral se terminaba de desvanecer. Pero nunca vamos a saberlo, ¿no es cierto? El caribeño se rascó el mentón.

Pablo volvió a su casa pensando en el clavo y en un trabalenguas que su madre le había enseñado cuando era chico: «Pablito clavó un clavito. / ¿Qué

clavito clavó Pablito? / Un clavito chiquitito.» Abrió la puerta del departamento y se encontró con la escena habitual de los últimos meses: el televisor encendido, un plato con dibujos de Ben 10 y restos de zapallo, una mamadera medio vacía y la luz de su habitación encendida. Se asomó a la puerta. Su mujer y su hijo dormían en la cama, juntos. Sintió que no los conocía.

Pablo caminó hasta la habitación que él mismo había decorado para su hijo antes de que naciera. Estaba tan vacía que le dio frío. La cuna inmóvil estaba oscura. Parecía el cuarto de un chico muerto, conservado intacto por una familia de duelo. Pablo se preguntó qué pasaría si el chico se moría, como parecía temer su mujer. Sabía la respuesta.

Se apoyó en la pared vacía, donde varios meses atrás, siempre antes del nacimiento, antes de que su mujer se transformara en otra persona, había planeado ubicar un colgante, un universo que giraría sobre la cuna del bebé para entretenerlo por la noche. La luna, el sol, Júpiter, Marte y Saturno, los planetas y los satélites y las estrellas brillando en la oscuridad. Pero nunca lo había colgado porque su mujer no quería que el bebé durmiera ahí y no había forma de convencerla. Tocó la pared y se encontró con el clavo, que seguía esperando. Lo arrancó de un tirón seco y se lo metió en el bolsillo. Pensó que resultaría un gran golpe de efecto para su relato. Lo sacaría de su bolsillo justo cuando contara el crimen del niño Jesualdo Giordano, en el momento preciso, cuando el Petiso volvía y lo clavaba en la cabeza del chico ya muerto. A lo mejor algún turista ingenuo hasta creía que se trataba del mismo clavo, perfectamente conservado cien años después del crimen. Sonrió pensando en su pequeño triunfo y decidió acostarse en el sofá del living, lejos de su mujer y su hijo, con el clavo entre los dedos.

TELA DE ARAÑA

Es más difícil respirar en el norte húmedo, ahí tan cerca de Brasil y Paraguay, con el río feroz custodiado por mosquitos y el cielo que pasa en minutos de celeste límpido a negro tormenta. La dificultad se empieza a sentir enseguida, ni bien se llega, como si un abrazo brutal encorsetara las costillas. Y todo es más lento: las bicicletas pasan muy de vez en cuando por la calle vacía a la hora de la siesta, las heladerías parecen abandonadas a pesar de los ventiladores de techo que giran para nadie, las chicharras gritan histéricas en sus escondites. Nunca vi una chicharra. Mi tía dice que son unos bichos horribles, unas moscas espectaculares de alas verdes que vibran y te miran con sus ojos lisos y negros. No me gusta el nombre chicharra: ojalá mantuvieran siempre el nombre cícadas, que se usa sólo cuando están en etapa ninfal. Si se llamaran cícadas, su ruido de verano me recordaría las flores violetas de los jacarandás en la costanera del Paraná o las mansiones de piedra blanca con sus escalinatas y sus sauces. Pero así, como *chicharras*, me recuerdan el calor, la carne podrida, los cortes de electricidad, a los borrachos que miran con ojos ensangrentados desde los bancos de la plaza.

Ese febrero fui a visitar a mis tíos en Corrientes porque estaba cansada de sus reproches: te casaste y no conocemos a tu marido, cómo puede ser, lo estás escondiendo. No, me reía yo por teléfono, cómo lo voy a estar escondiendo, me encantaría que lo conocieran, vamos pronto.

Pero tenían razón: lo estaba escondiendo.

Mis tíos eran los únicos custodios de la memoria de mi madre, su hermana favorita, muerta en un accidente estúpido cuando yo tenía diecisiete años. Los primeros meses del duelo me ofrecieron mudarme con ellos al norte; les dije que no. Venían a visitarme seguido. Me daban dinero, me llamaban todos los días. Mis primas se quedaban a acompañarme los fines de semana. Pero yo seguía sintiéndome abandonada y, por culpa de la soledad, me enamoré demasiado rápido, me casé con desesperación y ahora estaba viviendo con Juan Martín, que me irritaba y me aburría.

Decidí llevarlo a conocer a los tíos para ver si otros ojos conseguían transformarlo. Bastó una comida en el amplio patio de la casa grande para la decepción: Juan Martín chilló cuando una araña le rozó la pierna («Si no tienen

una cruz colorada no te preocupes», le dijo mi tío Carlos, con el cigarrillo entre los labios. «Son las únicas venenosas»), tomó demasiada cerveza, habló sin ningún pudor de los buenos negocios que estaba haciendo y comentó varias veces que notaba «un gran atraso» en la provincia.

Después de comer se quedó tomando un whisky con mi tío Carlos y yo ayudé en la cocina a mi tía.

–Bueno, nena, podría ser peor –me dijo cuando yo empecé a llorar–. Podría ser como Walter, que me levantaba la mano.

Sí, dije con la cabeza. Juan Martín no era violento, ni siquiera era celoso. Pero me repugnaba. ¿Cuántos años iba a pasar así, asqueada cuando lo escuchaba hablar, dolorida cuando teníamos sexo, silenciosa cuando él confesaba sus planes de tener un hijo y reformar la casa? Me limpié las lágrimas con las manos llenas de detergente, me ardieron los ojos y lloré todavía más. Mi tía me metió la cabeza bajo la canilla y dejó que el agua me lavara los ojos durante diez minutos. Así nos encontró Natalia, su hija mayor, mi prima favorita; Natalia, siempre bronceada, con su pelo largo y oscuro, despeinado, y un vestido blanco muy suelto. La vi entre la niebla de los ojos irritados, que no podían dejar de parpadear: traía una maceta y estaba fumando. En Corrientes todo el mundo fumaba; si alguien les sugería que no era saludable, se quedaban mirando al objeto, confundidos, y después se reían un poco.

Natalia apoyó la maceta sobre la mesa de la cocina, le dijo a mi tía, su madre, que ya había plantado la azalea y me saludó con un beso en la cabeza. A mi marido no le gustaba Natalia. No le parecía atractiva físicamente, lo que era casi una locura de su parte: yo nunca había visto una mujer tan hermosa como ella. Pero, además, él la despreciaba porque Natalia tiraba las cartas, sabía de remedios caseros y, sobre todo, se comunicaba con espíritus. Tu prima es una ignorante, me dijo Juan Martín, y yo lo odié, pensé en llamar a Natalia y pedirle la receta de alguna de sus pociones, pensé en pedirle un veneno incluso. Pero lo dejé pasar, como le dejaba pasar cada pequeñez mientras crecía en mi estómago una piedra blanca que le dejaba poco espacio al aire, a la comida.

–Mañana me voy a Asunción –dijo Natalia–. Tengo que comprar manteles de ñandutí.

Para ganar dinero, Natalia tenía un pequeño negocio de artesanías en la calle principal de la ciudad, y era famosa por su exquisito gusto para elegir los ñandutíes más finos, esos encajes tradicionales de Paraguay que las mujeres tejen en bastidores, telarañas de hilo delicadas y coloridas. En la parte de atrás de su negocio tenía una mesa pequeña donde tiraba las cartas, españolas o tarot,

según la preferencia del cliente. Decían que era muy buena. Yo no podía asegurarlo porque nunca había querido que me tirara las cartas a mí.

–¿Por qué no venís conmigo? Lo llevamos a tu marido. ¿Conoce Asunción?

–No, qué va a conocer.

Natalia chancleteó hasta el patio y saludó con un beso al tío Carlos y a Juan Martín. Se sirvió un whisky con mucho hielo y estiró los dedos de los pies. Yo salí de la cocina con los ojos hinchados y Juan Martín me dijo cómo podés ser tan tonta, mirá si te lastimabas las córneas, teníamos que volver en avión urgente a Buenos Aires.

–¿Por qué? –le preguntó Natalia mientras movía los hielos del vaso, que sonaban como campanitas en el calor de la tarde–. El hospital de acá es muy bueno.

–No podés comparar.

–Sos un porteño bien choto vos. –Y, después de decirle eso, lo invitó a Asunción–. Yo manejo –le dijo–. Podés comprar cosas si tenés plata, está todo barato. Son trescientos kilómetros, volvemos el mismo día si salimos temprano.

Él aceptó. Después se fue a dormir la siesta y ni siquiera me sugirió que lo acompañara. Se lo agradecí. Me quedé con mi prima en el patio caliente, ella con su whisky, yo con cerveza helada; no podía tomar una bebida más fuerte. Ella me contó sobre su nuevo novio, el hijo del dueño de la cadena de supermercados más grande de la provincia. Siempre tenía novios ricos. Éste le importaba igual de poco que los demás, sentimentalmente hablando, pero le interesaba porque tenía una avioneta. La semana anterior la había llevado a pasear por el aire: hermoso, me dijo, lástima que se mueve un poco, porque cuanto más chico el avión, más se mueve. Eso no lo sabía, le dije. Yo tampoco; qué estúpidas, prima, porque es lógico. Me pasó algo espantoso cuando estaba allá arriba, siguió. Volamos sobre un campo, en el norte, y de repente vi un incendio muy grande, se quemaba una casa, fuego bien anaranjado, una humareda negra, y se veía la casa como derrumbándose adentro. Miré y miré el incendio hasta que él giró la avioneta y lo perdí de vista. Pero a los diez minutos volvimos a pasar por ahí y el incendio había desaparecido.

–Te habrás equivocado de lugar, tampoco es que te la pasás en aviones como para reconocer el terreno desde arriba.

–No me entendés, estaba la mancha del terreno quemado y los restos de la casa.

–Se apagó, entonces.

–¿Cómo? ¿Fueron los bomberos en cinco minutos? Era en el medio del

campo, esto, prima, y las llamas estaban altísimas cuando las vi, no llovía, ¡nada! Nunca se pudo haber apagado diez minutos después.

–¿Le contaste a tu novio?

–Más vale, pero él dice que soy loca, que él nunca vio ningún incendio.

Nos miramos a los ojos. Yo le creía casi siempre. Una vez me había dicho que no entrara en la habitación de mi abuela porque ella estaba ahí, fumando. Mi abuela, nuestra abuela, llevaba diez años muerta. Le hice caso, no entré, pero sentí el olor penetrante de los habanitos que fumaba la abuela en el aire, aunque no había humo.

–Tenés que averiguar entonces, preguntar.

–No me animo.

–¿Por qué?

–Porque no sé si el incendio ya pasó o va a pasar.

Salimos de noche, a las cinco de la madrugada. Juan Martín estuvo a punto de dejarnos ir solas porque, según él, apenas había dormido, culpa del calor y del corte de luz que lo había dejado sin ventilador. Pero yo, en la oscuridad, despierta, lo había escuchado roncar y hablar en sueños. Mentía y se quejaba, y cada día era idéntico al anterior. Mi prima Natalia tenía un Renault 12, el auto más común de los años ochenta, y cuando empezó a salir el sol sobre la ruta 11 vi que en el limpiaparabrisas estaban atrapados, muertos, muchos caballitos del diablo. Mucha gente los confunde con libélulas, pero los caballitos del diablo, aunque de la misma familia, son distintos. Son menos gráciles, tienen los horribles ojos más separados y el cuerpo, ese cuerpo recto y vagamente fálico, más largo. Son más perezosos, también. Yo siempre les tuve miedo y nunca entendí que años después se pusieran de moda entre las adolescentes, que se tatuaban diseños tiernos, delfines y mariposas, y también las horribles libélulas con sus ojos ciegos. Algunos les dicen «aguaciles» porque suelen aparecer en bandadas antes de una lluvia, cuando hace mucho calor; a mí ese nombre me hacía pensar en «alguacil», el oficial de justicia; y creo que mucha gente llamaba así al insecto, como un policía del aire.

La ruta hasta Asunción es aburrida y monótona: de a ratos palmeras con bañados, de a ratos selva, mucho más de vez en cuando una pequeña ciudad o un pueblo. Juan Martín dormía en el asiento de atrás y yo a veces lo miraba por el espejo retrovisor: era atractivo a su manera privilegiada, con su corte de pelo elegante y la chomba con el cocodrilo de Lacoste. Natalia fumaba sus largos

Benson & Hedges, pero no hablábamos porque iba muy rápido y el ruido nos hubiese obligado a gritar. Yo quería contarle más cosas sobre mi matrimonio. Cómo Juan Martín me corregía constantemente: si yo tardaba en servir la mesa era una inútil, alguien que «estaba ahí parada haciendo nada, como siempre». Si tardaba en elegir algo, lo estaba haciendo perder tiempo a él, siempre tan decidido y desapegado: diez minutos de duda sobre a qué restaurante ir eran una noche de resoplidos y malas contestaciones. Yo siempre le pedía perdón, para no pelear, para que no fuera peor. Nunca le decía todo lo que me molestaba de él: que eructara después de comer, que nunca limpiara el baño ni aunque se lo rogara, que se la pasara quejándose sobre la calidad de las cosas, que cuando le pedía un poco de humor siempre dijera que ya era tarde para eso, que había perdido la paciencia. Pero me quedé callada. Cuando paramos a almorzar compartí una polenta con mi prima mientras Juan comía su bife con ensalada de todos los días; nunca quería comer otra cosa, a lo mejor milanesas o pastel de papas. Y pizza, pero solamente los fines de semana.

Era aburrido y yo era estúpida. Tuve ganas de pedirle a alguno de los camioneros que me atropellara y me dejara destripada en la ruta, partida como las perras que veía muertas sobre el asfalto de vez en cuando, algunas de ellas embarazadas, con todos los cachorros agonizando a su alrededor, demasiado pesadas para correr rápido y evitar las ruedas asesinas.

Faltaba menos de una hora para entrar en Paraguay y preparamos nuestros pasaportes. Los oficiales de migraciones eran militares altos y morenos. Uno estaba borracho. Nos dejaron pasar sin darnos mayor importancia, aunque nos miraron el culo y comentaron en voz baja, con risitas. Era esperable y relativamente respetuosa la actitud: estaban ahí para dar miedo, para disuadir de cualquier desafío. Juan Martín empezó a decir –cuando ya estábamos lejos del puesto de control– que había que denunciarlos.

–¿Y a quién le vas a denunciar si ellos son el gobierno, chamigo? –le preguntó Natalia, y yo, que la conocía bien, escuché en su voz algo más que burla: había desprecio. Después me miró incrédula. Pero ninguno de los tres dijo nada más. Natalia, que conocía bien Asunción, llegó rápido al Mercado 4 y dejó el auto cerrado a unas dos cuadras, que caminamos acosados por vendedores de relojes y de manteles, chicos mendigos, una madre y su hija en silla de ruedas, todo bajo la mirada de los militares con sus uniformes marrón verdoso y las armas enormes que parecían antiguas, viejas, poco usadas.

El calor y el olor del mercado resultaban un golpe físico. Me quedé parada cerca del puesto de naranjas. Allá las llaman «toronjas»; tienen una especie de

ombbligo deforme y un sabor soso; en el puesto cercano a la entrada les volaban alrededor unas mosquitas que yo detestaba no porque me dieran asco sino sencillamente porque no sabía cómo matarlas, moscas pequeñas atraídas por la fruta que parecían pequeños fragmentos de oscuridad voladores porque había que tenerlas muy cerca de los ojos para verles alas o patas o cualquier característica de bicho. No compré a pesar de que la vendedora bajaba y bajaba el precio: tres guaraníes, dos guaraníes, un guaraní. Los carretilleros corrían por los pasillos con cajas, algunas de fruta, otras de televisores y grabadores doble casetera, otras de ropa. Juan Martín estaba callado y Natalia caminaba muy decidida delante, con su vestido blanco y las sandalias chatas de cuerpo; se había atado el pelo por el calor y la cola de caballo se movía de un lado a otro como si tuviera su viento personal.

–Esto es todo contrabando –dijo de repente Juan Martín, y lo dijo en voz bien alta, como para que algunos puesteros y vendedores que iban de un lado a otro lo miraran. Me paré en seco y lo agarré del brazo. No digas así, le dije al oído. Son todos delincuentes, dónde me trajiste, ésta es tu familia. Las náuseas se me mezclaron con las lágrimas y le dije que íbamos a hablar después, que ahora se callara la boca, que sí, en efecto, ahí debía haber unos cuantos delincuentes y nos iban a matar si él seguía provocándolos. Lo miré de arriba abajo, los zapatos náuticos, las manchas de transpiración bajo las axilas, los anteojos negros sobre el pelo. Ya no lo quería, tampoco me atraía y se lo hubiese entregado a los militares de Stroessner para que hicieran con él lo que se les ocurriese.

Me apuré a seguir a Natalia, que ya estaba en el puesto de la señora que vendía ñandutí. Una mujer más joven tejía en el telar con colores vivos. Era el único lugar de ese mercado interminable y ruidoso que tenía cierta tranquilidad. La gente paraba y preguntaba los precios y la señora contestaba en voz baja pero la escuchaban, a pesar de las radios, el chamamé, incluso un hombre que tocaba el arpa para los pocos turistas que esa mañana calurosa se habían acercado a comprar barato en Asunción. Natalia se tomó su tiempo; dudó entre varios manteles y finalmente eligió cinco juegos: mis favoritos eran el blanco con detalles en los bordes y en el centro, de todos los colores –violeta, azul, turquesa, verde, rojo, naranja, amarillo–, y otro mucho más elegante que sólo usaba la paleta del marrón, desde el beige hasta el caoba. Se llevó cinco juegos con sus servilletas, unos treinta centros de mesa y muchos detalles para pegar en vestidos y camisas, especialmente en guayaberas que conseguía en un puesto más lejano; para encontrarlo, había que adentrarse en los pasillos del mercado. Yo la seguí y ni me fijé en si Juan Martín venía detrás de mí. Me preguntaba por qué llamarían

al ñandutí «tela de araña»; probablemente fuese por la técnica de tejido, porque el resultado final se parecía mucho más a las colas de los pavos reales, los ojos entre las plumas, hermosos y al mismo tiempo inquietantes, muchos ojos desperdigados sobre el animal, que caminaba pesado, un animal bellissimo pero que siempre parecía cansado.

–¿No querés una guayabera para vos, Martín? –Natalia le decía Martín, no lo llamaba por el nombre completo.

Juan Martín estaba incómodo, pero intentaba sonreír; yo conocía esa expresión, era su estado de perdonavidas, de «yo hice lo posible» para, después, cuando todo se fuera al demonio de vuelta, echármelo en cara, refregármelo en la boca, yo quise pero vos no ayudás, nunca ayudás. Se compró la guayabera aunque no quiso probársela, primero hay que lavarla, me dijo con reproche, como si la camisa pudiese estar envenenada. Cargó con una de las bolsas de plástico de Natalia –que igual no pesaban nada: eran telas– y dijo: por favor salgamos de este infierno. Como la salida no estaba señalizada, estaba obligado a seguirnos, a seguir a Natalia en realidad, y le vi en los ojos el disgusto y el resentimiento.

Mi prima me agarró de bracete y fingió que admiraba una pulsera de plata y lapislázuli que Juan Martín me había regalado durante nuestra luna de miel en Valparaíso.

–Errores cometemos todos –me dijo–. Lo importante es arreglarlos.

–¿Y cómo se arregla esto?

–Chamiga, lo único que no tiene solución es la muerte.

A Juan Martín no le gustó el camino entre el mercado y la costanera, le pareció que la ciudad estaba sucia y miserable. No le gustó el palacio de los López y después, en la playa del río, empezó casi a gritarnos, cómo estábamos tan anestesiadas, si no veíamos a los chicos barrigudos comiendo sandía al rayo del sol y a metros de la casa de gobierno, qué país de mierda por favor. No queríamos pelearle. La ciudad era pobre y, con el calor, olía a basura. Pero él no estaba disgustado con Asunción: estaba enojado con nosotras. Yo ya no tenía ganas de llorar. Para no irritarlo, buscamos un restaurante por esa zona, donde estaban los ministerios, los colegios privados, las embajadas, los hoteles: los ricos del Paraguay. Llegamos rápido al Múnich, por la calle Presidente Franco. ¿Es por Franco, el dictador?, preguntó Juan Martín, pero era una pregunta retórica. En el patio del restaurante había una enorme Santa Rita y las mesas ahí

estaban vacías, salvo la del medio, ocupada por tres militares. Nos sentamos lejos para que no escucharan a Juan Martín y porque además siempre es preferible sentarse lejos de los militares en Asunción. Las paredes eran coloniales, el cielo recortado por el patio estaba totalmente despejado, pero ahí, a pesar del calor, había sombra. Pedimos sopa paraguaya, y Juan Martín, un sándwich. Los militares, borrachos de cerveza –había varias botellas vacías sobre la mesa y bajo las sillas–, primero le dijeron a la moza que era preciosa y después uno de ellos le tocó el culo y pareció una película de mal gusto, un chiste, el hombre con la chaqueta del uniforme desprendida y el vientre demasiado distendido, un escarbadienies en los labios, las risas grotescas y la chica que trataba de rechazarlos y decía «¿Se van a servir algo más?», pero no se atrevía a insultarlos porque ellos llevaban las armas en la cintura y algunas otras estaban apoyadas en el cantero a sus espaldas.

Juan Martín se levantó y me imaginé lo que iba a pasar. Iba a gritar que la dejaran tranquila, se iba a hacer el héroe y nos iban a detener a los tres. A nosotras dos iban a violarnos en los calabozos de la dictadura, noche y día; a mí me iban a picanear sobre el vello púbico, que era tan rubio como el cabello de mi cabeza, y se babearían diciendo gringuita de mierda, argentinita de mierda, y a Natalia posiblemente iban a matarla pronto, por morena, por bruja, por desafiante. Y todo porque él necesitaba hacerse el héroe y probar vaya a saber qué cosa. Él, además, la iba a tener fácil porque a los hombres los fusilaban de un tiro en la nuca y ya, no eran putos los militares paraguayos, claro que no.

Natalia lo paró. Pero no te das cuenta de lo que hacen, la van a violar. Me doy cuenta de todo, dijo Natalia, pero no podemos hacer nada. Nos vamos ya. Y Natalia dejó dinero sobre la mesa y arrastró a Juan Martín hasta el auto, los militares ni nos vieron, concentrados en torturar a la chica. En el auto, Juan Martín nos dijo todo lo que pensaba de nuestra cobardía y cómo le dábamos vergüenza y asco. Eran las seis de la tarde. Habíamos pasado muchas horas en el mercado y tratando de pasear por la costanera y el centro aguantando los chillidos de mi marido. Natalia quería llegar temprano, para poder cenar en Corrientes, así que arrancó el auto y salió de Asunción cuando el sol se ponía rojo y los vendedores de fruta se sentaban a tomar algo fresco debajo de las sombrillas.

El auto se paró en la ruta, en algún lugar de Formosa. Empezó a corcovear como un caballo rebelde y de repente se detuvo; cuando Natalia intentó hacerlo

arrancar de vuelta reconocí el ruido impotente del motor ahogado y exhausto. Si volvía a arrancar lo iba a hacer en un rato largo. La oscuridad era total; en ese tramo la ruta no tenía iluminación. Pero lo peor era el silencio, cortado apenas por algún ave nocturna, por deslizamientos entre las plantas –ahí era casi selva, monte espeso–, por algún camión que sonaba muy lejano, que no iba a pasar a nuestro lado para salvarnos.

–Por qué no le echás una mirada al motor –le dije a mi marido. Ya me había molestado bastante que no se ofreciera a manejar en el viaje de vuelta, que ni siquiera le hubiese preguntado a mi prima si estaba cansada. Yo no sabía manejar. ¿Por qué era tan inútil? ¿Había sido tan mimada por mi madre muerta, a nadie se le había ocurrido que tendría que solucionar cosas sola? ¿Me había casado con ese imbécil porque no sabía qué hacer ni de qué trabajar? En la oscuridad, entre la vegetación que más bien se adivinaba, brillaban las luciérnagas. Odio que las llamen bichitos de luz, «luciérnagas» es una palabra hermosa. Una vez había atrapado unas cuantas, en un frasco vacío de mayonesa, y me había dado cuenta de lo feas que son, parecían cucarachas con alas. Sin embargo habían sido bendecidas con la más pura justicia: quietas y sin volar, eran bichos que parecían plaga, pero cuando volaban y relampagueaban, eran lo más cercano a la magia, un presagio de hermosura y bondad.

Juan Martín pidió una linterna y salió sin refunfuñar. Me di cuenta, mirándole la cara a la débil luz del interior del auto, de que estaba asustado. Abrió el capó y nosotras apagamos la luz para no gastar batería. No veíamos qué hacía, pero de repente escuchamos que bajaba el capó de un golpe y se metía corriendo al auto, con el cuello chorreando sudor.

–¡Me pasó una víbora por el pie! –gritó, y la voz se le quebró como si tuviera flema en la garganta. Natalia no quiso fingir más y se rió de él, golpeando el volante con los puños.

–Serás pelotudo –le dijo, y se secó las lágrimas de risa.

–¡Pelotudo! –gritó Juan Martín–. ¿Y si me muerde y es venenosa qué hacemos, eh? ¡Esto es el medio de la nada!

–No te va a morder nada, quedate tranquilo.

–Qué sabés vos.

–Más que vos sé.

Nos llamamos los tres. Yo escuchaba la respiración de Juan Martín y juraba en silencio que nunca más iba a tener sexo con él, ni aunque quisiera obligarme con un arma. Natalia salió del auto y nos dijo que dejáramos las ventanillas bajas si no queríamos que entraran bichos. Se van a morir de calor, pero es una cosa o la

otra. Juan Martín se agarró la cabeza y me dijo nunca más, nunca más venimos acá, ¿me entendés? Natalia caminaba por la ruta vacía y yo la iluminé desde adentro del auto con la linterna. Fumaba y pensaba, le conocía el gesto. Juan Martín intentó arrancar otra vez, pero el auto sonó más ahogado y lento que antes. Seguro que tu prima se olvidó de ponerle agua, me dijo. No, le contesté, porque no está caliente el auto, ¿y no te diste cuenta cuando miraste el motor? ¿Qué viste, eh? No sabés nada, Juan Martín, y me estiré en el asiento de atrás, me saqué la remera, me quedé en corpiño.

Una vez habíamos hecho este mismo camino con mi tío Carlos y mi mamá. No recuerdo para qué necesitaban ir a Asunción. Habían cantado todo el viaje, de eso sí me acordaba, canciones sobre el puente Pexoa, el pájaro chogüí y el cosechero. Por el camino yo tuve ganas de hacer pis y no me animé a bajarme los shorts en el monte, así que llegamos a una estación de servicio, mi tío le pidió la llave al encargado y entré en el bañito del costado, el que usaban los camioneros. El bañito todavía me persigue en sueños. El olor era brutal: había dedos de mierda sobre los azulejos celestes; sin papel higiénico a la vista, mucha gente se había limpiado con los dedos. ¿Cómo podían hacer una cosa así? La tapa negra del inodoro estaba llena de bichos. De langostas, sobre todo, y grillos. Hacían ruido, un zumbido que se parecía al de una heladera. Salí corriendo y llorando y me bajé los shorts y meé al costado de la estación de servicio. Nunca les dije nada a mi tío ni a mi mamá, nunca les hablé de la mierda estancada en el inodoro, del botón del baño sucio con huellas digitales marrones, de las langostas verdes que cubrían casi totalmente la lamparita solitaria que colgaba del techo sin protección alguna. Después del baño, no me acuerdo de nada del viaje. Mi madre hablaba de que habíamos parado en un hotel colonial hermoso, pero que, de noche, en el patio, se veían correr ratas. Yo no tengo ni un recuerdo de ese hotel ni de la lluvia con granizo que se había desatado después y había retrasado nuestra vuelta. El viaje, para mí, se terminó en el baño de las langostas.

Juan Martín hablaba de caminar por la ruta hasta no sé qué lugar que había visto iluminado y no le contesté. Si les tenía miedo a las víboras, cómo iba a hacer para llegar, si las bichas se la pasaban cruzando el camino. Natalia había terminado el cigarrillo –por lo menos no se veía más la brasa ardiendo en la oscuridad como otra luciérnaga–, pero no entraba en el auto. Quería esperar afuera a que pasara alguien, claro. Alguien que la llevara hasta un teléfono para llamar al Automóvil Club, por ejemplo. Además, no debía tener ganas de estar en el auto con nosotros dos y quién la podía culpar después de haber aguantado medio día de Juan Martín y mi pasividad.

Las luces del camión iluminaron la ruta y las ruedas levantaron polvo en el aire, me pareció extraño porque ahí, en el norte, a pesar del calor, casi nunca había tierra seca en el ambiente, porque llovía seguido, cuando no todos los días. Siempre estaba húmedo, la tierra bien pegada al suelo. Pero llegó así: como si lo trajera una tormenta de arena. Natalia había puesto la baliza, un triángulo que brillaba fosforescente en la noche, pero se ve que no le tenía confianza porque abrió rápido la puerta, agarró la linterna que estaba sobre el asiento del conductor y empezó a hacerle luces con los brazos y a gritar ey ey ayuda ayuda. No le vi la cara al camionero: llevaba un acoplado y Natalia se tuvo que trepar para poder hablarle cuando él paró sin apagar el motor. Dos minutos después, ella agarró su cartera y los cigarrillos y dijo que el tipo la llevaba hasta la estación de servicio para llamar al Automóvil Club. Que estábamos cerca de Clorinda, le había dicho también, y que no nos llevaba a los tres porque no tenía lugar. El camión se perdió en la ruta oscura tan repentinamente como había llegado y me di cuenta de todas las cosas que no le había preguntado a Natalia: cuánto tardaría, si la estación de servicio estaba cerca, por qué no iban a Clorinda si estaba cerca, si el camionero parecía confiable, qué hacíamos, si pasaba otro camión o incluso un auto, ¿lo parábamos?

–Nos olvidamos de pedirle agua –dijo Juan Martín, y era lo primero sensato que decía desde la mañana.

El corazón me empezó a latir más rápido: ¿y si nos deshidratábamos? Bajé las ventanillas, ni pensé en los bichos, qué podían ser, mariposas nocturnas, cascarudos, grillos, qué más, a lo mejor un murciélago. Juan Martín dijo tu prima es una irresponsable, traernos hasta acá, que no pasa ni un auto, sin chequear si esta catramina andaba bien. Qué sabés si no lo hizo ver el coche, le contesté, furiosa, y pensé que sería fácil matarlo ahí, podía buscar un destornillador en el baúl y clavárselo en el cuello, él a mí no quería matarme, nada más quería tratarme mal y quebrarme para que odiara mi vida y no me quedaran ni ganas de cambiarla. Quiso encender la radio y casi le dije pará, hay que cuidar la batería, pero lo dejé hacer, disfruté de su ignorancia, cómo iba a gozar cuando llegara la grúa y le explicara que él había gastado la batería buscando no sé qué en la radio. Qué podía haber en la radio por ahí a la noche, chamamé y chamamé y alguna gente sola que llamaba y lloraba y recordaba a sus hijos muertos en Malvinas.

El auxilio mecánico llegó una hora más tarde. Como había imaginado, retaron a Juan Martín por tener encendida la radio. Él balbuceó excusas. Los mecánicos

se pusieron a trabajar y Juan Martín hacía como si los supervisara. Yo salí y agarré de la mano a Natalia.

–No sabés lo churro que era el camionero. Uno de esos suecos de Oberá. Una bomba. Va a pasar la noche en Clorinda, me parece que me quedo con él. Si el auto anda, que te lleve a Corrientes el pelotudo de tu marido –me dijo en voz baja.

Pero el auto no arrancó y tuvieron que arrastrarnos a los tres hasta Clorinda, en Formosa. El auto se quedó en la dependencia del Automóvil Club de la ciudad, pero nos llevaron, con toda amabilidad, hasta el hotel que les indicó Natalia, pomposamente llamado Embajador. Era blanco y con arcadas coloniales, pero yo sabía, de verlo desde afuera nada más, que iba a tener olor a humedad y que quizá no tuviese agua caliente. Tenía un restaurante, eso sí, una parrilla más bien, con varias mesas de plástico blanco donde había una familia y algunos hombres solos. Vamos a bañarnos, le dije a Juan Martín, y después comamos algo.

Cuando nos daban las llaves del hotel, entró en la recepción el que sin duda era el camionero. Natalia se le acercó correteando como una adolescente. El tipo le sacaba dos cabezas, tenía los brazos anchos y el pelo rubio muy corto. Buenas noches, nos dijo, y sonrió. Parecía encantador, pero podía ser cualquier cosa, un degenerado, un golpeador, un violador: como era muy guapo, una prefería creer que se trataba de un príncipe dorado de la ruta. Yo lo saludé, Juan Martín agarró la llave y me miró para que lo siguiera. Lo hice. Natalia me gritó nos encontramos en una hora para comer y pensé qué desgracia, ella una hora con ese vikingo de sonrisa dulce y yo una hora aguantando a mi marido.

Juan Martín me gritó que ni una vez, ni una vez, te das cuenta, te pusiste de mi lado. En nada. En todo el día. Me gritó que Natalia era una puta, que se iba con el primero que se le cruzaba. Me gritó que yo era una puta también porque le había estado haciendo ojitos al rubio bruto ese. Yo le dije que el rubio bruto ese nos había rescatado en la ruta y que, por lo menos, le podía haber dicho gracias. Sos un maleducado, le grité. Un grosero. ¿Un grosero yo? Pendeja de mierda, gritó, y se metió en el baño dando un portazo. Desde ahí gritó más y puteó porque no había agua caliente y porque las toallas apestaban a moho y finalmente salió y se tiró en la cama. No decís nada. Qué querés que te diga, contesté. Vos me querés dejar, dijo, pero vas a ver que cuando volvamos a Buenos Aires mejoran las cosas. ¿Y si no mejoran?, le pregunté. A mí no me vas a dejar tan fácil, dijo, y se prendió un cigarrillo. Yo me di una ducha fría y pensé que a lo mejor, cuando salía, él se había quedado dormido y el cigarrillo

encendía las sábanas y se moría quemado ahí, en el hotel de Clorinda. Pero cuando salí, fría y mojada, el pelo rubio chorreando, patético, me estaba esperando vestido y perfumado para ir a cenar.

–Perdoname –me dijo–. A veces me pongo intratable.

–Vamos a comer –le dije mientras me ponía un vestido suelto y apenas me pasaba el peine por el pelo. Quería que el camionero rubio me lo viera así, recién lavado y medio despeinado. Cuando Juan Martín intentó besarme, le puse la mejilla. Pero no dijo nada, se conformó.

En la parrilla quedaban nada más que dos hombres, mi prima y el camionero rubio. Una chica de pelo oscuro nos preguntó qué queríamos y dijo que nada más quedaba tira de asado, chorizos (nos podía hacer choripán) y ensalada mixta. Dijimos que sí a todo y pedimos una soda bien fría. Yo tenía más sed que hambre, a pesar de que a la entrada de Clorinda me había comprado una Fanta pomelo bien fría, mi gaseosa preferida, la que por algún motivo ya no se conseguía en Buenos Aires pero todavía existía en el interior, a lo mejor botellas viejas, a lo mejor se seguía produciendo. Las cosas tardaban más en irse ahí, en el litoral.

Los hombres estaban hablando de historias de fantasmas. Natalia estaba sentada muy cerca del rubio y compartían un cigarrillo. Él se había abierto un poco la camisa blanca, estaba bronceado, era fabuloso.

–A mí me pasó algo rarísimo hace poco –dijo el rubio espléndido.

–¡Cuenta, chamigo, acá no duerme nadie! –gritó otro de los camioneros, que tomaba cerveza. ¿Iba a seguir viaje así, medio borracho? En esas rutas había siempre accidentes, esto podía explicar por qué. Mi tío Carlos, por ejemplo, nunca agarraba el auto si estaba tomado pero era una excepción entre sus amigos e incluso en nuestra familia.

–¿Lo cuento? –dijo el rubio, y miró a mi prima. Natalia le sonrió y le dijo que sí con la cabeza.

Bueno, se acomodó el rubio, y contó que él era de Oberá, que vivía en Oberá, en Misiones, y que a unos veinte kilómetros había un pueblo que se llamaba Campo Viera. Ahí había un arroyo, el Yazá. Una tarde, pleno día era, eh, no se crean que me sugestioné porque era de noche. No iba tomado tampoco. Bueno, una tarde salí con el camión chico, a hacer una diligencia así nomás, y una mujer cruzó el puente corriendo. No hice a tiempo de esquivarla, me mataba si la esquivaba, y sentí el golpe del cuerpo, che. Me bajé corriendo, todo sudor frío en la espalda, y no encontré a nadie. Ni sangre ni una abolladura en el paragolpes ni nada. Fui a la policía y me tomaron la denuncia, pero estaban de un humor de

mierda. Tuve que dejar la diligencia para el otro día y allá, en Campo Viera, conté, como les cuento a ustedes. Me dijeron que la milicada había construido el puente y que en los cimientos usaron muertos, gente que ellos mataron, que los escondieron ahí.

Escuché resoplar a Juan Martín. No le gustaban las historias de ese tipo.

–Con esas cosas no se jode –le dijo al rubio.

–Perdóneme, don, pero no estoy jodiendo. La milicada es capaz de poner a los finados ahí.

Llegó nuestro asado y Juan Martín empezó a comer. Nos trajeron platos de madera; a mí siempre me gustaron más que los de loza para comer asado, el sabor es mejor y el aceite para la ensalada se absorbe mejor y no alcanza la carne. Estaba riquísimo.

El rubio dijo que en Campo Viera le habían contado un montón de cosas más sobre el puente y el arroyo. Toda esa zona es rara, dijo, se ven luces de autos y después los coches no llegan, como si desaparecieran por algún camino, pero no hay caminos transitables, es todo selva.

–Hablando de coches que desaparecen, ésta es para cagarse de risa –dijo uno de los otros camioneros, sonriendo, a lo mejor para despejar la pesadez del ambiente y la antipatía de mi marido. Yo otra vez tenía vergüenza y le sonreí al camionero rubio, que tenía un hoyuelo delicioso en el mentón, y él me sonrió también. Ojalá se pusiera de novio con Natalia, pensé, y ojalá Natalia se aburriera de él como se aburre de todos y entonces él se diera cuenta de que siempre, desde el primer momento, desde que nos miramos a los ojos en la recepción del hotel, estuvo enamorado de mí.

–¡Y pasó acá! Bah, acá no, en la parrilla de la ruta, acá a diez cuadras. Resulta que vino este tipo con su casa rodante, una casita preciosa. Estaba con la familia, dos chicos, me dijeron, y la mujer y la suegra. Parece que se fueron a comer un asado y dejaron a la suegra en la casa rodante, la señora no se sentía bien o vaya a saber.

–¿Y entonces? –preguntó el tercer camionero, que parecía tener sueño.

–¡Se afanaron la casa rodante con la vieja adentro!

Todos se rieron muy fuerte, incluso la chica de la parrilla, que estaba dejando morir el fuego. El tipo, desesperado, había ido corriendo a la policía y había pasado como una semana en Clorinda; su mujer estaba con un ataque de nervios. Hubo un operativo por todo Formosa y encontraron la casa rodante, pero estaba vacía. Se habían robado todo, incluso a la suegra.

–¿Cuánto hace de esto? –quiso saber Natalia.

–Y... hará un año ya. Cómo pasa el tiempo. Un año. Un caso rarísimo, seguro que los ladrones se subieron a la casa rodante y no se dieron cuenta de que la vieja estaba adentro y capaz se les murió del susto, entonces la tiraron. Por acá se puede tirar a cualquiera, no te encuentran ni en pedo.

–El hombre llama siempre –intervino la chica de la parrilla–. Pero no apareció nunca la señora.

–Ni los ladrones –agregó el camionero–. Pobre mujer, che, qué destino.

Siguieron un rato hablando de la desaparición de la suegra y Juan Martín, irritado, dijo me disculpan y se fue a la habitación. Te espero, me miró, y asentí con la cabeza. Pero me quedé hasta tardísimo, hasta que se me secó el pelo y la chica de la parrilla nos dejó la llave de la heladera para que siguiéramos sacando cervezas. Natalia hasta contó la historia de la casa en llamas que había visto desde la avioneta de su novio, aunque no dijo que era de su novio, dijo que era de su primo. Después bostezó y anunció que se iba a dormir. El camionero rubio la siguió. Yo fui detrás de ellos y pedí otra habitación. Le dije a la chica que mi marido estaba muy cansado y que, si yo entraba a esa hora, lo iba a despertar y él, al otro día, si el mecánico nos traía el auto, iba a tener que manejar hasta Buenos Aires mal dormido porque le costaba volverse a dormir cuando lo despertaban. Claro, dijo la mujer de la recepción –eran todas mujeres en ese hotel, parecía–, si no tenemos huéspedes casi, es una mala época.

Y sí, es una mala época, le dije, y cuando apoyé la cabeza en la almohada, me dormí de inmediato y tuve pesadillas con una vieja que corría envuelta en llamas, desnuda, por una casa que se desmoronaba; yo la veía desde afuera, pero no podía meterme a ayudarla porque se me iba a caer una viga en la cabeza o el fuego me iba a alcanzar o el humo me ahogaría. Pero tampoco buscaba ayuda, nada más la miraba arder.

El Automóvil Club nos trajo el auto a la mañana. Explicaron el problema, pero muy por arriba, dando por sentado que ni yo ni Natalia entendíamos nada. Lo único que queríamos saber era si iba a llegar hasta Corrientes y nos dijeron que claro, que eran nomás tres horas. Igual había que llevarlo a un service para que completaran no sé qué cosas que no habían podido solucionar, pero el mecánico se iba a dar cuenta enseguida, y si no, que los llamara. Les agradecimos y fuimos a desayunar. Había nada más que tostadas y café con leche –ni una medialuna–, pero estaba bien. El camionero rubio se había ido

hacía dos horas. Había prometido llamar a Natalia y ella creía que iba a cumplir. Coge como los dioses, me dijo. Y es una dulzura de tipo.

La envidié. Me tragué el café medio frío con las lágrimas y fui a buscar a Juan Martín. Pero cuando entré en la habitación, él no estaba. La cama ni siquiera estaba desarmada, como si no hubiese dormido ahí. Yo no podía asegurar que hubiese vuelto a la habitación, ni siquiera lo había visto entrar en el hotel. Volví al desayunador y le pregunté a Natalia: entrar al hotel sí lo vi, dijo. La chica de la recepción, que no se había ido a dormir todavía, nos aseguró que se había llevado la llave con él: al menos, era cierto que no la tenía colgada en el llavero de la pared.

–Capaz se fue a caminar –murmuró.

Pero, claro, ella no lo había visto bajar. Me puse nerviosa, me temblaron las manos. Le dije a Natalia que teníamos que llamar a la policía, pero ella se volvió a atar el pelo en una cola de caballo, como lo había hecho en el mercado, y me dijo que no. No seas tonta. Si se fue, se fue, me dijo.

Se paró y fue a buscar su cartera y las bolsas con la compra a la habitación.

–Estás como abombada vos, che.

Era cierto. Estaba desconcertada. Volví a la habitación donde debería haber dormido Juan Martín y no encontré su bolso ni el cepillo de dientes que siempre ponía prolijamente en el baño cuando viajábamos. La ducha estaba seca. Las toallas todavía húmedas eran las que yo había usado.

En el auto nos pusimos los anteojos negros: el sol era insoportable.

–Va a llover –dijo la chica de la recepción del hotel–. Dice la radio, pero no parece, está todo despejado.

–Ojalá llueva, amiga, no se aguanta, está pegajoso –le contestó Natalia.

–¿Y el marido de la señora? –preguntó como si yo no estuviera ahí.

–Ah, fue un malentendido.

Me acomodé en el asiento del acompañante. Antes de salir de Clorinda paramos en la estación de servicio: Natalia necesitaba cigarrillos y yo otra Fanta pomelo. Uno de los camioneros de la noche anterior, el que tenía sueño y apenas escuchaba las historias de los demás, estaba cargando nafta. Nos saludó, preguntó si todo andaba bien y miró el asiento trasero; buscaba a Juan Martín pero no preguntó por él. Nosotras lo saludamos sonrientes y salimos a la ruta; en el horizonte, del lado del río, ya se veían las nubes negras de la tormenta.

FIN DE CURSO

Nunca le habíamos prestado demasiada atención. Era una de esas chicas que hablan poco, que no parecen demasiado inteligentes ni demasiado tontas y que tienen esas caras olvidables, esas caras que, aunque una las ve todos los días en el mismo lugar, es posible que no las reconozca en un ámbito distinto, y mucho menos pueda ponerles un nombre. Lo único que la diferenciaba era que se vestía mal, feo y algo más: la ropa que usaba parecía elegida para ocultar su cuerpo. Dos o tres tallas más grande, camisas cerradas hasta el último botón, pantalones que no dejaban adivinar sus formas. Sólo la ropa hacía que nos fijáramos en ella, apenas para comentar su mal gusto o dictaminar que se vestía como una vieja. Se llamaba Marcela. Podría haberse llamado Mónica, Laura, María José, Patricia, cualquiera de esos nombres intercambiables, que suelen tener las chicas en las que nadie se fija. Era mala alumna, pero rara vez recibía la desaprobación de los profesores. Faltaba mucho, pero nadie comentaba su ausencia. No sabíamos si tenía plata, de qué trabajaban los padres, en qué barrio vivía.

No nos importaba.

Hasta que, en la clase de Historia, alguien dio un pequeño grito asqueado. ¿Fue Guada? Parecía la voz de Guada, que además se sentaba cerca de ella. Mientras la profesora explicaba la batalla de Caseros, Marcela se arrancó las uñas de la mano izquierda. Con los dientes. Como si fueran uñas postizas. Los dedos sangraban, pero ella no demostraba ningún dolor. Algunas chicas vomitaron. La de Historia llamó a la preceptora, que se llevó a Marcela; faltó durante una semana y nadie nos explicó nada. Cuando volvió, había pasado de chica ignorada a chica famosa. Algunas le tenían miedo, otras querían hacerse amigas de ella. Lo que había hecho era lo más extraño que nosotras hubiéramos visto. Algunos padres querían llamar a una reunión, para tratar el caso, porque no estaban seguros de que fuera recomendable que nosotras siguiéramos en contacto con una chica «desequilibrada». Pero lo arreglaron de otra manera. Faltaba poco para que se terminara el año, para que termináramos la secundaria. Los padres de Marcela aseguraron que ella se pondría bien, que tomaba medicación, hacía terapia, que estaba contenida. Los otros padres les creyeron. Los míos apenas prestaron atención: lo único que les importaba eran mis notas y yo seguía siendo la mejor alumna, como cada año.

Marcela estuvo bien durante un tiempo. Volvió con los dedos vendados, al principio con gasa blanca, después con curitas. No parecía recordar el episodio de las uñas arrancadas. No se hizo amiga de las chicas que se le acercaron. En el baño, las que querían ser amigas de Marcela nos contaban que no se podía, que ella no hablaba, que las escuchaba pero nunca respondía, y se quedaba mirándolas tan fijo que, al final, les dio miedo.

Fue en el baño donde todo empezó de verdad. Marcela estaba mirándose al espejo, en la única parte donde realmente podía hacerlo porque el resto estaba descascarado, sucio o tenía declaraciones de amor o insultos de alguna pelea entre dos chicas rabiosas escritos con fibra o lápiz labial. Yo estaba con mi amiga Agustina: tratábamos de resolver una discusión que habíamos tenido más temprano. Parecía una discusión importante. Hasta que Marcela sacó de algún lado (el bolsillo, probablemente) una gillette. Con rapidez exacta se cortó un tajo en la mejilla. La sangre tardó en brotar, pero cuando lo hizo salió casi a chorros y le empapó el cuello y la camisa abotonada, como de monja o de prolijo varón.

Ninguna de las dos hizo nada. Marcela se seguía mirando al espejo, estudiando la herida, sin un gesto de dolor. Eso fue lo que más me impresionó: no le había dolido, estaba claro, ni siquiera había fruncido el ceño o cerrado los ojos. Recién reaccionamos cuando una chica que estaba haciendo pis abrió la puerta y gritó «¡Qué le pasó!» y trató de detener la sangre con un pañuelo. Mi amiga parecía a punto de llorar. A mí me temblaban las rodillas. La sonrisa de Marcela, que seguía mirándose mientras se apretaba la cara con el pañuelo, era hermosa. Su cara era hermosa. Le ofrecí acompañarla hasta su casa o hasta una salita para que la cosieran o le desinfectaran la herida. Ella pareció reaccionar entonces y dijo que no con la cabeza, que se tomaba un taxi. Le preguntamos si tenía plata. Dijo que sí y volvió a sonreír. Una sonrisa que podía enamorar a cualquiera. Faltó otra vez durante una semana. La escuela entera sabía del incidente: no se hablaba de otra cosa. Cuando volvió, todos trataban de no mirar la venda que le cubría la mitad de la cara y nadie lo conseguía.

Ahora yo trataba de sentarme cerca de ella en las clases. Lo único que quería era que me hablara, que me explicara. Quería visitarla en su casa. Quería saber todo. Alguien me había dicho que se hablaba de internarla. Me imaginaba el hospital con una fuente de mármol gris en el patio y plantas violetas y marrones, begonias, madreselvas, jazmines –no me imaginaba un instituto para enfermos mentales sórdido y sucio y triste, me imaginaba una hermosa clínica llena de mujeres con la mirada perdida–. Sentada a su lado vi, como todas las demás, pero de cerca, lo que le estaba pasando. Todas lo veíamos, asustadas,

maravilladas. Empezó con sus temblores, que no eran temblores sino más bien sobresaltos. Sacudía las manos en el aire como si espantara algo invisible, como si intentara que algo no la golpeará. Después empezó a taparse los ojos mientras decía que no con la cabeza. Los profesores lo veían, pero trataban de ignorarlo. Nosotras también. Era fascinante. Ella se derrumbaba en público sin pudores y a nosotras nos daba vergüenza.

Empezó a arrancarse el pelo poco después, el de la parte de adelante de la cabeza. Se iban formando mechones enteros sobre su banco, montoncitos de pelo lacio y rubio. A la semana empezó a adivinarse el cuero cabelludo, rosado y brillante.

Yo estaba sentada a su lado el día que salió corriendo de una clase. Todos la miraron irse, yo la seguí. Al rato noté que venían detrás de mí mi amiga Agustina y la chica que la había auxiliado en el baño aquella vez, Tere, del otro quinto. Nos sentíamos responsables. O queríamos ver qué iba a hacer, cómo iba a terminar todo eso.

La encontramos en el baño otra vez. Estaba vacío. Gritaba y lloraba como en un berrinche infantil. La venda se le había caído y pudimos ver los puntos de la herida. Señalaba uno de los inodoros y gritaba «andate dejame andate basta». Había algo en el ambiente, demasiada luz, y el aire apeataba más de lo habitual a sangre, pis y desinfectante. Yo le hablé:

–¿Qué pasa, Marcela?

–¿No lo ves?

–A quién.

–A él. ¡A él! ¡Ahí en el inodoro! ¿No lo ves?

Me miraba ansiosa y asustada, pero no confundida: estaba viendo algo. Pero no había nada sobre el inodoro, salvo la tapa destartada y la cadena, que estaba demasiado quieta, anormalmente quieta.

–No, no veo nada, no hay nada –le dije.

Desconcertada por un momento, me agarró del brazo. Nunca antes me había tocado. Miré su mano: todavía no le habían crecido las uñas o, a lo mejor, se arrancaba lo poco que crecía. Se veían sólo las cutículas, ensangrentadas.

–¿No? ¿No? –Y mirando el inodoro otra vez–: Sí que está. Está ahí. Hablale, decile algo.

Tuve miedo de que la cadena empezara a balancearse, pero seguía quieta. Marcela parecía escuchar, mirando atentamente el inodoro. Noté que casi no le quedaban pestañas tampoco. Se las había estado arrancando. Pronto empezaría con las cejas, imaginé.

–¿No lo escuchás?

–No.

–¡Pero te dijo algo!

–Qué dijo, contame.

En este punto, Agustina se metió en la conversación diciéndome que dejara en paz a Marcela, preguntándome si estaba loca, no ves que no hay nada, no le sigas el juego, me da miedo, llamemos a alguien. Fue interrumpida por Marcela, que le aulló *CALLATE, PUTA DE MIERDA*. Tere, que era bastante cheta, murmuró que eso era *too much* y se fue a buscar a alguien. Yo traté de controlar la situación.

–No les des bola a estas taradas, Marcela, ¿qué dice?

–Que no se va a ir. Que es de verdad. Que me va a seguir obligando a hacer cosas y no le puedo decir que no.

–¿Cómo es?

–Es un hombre, pero tiene un vestido de comunión. Tiene los brazos para atrás. Siempre se ríe. Parece chino pero es enano. Tiene el pelo engominado. Y me obliga.

–¿Te obliga a qué?

Cuando Tere llegó con una profesora a la que había convencido de que entrara en el baño (después nos dijo que en la puerta se habían juntado como diez chicas, escuchaban todo haciéndose shhh entre ellas), Marcela estaba a punto de mostrarnos qué la obligaba a hacer el engominado. Pero la aparición de la profesora la confundió. Se sentó en el piso, con los ojos sin pestañas que no parpadeaban mientras decía que no.

Marcela nunca volvió a la escuela.

Yo decidí visitarla. No fue difícil conseguir su dirección. Aunque su casa quedaba en un barrio al que nunca había ido, me resultó fácil llegar. Toqué el timbre temblando: en el colectivo había preparado la explicación de mi visita que iba a darles a sus padres, pero ahora me parecía estúpida, ridícula, forzada.

Me quedé muda cuando Marcela abrió la puerta, no solamente por la sorpresa de que ella atendiera el timbre –la había imaginado en cama, drogada–, sino también porque se la veía muy distinta, con una gorra de lana que le cubría la cabeza seguro ya casi pelada, un jean y un pulóver de tamaño normal. Salvo por las pestañas, que no habían crecido, parecía una chica sana, común.

No me invitó a pasar. Salió, cerró la puerta y quedamos las dos en la calle. Hacía frío; ella se abrazaba el cuerpo con los brazos, a mí me ardían las orejas.

–No tendrías que haber venido –dijo.

–Quiero saber.

–¿Qué querés saber? No vuelvo más a la escuela, se terminó, olvidate de todo.

–Quiero saber qué te obliga a hacer él.

Marcela me miró y olfateó el aire alrededor. Después desvió los ojos hacia la ventana. Las cortinas se habían movido apenas. Volvió a entrar en su casa y, antes de cerrar de un portazo, dijo:

–Ya te vas a enterar. Él mismo te lo va a contar algún día. Te lo va a pedir, creo. Pronto.

A la vuelta, sentada en el colectivo, sentí cómo palpitaba la herida que me había hecho en el muslo con una trincheta, bajo las sábanas, la noche anterior. No dolía. Me masajeeé la pierna con suavidad, pero con la suficiente fuerza para que la sangre, al brotar, dibujara un fino trazo húmedo sobre mis jeans celestes.

NADA DE CARNE SOBRE NOSOTRAS

La vi cuando estaba a punto de cruzar la avenida. Estaba entre un montón de basura, abandonada sobre las raíces de un árbol. Los estudiantes de Odontología, pensé, esa gente desalmada y estúpida, esa gente que sólo piensa en el dinero, empapada de mal gusto y sadismo. La levanté con las dos manos por si se desarmaba. A la calavera le faltaban la mandíbula y la totalidad de los dientes, mutilación que me confirmó el accionar de los protodontólogos. Revisé alrededor del árbol, entre los residuos. No encontré la dentadura. Qué pena, pensé, y fui hasta mi departamento, apenas a doscientos metros, con la calavera entre las manos, como si caminara hacia una ceremonia pagana del bosque.

La puse sobre la mesa del living. Era pequeña. ¿La calavera de un niño? Lo ignoro todo sobre anatomía y temas óseos. Por ejemplo: no entiendo por qué las calaveras no tienen nariz. Cuando me toco la cara, siento la nariz pegada a mi calavera. ¿Acaso la nariz es cartílago? No creo, aunque es verdad que dicen que no duele cuando se rompe y que se rompe fácil, como si fuera un hueso débil. Examiné la calavera un poco más y encontré que tenía un nombre escrito. Y un número. «Tati, 1975». Cuántas opciones. Podía ser su nombre, Tati, nacida en 1975. O su dueña podía ser una Tati parida en 1975. O el número quizá no era una fecha y tenía que ver con alguna clasificación. Por respeto decidí bautizarla con el genérico Calavera. Por la noche, cuando mi novio volvió del trabajo, ya era solamente Vera.

Él, mi novio, no la vio hasta que se sacó la campera y se sentó en el sillón. Es un hombre muy desatento.

Cuando la vio, dio un respingo, pero no se levantó. También es perezoso y se está poniendo gordo. No me gustan los gordos.

–¿Qué es esto? ¿Es de verdad?

–Claro que es de verdad –le dije–. La encontré en la calle. Es una calavera.

Me gritó. Por qué trajiste esto, me gritó, exagerado, de dónde la sacaste. Juzgué que estaba haciendo un escándalo y le ordené que bajara la voz. Traté de explicarle con tranquilidad que la había encontrado tirada en la calle, bajo un árbol, abandonada, y que hubiese sido totalmente indecente por mi parte actuar con indiferencia y dejarla ahí.

–Estás loca.

–Puede ser –le dije, y me llevé a Vera a la habitación.

Sé que él esperó un rato por si yo salía a hacerle la comida. No tiene que comer más, se está poniendo gordo, los muslos ya se le rozan, y si usara pollera de mujer, estaría siempre paspado entre las piernas. Después de una hora lo oí insultarme y usar el teléfono para pedir una pizza. La pereza: prefiere el delivery a caminar hasta el centro y comer en un restaurante. El gasto de dinero es casi el mismo.

–Vera, no sé qué hago con él.

Si ella pudiera hablar, sé que me diría que lo deje. Es de sentido común. Antes de dormir, rocío la cama con mi perfume favorito y le paso un poquito a Vera bajo los ojos y por los costados.

Mañana voy a comprarle una peluquita. Para que mi novio no entre en la habitación, la cierro con llave.

Mi novio dice que está asustado y otras pavadas. Duerme en el living, pero no es un sacrificio, porque el futón que compré con mi dinero –a él le pagan poco– es de excelente calidad. De qué estás asustado, le pregunto. Él balbucea tonterías sobre que me la paso encerrada con Vera y que me escucha hablándole.

Le pido que se vaya, que junte sus cosas y deje el departamento, que me deje. Pone cara de profundo dolor, no le creo y casi lo empujo a la habitación para que haga sus valijas. Grita de vuelta pero esta vez grita de miedo. Es que vio a Verita, que tiene su peluca rubia carísima, de pelo natural, pelo fino y amarillo, seguramente cortado en un pueblo ex soviético de Ucrania o de la estepa (¿son rubias las siberianas?), las trenzas de alguna chica que todavía no encontró a quien la saque de su pueblo miserable. Me parece muy extraño que haya rubios pobres, por eso se la compré. También le compré unos collares de cuentas de colores, muy festivos. Y está rodeada de velas aromáticas, de esas que las mujeres que no son como yo ponen en el baño o en la habitación para esperar a algún hombre entre llamitas y pétalos de rosa.

Me amenazó con llamar a mi madre. Le dije que podía hacer lo que quisiera. Lo vi más gordo que nunca, con las mejillas caídas como las de un mastín napolitano, y esa noche, después de que se fue con la valija y un bolso colgado del hombro, decidí empezar a comer poco, bien poco. Pensé en cuerpos hermosos como el de Vera, si estuviese completo: huesos blancos que brillan bajo la luna en tumbas olvidadas, huesos delgados que cuando se golpean suenan

como campanitas de fiesta, danzas en la foresta, bailes de la muerte. Él no tiene nada que ver con la belleza etérea de los huesos desnudos, él los tiene cubiertos por capas de grasa y aburrimento. Vera y yo vamos a ser hermosas y livianas, nocturnas y terrestres; hermosas las costras de tierra sobre los huesos. Esqueletos huecos y bailarines. Nada de carne sobre nosotras.

Una semana después de dejar de comer, mi cuerpo cambia. Si levanto los brazos, las costillas se asoman, aunque no mucho. Sueño: algún día, cuando me siento sobre este piso de madera, en vez de nalgas tendré huesos y los huesos van a atravesar la carne y van a dejar rastros de sangre sobre el suelo, van a cortar la piel desde adentro.

Le compré a Vera unas luces de decoración, las que se usan para adornar el árbol de Navidad. No podía seguir viéndola sin ojos, o, mejor dicho, con los ojos muertos, así que decidí que dentro de las cuencas vacías brillaran las lamparitas; como son de colores, se pueden ir cambiando y Vera un día tendrá ojos rojos, otro día verdes, otro día azules. Cuando estaba contemplando el efecto de Vera con ojos desde la cama, oí que unas llaves abrían la puerta de mi departamento. Mi madre, la única que tiene copia, porque a mi ex obeso lo obligué a entregarme la suya. Me levanté para hacerla pasar. Le preparé un té y me senté a tomarlo con ella. Estás más flaca, me dijo. Es el estrés de la separación, le contesté. Nos quedamos calladas. Por fin ella habló:

–Me dijo Patricio que estás en algo raro.

–¿En qué? Por favor, mamá, inventa cosas porque lo eché.

–Dice que te obsesionaste con una calavera.

Me reí.

–Está loco. Con unas amigas estamos armando disfraces y maquetas de terror para la Noche de Brujas, es para divertirnos. No tuve tiempo de comprar un disfraz, así que armé un retablo vudú y voy a comprar otras cositas, velas negras, una bola de vidrio tipo bola de cristal, para ambientar, ¿me entendés? Porque hacemos la fiesta en casa.

No sé si entendió mucho, pero le resultó una estupidez razonable. Quiso conocer a Vera y se la mostré. Le pareció macabro que la tuviera en la habitación, pero se creyó por completo lo de la ambientación para la fiesta, a pesar de que yo jamás organicé una fiesta en mi vida y detesto los cumpleaños. También se creyó mis mentiras sobre el despecho de Patricio.

Se fue tranquila y no va a volver por un tiempo. Está muy bien, quiero estar

sola porque ahora me tiene angustiada la incompletud de Vera. No puede seguir sin dientes, sin brazos, sin columna vertebral. Nunca voy a poder recuperar los huesos que le corresponden, eso es obvio. Tengo que estudiar anatomía, además, para averiguar el nombre y el aspecto de los huesos que le faltan, que son todos. ¿Y dónde buscárselos? No puedo profanar tumbas, no sabría cómo hacerlo. Mi padre solía hablar de las fosas comunes de los cementerios, que estaban al aire libre, como una piscina de huesos, pero creo que no existen más. Si aún existen, ¿no estarán custodiadas? Me contaba que los estudiantes de Medicina iban a buscar ahí sus esqueletos, los que usaban para estudiar. ¿De dónde los sacan, ahora, los huesos para estudiar? ¿O usarán réplicas de plástico? Veo muy difícil caminar por las calles con un costillar humano. Si encuentro uno, para cargarlo usaré la mochila grande que dejó Patricio, la que llevábamos de campamento cuando él todavía era flaco. Todos caminamos sobre huesos, es cuestión de hacer agujeros profundos y alcanzar a los muertos tapados. Tengo que cavar, con una pala, con las manos, como los perros, que siempre encuentran los huesos, que siempre saben dónde los escondieron, dónde los dejaron olvidados.

EL PATIO DEL VECINO

Paula se miró las manos, enrojecidas y marcadas después de empujar varias canastas de libros, mientras Miguel pagaba y se despedía de los hombres de la mudanza. Tenía hambre, estaba cansada, pero la casa le encantaba. Habían tenido mucha suerte. El alquiler no era caro y tenían tres habitaciones: una sería el estudio; la otra, el dormitorio; la tercera probablemente quedaría para las visitas. En el patio, el anterior inquilino había dejado plantas sencillas y muy lindas, un cactus crecido y una enredadera sana y alta, de un extraño verde oscurísimo. Y, lo mejor, la casa tenía terraza, con una parrilla y espacio para montar un quincho techado si la dueña no se oponía –y Paula creía que los dejaría hacer todas las modificaciones razonables que se les ocurrieran–. Por un lado, le había parecido una mujer muy amable y tolerante («En el contrato dice que no pueden tener mascotas pero no le den pelota, a mí me encantan los bichos»), y, por otro, creía que estaba ansiosa por alquilar: los había aceptado con una sola garantía –la de los padres de Miguel; por lo general, los dueños pedían dos– y con un solo sueldo, también el de Miguel, porque Paula estaba sin trabajo por el momento. A lo mejor necesitaba el dinero o quería tener la casa ocupada antes de que empezara a deteriorarse por falta de cuidado.

A Miguel esa actitud le había causado un poco de desconfianza y, antes de firmar el contrato, había pedido visitar la casa una vez más. No había encontrado nada preocupante: el baño funcionaba perfectamente, aunque debían cambiar la cortina de la ducha porque tenía hongos; la casa era luminosa, no resultaba ruidosa a pesar de que daba a la calle, y el barrio de casas bajas parecía muy tranquilo pero activo, con mucha gente en los negocios de la cuadra y hasta un sencillo bar en la esquina. Tuvo que admitir que se había puesto paranoico. Paula, en cambio, había confiado desde el principio en la casa y en su dueña. Ya tenía planeada la distribución del escritorio y los libros, ya tenía ganas de estudiar en el patio y de comprar un sillón cómodo para sentarse ahí con sus papeles y un café. Tenía planeado terminar su carrera, rendir los tres exámenes que le faltaban para recibirse, y quería hacerlo en un año, para después volver a trabajar. Por primera vez ponía plazos, diseñaba los meses por venir, y la casa le parecía ideal para la misión.

Desarmaron cajas y armaron pilas de libros hasta que el desorden resultó

insoponible y pidieron una pizza por teléfono. La comieron en el patio, con la radio encendida. Miguel odiaba los primeros días en una casa nueva, cuando aún no había televisión ni internet, y sentía un malhumor anticipado pensando en los llamados que tendría que hacer durante semanas hasta que todo estuviera en orden. Pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Después de fumar un cigarrillo, se acostó sobre el somier sin sábanas y se quedó dormido. Paula aguantó despierta un rato más y llevó la radio a la terraza para escuchar un poco de música bajo las estrellas. Muy cerca podía ver los edificios de la avenida; en algunos años, creía, las casas como la suya –la sentía suya– iban a ser compradas y demolidas para hacer torres: el barrio no estaba de moda todavía, pero era cuestión de tiempo. No quedaba demasiado lejos del centro, tenía una estación de subterráneo cerca y fama de apacible. Debía disfrutarlo mientras le resultara indiferente al resto de la ciudad.

La terraza estaba bordeada por muros bajos pero también tenía un alambrado bastante alto –seguramente la dueña había tenido allí un perro, a eso se refería con que adoraba los bichos, y de esta manera evitaba que se escapara–. En una esquina, sin embargo, el alambre se había caído. Desde ahí era posible asomarse y se alcanzaba a ver un pedazo del patio del vecino, apenas unas cuatro o cinco baldosas rojas. Bajó y buscó una manta liviana para taparse en la cama: la noche se había puesto fresca.

Los golpes que la despertaron eran tan fuertes que la hicieron dudar: debía ser una pesadilla. Hacían vibrar la casa. Los golpes en la puerta sonaban como puñetazos de unas manos enormes, manos de bestia, puños de gigante. Paula se sentó en la cama y sintió cómo la cara le quemaba y el sudor le empapaba la nuca. En la oscuridad los golpes sonaban como algo a punto de entrar, a punto de derribar la puerta. Encendió la luz. ¡Miguel dormía! Era increíble: debía estar enfermo o desmayado. Lo sacudió brutalmente; pero para entonces ya no se escuchaban los golpes.

–¿Qué pasa?

–¿No escuchaste?

–¿Qué pasa, Pau? ¿Por qué lloras, qué pasa?

–No puedo creer que no te hayan despertado. ¿No escuchaste los golpes en la puerta? ¡La estaban pateando!

–¿La puerta de calle? Voy a ver.

–¡No!

Paula había gritado. Un grito muy gruñido, animal en su terror. Miguel se dio vuelta mientras se subía los pantalones y le dijo:

–No empecemos.

Entonces Paula apretó tanto los dientes que se mordió la lengua y se puso a llorar. Otra vez él la miraba así, y sabía cómo iba a seguir. Primero se ponía impaciente y después demasiado comprensivo, tranquilizador; en un rato, Miguel iba a hacer lo que ella más odiaba: la iba a tratar de loca. Que lo mate, pensó. Si es un chorro armado el que quiere entrar, si él es tan pelotudo de abrir la puerta porque no me cree, que lo mate, mejor, disfruto sola de esta casa, me tiene harta. Pero Paula se levantó, corrió detrás de Miguel y le pidió por favor que no abriera. Él vio algo en sus ojos: le creyó.

–Vamos a mirar desde la terraza, se tiene que ver la calle.

–Está toda alambrada, la terraza.

–Ya me fijé, pero está flojo el alambre, se saca fácil.

Miguel arrancó el alambre sin esfuerzo, estaba prácticamente desprendido. Se asomó con confianza. En la vereda no había nadie. La luz de la calle iluminaba la puerta de la casa y no dejaba dudas. Toda la cuadra estaba bastante iluminada. Enfrente había dos autos estacionados, pero por las ventanillas se veía que estaban vacíos. Salvo que alguien se escondiera acostándose en el asiento trasero, pero... ¿quién querría acecharlos así?

–Vamos a la cama –dijo Miguel.

Paula lo siguió, llorando, todavía algo rabiosa pero también aliviada. Hasta se alegraba de haber tenido un sueño demasiado vívido, si había sido eso. Miguel se volvió a acostar sin decir nada: no quería hablar, no quería discutir, y ella se lo agradeció.

A la mañana, los golpes parecían muy lejanos y Paula se resignó a aceptar que debían haber ocurrido en sus pesadillas. Ayudaba que Miguel ya se hubiera ido a trabajar cuando ella se había levantado, así no tenía que enfrentarlo ni hablar de lo que había escuchado. No tenía que aguantarle la cara de tristeza. Era tan injusto. Porque había estado deprimida, como tanta gente, porque tomaba medicación –en dosis muy bajas–, Miguel creía que estaba enferma. Le había sorprendido mucho descubrir que su marido era tan prejuicioso, pero en el último año había quedado claro: al principio de la depresión, él insistía en sacarla de la cama, le decía que saliera a correr, que fuera al gimnasio, que abriera las ventanas, que visitara a amigas. Cuando Paula decidió consultar con un psiquiatra, Miguel tuvo un ataque de furia y le dijo que ni se le ocurriera ir a ver a uno de esos chantas, qué cosas tenía que contarle, acaso no confiaba en él.

Incluso le había dicho que probablemente necesitaban tener un bebé, que el reloj biológico y un montón de ocurrencias extrañas más que en ese momento poco le habían importado, pero que, cuando empezó a recuperarse, le molestaron y la preocuparon al punto de plantearse si quería seguir en pareja con Miguel. Él nunca había demostrado otro tipo de prejuicio: estaba dirigido en exclusiva a los psiquiatras, a los problemas mentales, a la locura. Habían conversado sobre el tema hacía poco: Miguel le había confesado que, en su opinión, salvo las enfermedades graves, todos los problemas emocionales se podían mejorar *a voluntad*.

–Eso es una terrible pavada –le había dicho ella–. ¿Acaso te pensás que un obsesivo puede dejar de, no sé, lavarse las manos compulsivamente?

Resultaba que a Miguel le parecía que sí. Que un alcohólico podía dejar de tomar y una anoréxica volver a comer si de verdad querían hacerlo. Estaba haciendo un esfuerzo muy grande, y se lo dijo mirando el piso, para aceptar que ella fuera a un psiquiatra y tomara pastillas, porque él creía que eso no servía para nada, que se le iba a pasar solo, que era normal estar triste después de los problemas que ella había tenido en el trabajo.

–Es que no estoy triste nada más, Miguel –le había contestado ella, fría y avergonzada, avergonzada de su ignorancia, y poco dispuesta a tolerarla.

–Ya sé, ya sé –dijo él.

Paula sabía que su suegra, que era encantadora y la quería, había hablado con Miguel; mejor dicho: le había pegado cuatro gritos a Miguel.

–Yo no sé, Paulita, de dónde salió tan necio mi hijo –le dijo mientras se tomaban un café–. En mi casa nadie piensa así. Si ninguno de nosotros hace terapia, es porque, gracias a Dios, no necesitamos. Aunque a lo mejor el salame de mi hijo lo necesita. Te pido disculpas, nena.

Ahora esperaba a su suegra, Mónica, que debía traer a Eli, la gata. Habían decidido mudarla un día después del gran traslado para que no molestara ni se pusiera demasiado nerviosa. La gata y la suegra llegaron cuando Paula terminaba de acomodar ollas, platos y sartenes en la cocina. Preparó café para Mónica mientras la gata inspeccionaba la nueva casa oliendo todo, sobresaltada, con la cola entre las patas.

–Una hermosa casa –dijo la suegra–. ¡Qué amplia, cuánta luz, qué suerte tuvieron! Está *imposible alquilar* en Buenos Aires.

Quiso ver el patio, prometió traer plantitas la próxima vez y quedó encantada con la terraza; prometió carne para un asado ni bien se terminaran de acomodar. Se fue con besos a Paula y a la gata y dejó un pequeño ramo de fresas de regalo.

Paula quería mucho a su suegra por cosas así: por no instalarse en sus visitas, por jamás criticar, salvo que le pidieran una opinión, por saber ayudar sin sobreactuación.

Desde que había visto la terraza, estaba preocupada por Eli, porque, aunque estaba castrada y seguramente no se iría lejos, era probable que decidiera investigar los techos por primera vez en su vida –antes había vivido sólo en departamentos–. No había nada que hacer: no podía solucionar ese problema. Incluso el alambrado era inútil para detener a una gata, hasta la ayudaría a trepar. Hacía calor y Paula subió a la terraza. No tenía ganas de ponerse a estudiar. Sentada en el muro, vio pasar por el patio del vecino a un gato enorme, gris, de pelo corto. El novio de Eli, pensó, y se alegró de tener un vecino con gato, le podría recomendar la mejor veterinaria del barrio y ayudarla a buscar a Eli si se escapaba.

Esa noche, Miguel tampoco mencionó los golpes y ella se lo agradeció. Comieron un guiso de lentejas de la rotisería que resultó muy rico y se fueron a dormir temprano. Miguel estaba cansado y se durmió enseguida. A Paula le costó más. Escuchaba a Eli, que todavía no se había tranquilizado y daba vueltas por la casa, atacaba cajas con las uñas, se trepaba a canastos y a la cocina. Y esperaba los golpes a la puerta. Había dejado encendida la luz del patio, que llegaba a la habitación, para no dormir totalmente a oscuras. Los golpes no volvieron.

En algún momento de la madrugada, sin embargo, vio que alguien, muy pequeño, estaba sentado a los pies de la cama. Pensó que sería Eli, pero era demasiado grande para ser un gato. No veía más que una sombra. Parecía un niño, pero no tenía pelo en la cabeza, se distinguía la línea clara de la calva, y era muy pequeño, delgado. Más curiosa que asustada, Paula se sentó en la cama y, cuando lo hizo, el supuesto chico salió corriendo; pero la corrida fue demasiado veloz para un ser humano. Paula no quiso pensar. Seguro era Eli porque había corrido como un gato; era Eli y yo estoy medio dormida y no me doy cuenta de que estoy medio dormida y creo estar viendo duendes enanos, qué tarada. Sabía que le iba a costar dormirse, así que tomó una pastilla y no se enteró de nada hasta que despertó, muy tarde, a la mañana siguiente.

Pasaron los días, fueron acomodando parte de las cajas y los canastos y no volvieron los golpes ni el enano-gato. Paula se convenció de que era el estrés de la mudanza: alguna vez había leído que mudarse estaba en tercer lugar entre las

situaciones más estresantes, después del duelo y el despido. En los últimos dos años, ella había pasado por las tres: se había muerto su padre, la habían echado del trabajo y se había mudado. Y el tarado de su marido creía que podía superar todo con voluntad. Cuánto lo despreciaba a veces. En las tardes tranquilas en la casa nueva, mientras seguía ordenando y limpiando y estudiando, a veces pensaba en abandonarlo. Pero antes tenía que rearmar su vida. Recibirse de socióloga primero; un amigo encuestador ya le había ofrecido trabajo en su consultora ni bien ella tuviera el título. Podía empezar a trabajar antes, claro, pero Paula sabía que no estaba lista. El año que viene entonces; empiezo a trabajar y, si esto sigue así, se termina.

Hasta creía que Miguel estaría aliviado: hacía un año, por lo menos, que no tenían sexo. A Miguel no parecía importarle; ella ciertamente no tenía ganas. Vivían en una tranquilidad leve, pero no amistosa. Faltaba tiempo, pensaba Paula; a lo mejor, en un año hasta volvían a coger o al final se hacían amigos, separados de hecho, y la cosa se relajaba y podían seguir viviendo juntos, como les pasaba a tantas parejas que se querían pero ya no estaban enamoradas. Ahora tenía que rendir sus materias; eran apenas tres, y hasta el momento lo leído no le había resultado muy complejo.

Cuando lo vio, estaba en uno de sus recreos entre fotocopia y fotocopia, colgando ropa limpia en la soga de la terraza. Eli dormía al sol; la gata no demostraba ningún interés en recorrer los techos del barrio y Paula se lo agradecía. Espió el patio del vecino, esas cinco o seis baldosas apenas, baldosas rojas, antiguas, como de casa colonial, buscando al gato gris que ella nunca había vuelto a ver. ¿Se habría muerto? Tampoco se lo oía. El vecino de la casa de al lado era un hombre solo, de anteojos, que tenía horarios muy extraños, impredecibles, y que saludaba con corrección, pero sin simpatía. No vio al gato y, cuando ya volvía a la ropa húmeda, percibió un movimiento en el patio. No era el gato: era una pierna. Una pierna de niño, desnuda, con una cadena atada al tobillo. Paula respiró hondo y se estiró un poco más, casi a punto de caer de la terraza. Era una pierna, sin duda, y ahora podía ver parte del torso y confirmar que era un chico, no una persona mayor; un chico muy delgado y completamente desnudo; alcanzaba a verle los genitales. La piel estaba sucia, gris de mugre. Paula no sabía si gritarle, si bajar de inmediato, si llamar a la policía... Nunca antes había visto la cadena en el patio –cierto que no espiaba el patio del vecino todos los días– y jamás había escuchado la voz de un chico desde la terraza.

Chistó como si estuviera llamando a su gata, para no alertar a los carceleros del chico, y entonces el pequeño cuerpo allá abajo se movió y quedó fuera de su

vista. Sin embargo, sobre las cinco o seis baldosas se seguía viendo la cadena, ahora quieta, como si el chico estuviera atento, esperando el chistido, sin posibilidad de escapar y tenso. Paula se llevó las manos a las mejillas. Ella sabía qué hacer en estos casos. Había trabajado mucho tiempo como asistente social. Pero después de lo que había pasado hacía un año –después del despido y del sumario–, no quería siquiera pensar en volver a responsabilizarse de los chicos perdidos, los chicos dañados. Bajó corriendo la escalera y no llegó al baño: vomitó en el living, manchó una de las cajas de libros y lloró sentada, con el pelo suelto y llovido que casi tocaba el suelo, y la gata que la miraba con la cabeza ladeada y los ojos verdes redondos, curiosos.

Es el chico que vi a la noche hace semanas, al pie de la cama, pensó. Es el mismo. Qué estaba haciendo, lo dejan suelto a veces, qué hago. Lo primero que hizo fue limpiar el vómito, vaciar la caja de libros y tirar el cartón apestoso a la basura. Después volvió a la terraza para asomarse. La cadena seguía en el mismo lugar, pero el chico se había movido un poco porque se veía su pie. No había duda alguna de que era un pie humano, el pie de un niño. Podía llamar a la Secretaría del Menor, a la policía; tenía muchas opciones, pero primero quería que Miguel lo viera. Quería que supiera, que la ayudara: si Miguel compartía la responsabilidad con ella y lograban hacer algo por el chico, sentía que a lo mejor podían recuperar una parte de lo que habían tenido, esos años de irse los fines de semana con el auto a cualquier parte, a pueblos perdidos de la provincia, para comerse un buen asado y sacar fotos de las casas antiguas, o los domingos de sexo con un colchón en el piso y la marihuana curada con miel que cultivaba el hermano de su marido.

Paula decidió actuar con inteligencia. En casi un mes, era la primera vez que veía al chico. No iba a llevar a Miguel corriendo a la terraza para mostrarle la cadena, el pie. Podía pasar que el chico atado se moviera de lugar, que dejara de verse, y no quería que Miguel dudara. Primero, se lo contaría. Después, irían juntos a la terraza. Estuvo a punto de llamarlo por teléfono, pero se contuvo. Subió varias veces a la terraza y siempre vio la cadena, o la cadena con el pie. Pensó en la cantidad de historias sobre chicos amarrados a camas, encadenados, encerrados, que había escuchado en sus días como trabajadora social. Nunca le había tocado un caso así, eran raros en la ciudad. Decían que los chicos jamás se recuperaban. Que tenían vidas aterrorizadas y que morían jóvenes, demasiado marcados, las cicatrices siempre a la vista.

No esperó a que Miguel dejara el bolso sobre el sillón para contarle sobre el chico cuando llegó, un poco más temprano que de costumbre. Él repetía qué,

qué, y ella le insistía con que el vecino tiene a un chico encadenado en el patio, no, no es tan raro, hay muchos casos así, no es una locura, subamos, subamos, fijate, tenemos que decidir qué hacer. Pero cuando se asomaron juntos para espiar el patio del vecino, la cadena no estaba más, ni el chico ni su pierna ni su pie. Paula chistó, pero lo único que consiguió fue que apareciera Eli, maullando contenta, creída de que la llamaban para darle de comer. Miguel hizo lo que Paula más temía.

–Estás loca –dijo, y bajó.

En la cocina, arrojó un vaso contra la pared, y cuando Paula entró, la recibió una llamarada de agudos vidrios.

–¡No te das cuenta –gritaba él–, no te das cuenta de que alucinás! Mirá que va a haber un chico atado en el patio. Es reobvio. No te das cuenta de que es por lo de tu trabajo, estás obsesionada.

Paula también gritó, no sabía bien qué. Insultos, justificaciones. Quiso atraparlo cuando él se fue dejando la puerta abierta, pero entonces una calma luminosa le encendió la frente. ¿Por qué se portaba como si estuviera loca de verdad? ¿Por qué le daba la razón a Miguel? Él había decidido desconfiar sin motivo, probablemente porque también quería dejarla, pero ella se comportaba como si hubiera algo racional en esa discusión sobre su salud mental. Había visto a un chico en el patio del vecino, encadenado. Jamás había tenido alucinaciones antes. Si Miguel no le creía, era un problema suyo. Subió a la terraza una vez más y se sentó en el muro a esperar a que el chico estuviera a la vista otra vez. Miguel no iba a volver esa noche. No le importaba. Tenía alguien a quien salvar. Encontró en una caja la linterna y se sentó.

Lo que había pasado cuando la echaron había sido estrés también, pero a veces le parecía que Miguel no se lo perdonaba. Que Miguel pensaba, como los que la despidieron, como ella misma a veces, que era una hija de puta. Aquella semana había empezado pésimo. Paula estaba a cargo de uno de los hogares de tránsito para chicos de la zona sur, una casa bastante pequeña, con una sala de juegos húmeda y casi sin juegos, un televisor que era el único entretenimiento, una cocina y una habitación con tres cuquetas, sólo seis camas; eso era bueno, resultaba demasiado complicado lidiar con muchas criaturas. El viernes a la noche, siempre un día complicado, la llamaron a su celular. Ella dormía profundamente, estaba cansada. Le pidieron que fuera en seguida, había un problema serio. Manejó medio dormida y se encontró con un cuadro increíble en su estupidez. Uno de los chicos, de unos seis años, muy drogado –había llegado el día anterior, cuando ella tenía franco, y nadie lo había revisado con atención;

debía tener la droga encima—, se había hecho caca frente al televisor. El chico tenía diarrea y la sala de juegos apestaba. Una de las dos supervisoras a cargo, una imbécil, quería que el chico volviera a la calle. Según ella, el reglamento decía que ellos no tenían capacidad para lidiar con chicos con problemas de adicciones. La pelea con la otra supervisora, que insistía en que echarlo era en principio una crueldad y en última instancia abandono de persona, casi se había ido a las manos. El chico, mientras tanto, babeaba en su cama y ensuciaba de mierda las sábanas. Cuando Paula llegó tuvo que gritar, explicarles a las supervisoras cómo hacer su trabajo y, después, ayudarlas a limpiar —los encargados de limpieza no venían hasta el día siguiente—. El chico fue trasladado, y la supervisora que había querido echarlo, también. Pero, como solía suceder en el área, iban a tardar un montón en reemplazarla. Entonces Paula decidió hacerse cargo hasta que llegara la nueva: turnos de doce horas que rotaba con la otra supervisora y un suplente, un chico muy voluntarioso que se llamaba Andrés.

El miércoles, uno de los chicos se escapó. Logró treparse al techo por la ventana de la cocina. Se dieron cuenta de la huida al mediodía, pero no sabían cuándo había pasado. Paula recordaba bien cómo temblaba de pies a cabeza, pensando en el chico, otra vez en la calle, entre los autos, robando hamburguesas a medio comer; era un chico de la terminal de ómnibus, que seguramente se prostituía en los baños, que conocía todos los recovecos de la ciudad, inclusive los aguantaderos de ladrones, aunque tenía siete años, que era duro como un veterano de guerra —peor que un veterano, no tenía nada de orgullo— y que hablaba un dialecto profundo que sólo entendían los otros chicos y algunos asistentes sociales más experimentados que ella.

El chico apareció en un hospital esa misma noche; se lo avisaron mientras patrullaba los alrededores de la Villa 21, donde las chicas adictas de doce años se subían a los camiones para chuparles la pija a los choferes y poder pagar la siguiente dosis. Estaba en un hospital: drogado, lo había atropellado un auto. Pero estaba bien, ni siquiera se había roto un hueso, solamente estaba un poco golpeado. Paula no fue a verlo; se encargó de visitarlo Andrés. Ese chico también fue trasladado. Paula empezó a sentir que no podían cumplir con su trabajo, que los chicos se les escapaban de las manos. Al día siguiente llegó una nena de cinco años; la habían encontrado en la calle con un hombre y una mujer que no eran sus padres, sucia y muy cansada. Iba a quedarse en el hogar de tránsito hasta que encontraran a sus padres verdaderos o se tomara otra decisión judicial. La nena no era desconfiada y callada como la mayoría de los chicos que

pasaban por el hogar. Se reía con la televisión hasta que le dolía la panza. Hablaba mucho y contaba sus fantasías callejeras. Hablaba de un chico-gato que había conocido en el Jardín Botánico, por ejemplo, un chico que vivía ahí entre los otros animales y que tenía ojos amarillos y podía ver en la oscuridad. A ella le encantaban los gatos y no les tenía miedo: el chico era su amigo. La nena también hablaba de su madre y decía que la había perdido. No sabía dónde vivía, nada más sabía que llegaba en tren hasta su casa, pero no recordaba la línea y cuando describía la estación mezclaba los detalles de las dos más grandes de la ciudad. Paula y sus compañeros confiaban en encontrar pronto a su familia.

El siguiente viernes, Paula se quedó sola en el hogar, de guardia toda la noche. Miguel odiaba que hiciera eso, pero ella le había prometido que era nada más hasta que llegara el reemplazo –y no mentía, tampoco le gustaba la noche–. En el hogar estaban la nena simpática y un chico de unos ocho años que hablaba muy poco pero se portaba bien. Paula llegó a las diez de la noche, cuando Andrés entregaba su turno. Los chicos ya dormían. Andrés, que la había pasado mal toda la semana –él trabajaba, además, en un servicio de noche que patrullaba la calle en busca de chicos–, le ofreció compartir una cerveza y fumar un porrito. Paula aceptó. Encendieron la radio también; después le dirían que estaba muy fuerte, que hasta los vecinos la escuchaban, pero a ella en ese momento le pareció que el volumen era normal, que le permitiría escuchar el timbre o el teléfono o a los chicos si se despertaban. Pasaron un par de horas tomando y riéndose y charlando, eso lo reconocía. En el momento no creyó estar haciendo nada malo: sabía que era incorrecto, pero sentía que debían relajarse después de una semana complicada; eran dos compañeros de trabajo pasando un buen rato.

Nunca iba a olvidarse de la mirada de la supervisora cuando entró en la cocina, desenchufó la radio de un tirón y les gritó: qué mierda están haciendo, qué carajo hacen, hijos de puta. Sobre todo el «hijos de puta»: había sido tan sentido, tan sincero. Las cosas pasaron rápido, tuvieron que absorber la información medio borrachos y volados, absolutamente culpables. Un vecino había llamado a la supervisora –tenía el teléfono– porque escuchaba llorar a un chico en el hogar. La supervisora se extrañó porque Paula estaba de guardia, se lo dijo al vecino, pero él insistió en que una nena lloraba y que la música estaba muy alta. Lo de la música convenció a la supervisora, que inmediatamente pensó en ladrones, en algo grave. Cuando llegó, en efecto algo grave pasaba, pero no lo que ella esperaba. La nena simpática se había caído de la cucheta y estaba llorando a los gritos en el piso, con un tobillo roto. El otro chico, el callado, la miraba desde la cama, pero no había ido a pedir ayuda. Y la música que venía

desde la cocina estaba altísima, como si alguien ahí dentro estuviera de fiesta. Cuando abrió la puerta, se sorprendió y se enojó como pocas veces en la vida al ver a Paula y Andrés con dos botellas de cerveza vacías, un porro humeando en el cenicero y riéndose como imbéciles mientras una nena de la calle que confiaba en ellos gritaba de dolor en el suelo desde hacía por lo menos media hora.

La supervisora no tuvo piedad cuando se inició el sumario. Declaró y recomendó el despido de los dos. Era una mujer de experiencia, respetada: logró que los echaran casi de inmediato y sin mayor derecho a reclamar. ¿Qué iban a decir? ¿Que estaban estresados? ¿Y la nena, que había perdido a su madre en la calle, y el chico mudo, al que habían encontrado escondido en un vagón de tren, qué? ¿Ellos la pasaban bien? Miguel siempre le dijo que la entendía, que eran unos exagerados, que la sobreexplotaban; la acompañó a las declaraciones y jamás la juzgó en voz alta. Pero ella sabía lo que pensaba porque era lo único que se podía pensar: se merecía el despido. Se merecía el desprecio. Había actuado como una irresponsable, como una cínica, como una ignorante.

Después del despido, llegó la depresión. No poder levantarse de la cama, no poder dormir ni comer ni querer bañarse y llorar y llorar; una depresión muy típica que solamente una vez había ido demasiado lejos, cuando había mezclado pastillas con alcohol y había dormido casi dos días. Pero incluso el psiquiatra reconocía que ese episodio no podía calificarse de intento de suicidio. Ni siquiera sugirió internarla. Le pidió a Miguel colaboración, que vigilara cuándo y cuánto tomaba; al menos por un tiempo. Miguel lo hizo a regañadientes, como si fuera un deber muy pesado, muy difícil. Para él lo era, pensaba Paula. Pero estaba exagerando: había sido una depresión intensa, pero común. Ahora la había superado. Y él la trataba como la loca que nunca había sido por otro motivo: porque nunca le había perdonado que abandonara a esa nena, nunca había podido sacarse de la cabeza el llanto nocturno y el tobillo roto ni la imagen de ella riéndose con toda la boca llena de olor a cerveza. Era por eso que ya no la deseaba. Porque había visto un lado demasiado oscuro. No quería tener sexo con ella, no quería tener hijos con ella, no sabía de lo que era capaz. Paula había pasado de ser una santa –la trabajadora social especializada en chicos en riesgo, tan maternal y abnegada– a ser una empleada pública sádica y cruel que dejaba a los chicos tirados mientras escuchaba cumbia y se emborrachaba; se había convertido en la directora malvada de un orfanato de pesadilla.

Bien: lo que había entre ellos se había terminado entonces. Pero ella todavía podía hacer algo. Podía salvar al chico encadenado. Iba a salvarlo.

Miguel no volvió esa noche. El chico no se dejó ver, ni siquiera la cadena. Paula se quedó en la terraza mirando las baldosas. Desde ahí escuchó que su marido dejaba un mensaje en el contestador diciendo que estaba en la casa de su madre, que lo llamara, que tenían que hablar, pero que le diera unos días para volver. Bueno, lo que sea, pensó Paula. Hacía calor. Eli estuvo con ella toda la noche, durmieron abrazadas sobre unas frazadas hasta que el sol ardiente de la mañana las despertó. Eli pidió agua de desayuno, como siempre, y Paula abrió la canilla para que tomara del chorrillo; como a todos los gatos, le encantaba el agua fresca y corriente. Paula casi se puso a llorar mirando a la gata, tan hermosa, negra con sus piecitos blancos, sacando la lengua áspera. La quería más que a Miguel, seguro.

El chico no estaba en el patio, pero Paula escuchó el ruido de la puerta de al lado, cruzó la terraza corriendo y vio al hombre, al vecino, que salía caminando hacia la avenida. ¿Sería el padre del chico? ¿O lo tendría esclavizado?... No quería pensar tanto. Tomó una decisión demencial: entrar en la casa. Podía saltar de la terraza al patio. Lo había estado estudiando toda la noche. Tenía que ser inteligente, como un gato: saltar a la medianera, de ahí a un trasto viejo que se veía en el patio –¿un termotanque?, algo así, un cilindro de metal– y ya estaba adentro. Desde la casa podía llamar por teléfono a la policía cuando encontrara al chico.

Llegar al patio fue fácil, más de lo que esperaba. Tuvo un pequeño pensamiento normal: eso quería decir, entonces, que era muy sencillo robar en la casa del vecino y en la suya. Pensaría en eso después, cuando terminara lo que tenía que hacer.

Desde el patio se entraba en la casa por dos puertas: una daba a un living, la otra, a la cocina. No había rastros del chico en el patio. Ni siquiera la cadena estaba ahí. No había recipientes para comida o agua ni mugre; al contrario, apestaba a desinfectante o a lavandina: alguien había baldeado. El chico debía estar adentro, salvo que el hombre lo hubiera sacado en el rato de la pelea con Miguel o durante la mañana, cuando ella se había dormido. ¡Tonta, floja por haberse dormido!

Entró en la cocina, que estaba bastante oscura, pero la luz no encendía. Probó con otros interruptores, incluso con uno del patio: la casa no tenía electricidad. Tuvo miedo. La cocina apestaba. La adrenalina le había impedido recibir el impacto total del olor, que era atroz. Pero la mesada estaba limpia, también la mesa. Paula abrió la heladera y no encontró nada extraño: mayonesa, milanesas en un plato, tomates. Después, abrió la alacena y el olor le llenó los ojos, la hizo

lagrimear y la garganta se le cargó de líquido amargo; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar, mientras su estómago se agitaba desesperado. No veía bien, pero no hacía falta: las alacenas estaban llenas de carne podrida sobre la que crecían y se solazaban los gusanos blancos de la descomposición. Lo peor era que no podía distinguir qué carne era: si carne vacuna común que por insania el hombre había dejado pudrir ahí o alguna otra cosa. No podía distinguir formas humanas, pero en realidad no podía distinguir ninguna forma: en la semioscuridad, parecía que la carne vivía su muerte ahí, crecía ahí, como si fuera un hongo de la alacena. Salió de la cocina corriendo –no podía aguantar más las náuseas–, sin cerrar la puerta de la alacena. Pensó que debía volver, cerrarla, borrar sus huellas, pero no se sintió capaz. Que pasara lo que tuviera que pasar.

El resto de la casa, el vestíbulo, dos habitaciones, todo estaba muy oscuro. Igual, Paula entró en la que debía ser la pieza del hombre. No tenía ventanas. En la penumbra distinguió que la cama estaba prolijamente hecha y que la cubría una manta abrigadísima, en pleno febrero. El empapelado de las paredes tenía un diseño muy sutil: parecían signos pequeños, como una trama arácnida. Paula lo tocó y, para su sorpresa, encontró la pintura rugosa de la pared. Se acercó y vio que no era un empapelado: las paredes estaban escritas, casi sin dejar espacio en blanco, con una letra elegante y pareja que ella había tomado por un dibujo delicado. No podía distinguir oraciones coherentes. Había fechas: «veinte de marzo», leyó; «diez de diciembre». Y algunas palabras: «dormido», «azul», «entendimiento». Revisó sus bolsillos buscando el encendedor, pero no lo llevaba encima. No quería buscar uno en la cocina. Pensó que cuando se acostumbrara más a la oscuridad podría leer, pero después de esperar algunos minutos sintió que la transpiración le corría por la espalda y que el dolor de cabeza se hacía fuerte y tuvo miedo de desmayarse en esa casa horrible, esa casa a la que nunca debería haber entrado. Si no le había importado esa nena hermosa que se había roto el tobillo –y la mirada en la cara de la nena cuando se la llevó la ambulancia, la mirada de odio en sus ojos, la nena sabía que ella era la culpable, que era tan mala como la calle–, por qué le importaba ese chico entrevistado en un patio, que, si vivía con ese loco, seguramente ya estaría arruinado para siempre, lejos de cualquier posibilidad de recuperación o de una vida normal. Lo más piadoso que podía hacer, si lo llegaba a encontrar, era matarlo.

Pasó al living. También ordenado y vacío, pero allí encontró la cadena, sobre un sillón de cuerina marrón. El living, que daba al patio, estaba iluminado. Se atrevió a hablar.

–Hola –susurró–. ¿Estás acá?

Sabía que no necesitaba gritar en la casa: no era tan grande y estaba completamente silenciosa. Esperó, pero no escuchó nada. Se acercó a una biblioteca con puertas de vidrio; podía distinguir pilas de papeles, pero cuando la abrió, no sólo se decepcionó, sino que también le dio mucho miedo: todos los papeles eran boletas de luz, de gas, de teléfono, todas sin pagar y ordenadas cronológicamente. ¿Nadie se había dado cuenta de eso? ¿Nadie sabía que había un hombre viviendo en esas condiciones en un barrio de clase media? Era probable que hubiera otro tipo de papeles entre las facturas impagas, pero Paula debía apurarse y revisó los libros. Eran todos grandes y pesados libros de medicina de los años sesenta, con hojas satinadas y láminas. El primero que hojeó no tenía marcas de ningún tipo, pero el segundo sí: era de anatomía, y en las páginas que describían el aparato reproductor femenino alguien había dibujado con birome verde una pija enorme, con espinas en el glande, y, en el útero, un bebé de grandes ojos glaucos que no se chupaba el dedo, se lo lamía con un gesto de lascivia que la hizo decir en voz alta: «¿Qué es esto?» Cuando escuchó la llave en la puerta de entrada, tiró el libro al piso; sintió que se le humedecían la bombacha y los pantalones y corrió al patio, trepó el tanque con desesperación –me caigo, me caigo, tengo las manos transpiradas, tengo la presión baja– y, con la velocidad del miedo, llegó a la terraza. Bajó las escaleras corriendo y cerró la puerta del patio con llave, aunque le parecía que eso no iba a detener al hombre, que seguro vendría tras ella porque tenía que haberla escuchado, porque había dejado abierta su fétida alacena, porque había visto sus dibujos. ¿Qué otros dibujos habría ahí, qué dirían esas paredes? ¿Y el chico? ¿Era un chico? ¿O era el hombre, a quien a veces le gustaba encadenarse en el patio? A lo mejor era él; con la distancia y la sugestión de su propia historia con chicos a lo mejor le había parecido más pequeño de lo que era. Un alivio, pensar que el chico no existía. Pero el alivio no la protegía. Quizá el loco no era peligroso y no le molestaba que hubiera invadido su casa.

Pero Paula no lo creía. Recordaba cosas vistas con el rabillo del ojo. Algo sobre el sillón que parecía una peluca. Algunas palabras en la pared que estaban en un idioma que ella desconocía o en un idioma inventado o sencillamente eran letras agrupadas sin sentido. Todas las plantas del patio secas, pero con la tierra húmeda, como si siguieran regándolas, como si alguien no aceptara o no entendiera que estaban muertas.

Odió a Miguel claramente, por primera vez. Por dejarla sola, por juzgarla, por

cobarde, por huir ante el primer problema real, ¡por huir a lo de su mamita! Lo llamó. Sorete.

–No está –le dijo su suegra–. ¿Vos estás bien, querida?

–No, estoy como el culo.

Silencio.

–Llamalo al celular, hermosa, vas a estar bien, vos no te preocupes.

Le cortó. Miguel tenía apagado el celular desde hacía horas. En situaciones así, Paula extrañaba a su padre, un hombre complicado y poco cariñoso pero claro y decidido, un hombre que jamás se hubiera espantado ni enojado por tan poca cosa. Ella recordaba cómo había cuidado a su madre, que se murió loca por un tumor cerebral, y a él, cuando la escuchaba gritar, no se le movía un músculo de la cara, pero tampoco le decía a ella que estaba todo bien. Porque no estaba todo bien y era una estupidez negarlo.

Como ahora: algo malo iba a pasar y era una estupidez negarlo.

Intentó llamar al celular una vez más, pero seguía apagado o fuera del área de cobertura. Entonces escuchó a Eli, que gruñía enojada y después maullaba enloquecida. Los gritos de la gata venían de la habitación. Paula corrió.

Un chico tenía a Eli sentada en el regazo. El chico estaba sobre la cama. La miró aunque tenía los ojos glaucos atravesados de capilares rojos y los párpados grises y grasientos, como sardinas. Apestaba, también. Su olor llenaba la habitación. Estaba pelado y tan flaco que era increíble que viviera. Acariciaba a la gata brutal, ciegamente, con una mano demasiado grande para su cuerpo. Con la otra la tenía agarrada del cuello.

–¡Soltala! –gritó Paula.

Era el chico del patio del vecino. Tenía marcas de la cadena en el tobillo, que en unas partes sangraba y en otras supuraba infección. Cuando escuchó su voz, el chico sonrió y ella le vio los dientes. Se los habían limado y tenían forma triangular, eran como puntas de flecha, como un serrucho. El chico se llevó la gata a la boca con un movimiento velocísimo y le clavó los serruchos en la panza. Eli gritó y Paula vio la agonía en sus ojos mientras el chico escarbaba su vientre con los dientes, se hundía en las tripas con nariz y todo, respiraba adentro de la gata, que se moría mirando a su dueña, con ojos enojados y sorprendidos. Paula no huyó. No hizo nada mientras el chico devoraba las partes blandas del animal, hasta que sus dientes chocaron con el espinazo y entonces arrojó el cadáver a un rincón.

–¿Por qué? –le preguntó Paula–. ¿Qué sos?

Pero el chico no la entendía. Se levantó con sus piernas de puros huesos, el

sexo desproporcionadamente grande, la cara cubierta por la sangre, las tripas y los sedosos pelos negros de Eli. Pareció buscar algo sobre la cama; cuando lo encontró, lo levantó hacia la luz del techo, como para que Paula viera el objeto con claridad.

Eran las llaves de la puerta. El chico las hizo tintinear y se rió y su risa vino acompañada por un eructo sanguinolento. Paula quiso correr, pero, como en las pesadillas, le pesaban las piernas, el cuerpo se negaba a darse vuelta, algo la mantenía clavada en la puerta de la habitación. Pero no estaba soñando. En los sueños no se siente dolor.

BAJO EL AGUA NEGRA

El policía entró con la mirada alta y arrogante, las muñecas sin esposar, la sonrisa irónica que ella conocía tan bien: toda la actitud de la impunidad y el desprecio. Había visto a muchos así. Había logrado que condenaran a demasiado pocos.

–Siéntese, oficial –le dijo.

La oficina de la fiscal quedaba en un primer piso y la ventana daba a la nada, a un hueco entre edificios. Hacía mucho que pedía un cambio de oficina y de jurisdicción. Odiaba la oscuridad de ese edificio centenario y odiaba todavía más que le tocaran los casos de los empobrecidos barrios del sur, casos donde el crimen siempre estaba mezclado con la desdicha.

El policía se sentó y ella, a disgusto, pidió café para los dos.

–Ya sabe por qué está acá. También sabe que no está obligado a decirme nada. ¿Por qué no vino con su abogado?

–Yo sé defenderme solo y, además, soy inocente.

La fiscal suspiró y jugó con su anillo. ¿Cuántas veces había presenciado la misma escena? ¿Cuántas veces un policía le negaba, en su cara y frente a toda la evidencia, que había asesinado a un adolescente pobre? Porque eso hacían los policías del sur, mucho más que proteger a las personas: matar adolescentes, a veces por brutalidad, otras porque los chicos se negaban a «trabajar» para ellos – a robar para ellos o a vender la droga que la policía incautaba–. O por traicionarlos. Había muchos y muy ruines motivos para matar a adolescentes pobres.

–Oficial, está su voz grabada. ¿Quiere escuchar la grabación?

–No digo nada ahí.

–No dice nada. La escuchamos, entonces.

Tenía el archivo de audio en la computadora y lo abrió. Por los parlantes se escuchó la voz del policía: «Asunto solucionado, aprendieron a nadar.»

–¿Y eso qué demuestra? –preguntó el policía, después de un breve resoplido.

–Por la hora y el contenido, demuestra que usted al menos sabía que dos jóvenes habían sido arrojados al Riachuelo.

La fiscal Pinat llevaba dos meses investigando el caso. Después de haber sobornado a policías para que hablaran, después de amenazas y tardes de furia

provocadas por la incompetencia del juez y de los fiscales anteriores, había llegado a una versión de los hechos en la que coincidían las pocas declaraciones final y formalmente obtenidas: Emanuel López y Yamil Corvalán, los dos de quince años, volvían de bailar en Constitución a sus casas en la Villa Moreno, a orillas del Riachuelo. Volvían caminando porque no tenían dinero para el colectivo. Los interceptaron dos agentes de la comisaría 34 y los acusaron de intentar robar un quiosco: Yamil llevaba encima un cuchillo, pero nunca se comprobó ese intento de asalto, no había ninguna denuncia. Los policías estaban borrachos. Golpearon a los adolescentes a orillas del Riachuelo hasta dejarlos casi inconscientes. Después, los subieron a patadas por las escaleras de cemento hasta el mirador del puente que cruzaba el Riachuelo y los empujaron al agua. «Asunto solucionado, aprendieron a nadar», había dicho por la radio el oficial Cuesta, uno de los dos acusados, el que ahora estaba en su oficina. El imbécil no había ordenado borrar la conversación: a eso también estaba acostumbrada por todos sus años de fiscal, a la combinación imposible de brutalidad y estupidez de la policía.

El cuerpo de Yamil Corvalán apareció a un kilómetro del puente. A esa altura, el Riachuelo no tiene casi corriente, está quieto y muerto, con su aceite y sus restos de plástico y químicos pesados, el gran tacho de basura de la ciudad. La autopsia estableció que el chico había intentado nadar entre la grasa negra. Había muerto ahogado cuando los brazos no soportaron más el esfuerzo. La policía había intentado sostener durante meses la tesis de la muerte accidental del adolescente, pero una mujer había escuchado los gritos esa noche: «Me tiraron, ayuda, me muero», gritaba el chico mientras se ahogaba. La mujer no había intentado ayudarlo. Sabía que era imposible sacarlo del agua, salvo con un bote, y ella no tenía bote, ninguno de sus vecinos tenía.

El cuerpo de Emanuel no había aparecido. Pero sus padres aseguraban que esa noche había salido con Yamil. Y en la orilla sí habían aparecido sus zapatillas, inconfundibles porque eran un modelo caro, de importación, que seguramente había robado poco antes; zapatillas que esa noche se había puesto para impresionar a las chicas en el bolicheailable. Su madre las había reconocido de inmediato. Su madre también había dicho que los oficiales Cuesta y Suárez andaban persiguiendo a su hijo, aunque ella no sabía por qué. La fiscal la había interrogado en esa misma oficina la semana de la desaparición del adolescente. La mujer había llorado, lloraba y decía que su hijo era un buen chico, aunque sí, a veces robaba y de vez en cuando se drogaba, pero era porque el padre se había ido y eran muy pobres y el chico quería cosas, zapatillas y un iPhone y todo lo

que veía en la televisión. Y que no se merecía morir así, ahogado, porque unos policías se querían reír de él, reírse mientras él intentaba nadar en el agua contaminada.

No, claro que no se lo merecía, le dijo ella.

–Yo no tiré a nadie al agua, señora fiscal. Y no le voy a decir más nada.

–Como usted quiera. Ésta era su oportunidad de llegar a algún tipo de arreglo que, eventualmente, podría disminuir su condena. Necesitamos saber dónde está ese cuerpo, y si nos diera esa información, a lo mejor podría, no sé, ir a una cárcel pequeña o al pabellón de los evangelistas. Usted sabe que no es lo mismo estar encerrado con los evangelistas que con la población común.

El policía se rió; se reía de ella, se reía de los chicos muertos.

–¿Usted se piensa que me van a dar mucho tiempo por esto?

–Yo voy a intentar que no salga más.

La fiscal estaba a punto de perder la calma. Apretaba los puños. Por un momento, miró a los ojos al policía y él le dijo, muy claro, con una voz distinta, más seria, sin un jirón de ironía:

–Ojalá toda esa villa se prenda fuego. O se ahoguen todos. Ustedes no tienen idea de lo que pasa ahí adentro. Ni idea tienen.

Ella alguna idea tenía. Hacía ocho años que Marina Pinat era fiscal. Había visitado la villa varias veces aunque su trabajo no lo requería –podía investigar desde su escritorio, como hacían todos sus colegas, pero ella prefería conocer a la gente sobre la que leía en los expedientes–. Menos de un año atrás, su investigación había ayudado a que un grupo de familias que vivía cerca de una curtiembre le ganara un juicio a la fábrica de cuero que echaba cromo y otros desechos tóxicos al agua. Había sido un extenso y complejo juicio penal por daños: los hijos de las familias que vivían cerca de esa agua, que la tomaban, aunque sus madres intentaran quitarle el veneno hirviéndola, se enfermaban, morían de cáncer en tres meses, horribles erupciones en la piel les destrozaban brazos y piernas. Y algunos, los más chicos, habían empezado a nacer con malformaciones. Brazos de más (a veces hasta cuatro), las narices anchas como las de felinos, los ojos ciegos y cerca de las sienas. No recordaba el nombre que los médicos, algo confundidos, le habían dado a ese defecto de nacimiento. Recordaba que uno de ellos lo había llamado «mutaciones».

Durante esa investigación había conocido al cura de la villa, el padre Francisco, un joven párroco que no usaba siquiera el cuello identificador.

Nadie iba a la iglesia, le había contado. Él tenía un comedor para los chicos de familias demasiado pobres y ayudaba en lo que podía, pero había renunciado a cualquier trabajo pastoral. Quedaban pocos fieles, algunas mujeres viejas. La mayoría de los habitantes de la villa eran devotas de cultos afrobrasileños o tenían sus propias devociones, santos personales, San Jorge o San Expedito, y les levantaban pequeños altares en las esquinas. No está mal, decía él, pero ya no daba más misa, salvo para ese puñado de mujeres viejas que a veces se lo pedían. A Marina le había parecido que, detrás de la sonrisa, la barba, el pelo largo, el aspecto de militante revolucionario de los años setenta, el cura joven y bienintencionado estaba cansado, cargado de una oscura desesperanza.

Cuando el policía salió dando un portazo, el secretario de la fiscal tardó unos minutos en golpear la puerta para anunciar que tenía a alguien más esperando.

–Hoy no, querido –dijo la fiscal. Había quedado agotada y furiosa, como siempre que tenía que hablar con policías.

El secretario dijo que no con la cabeza e imploró con los ojos.

–Por favor, atendela, Marina. No sabés...

–Pero que sea la última.

El secretario asintió y agradeció con la mirada. Marina ya estaba pensando en qué comprar para cocinar esa noche o en si iba a tener ganas de salir a comer a un restaurante. Su auto estaba en el mecánico, pero podía usar la bicicleta; las noches eran frescas y hermosas en esa época del año: quería salir de la oficina, quería llamar a algún amigo para invitarle una cerveza, quería que se terminara ese día y esa investigación y que apareciera el cuerpo del chico de una buena vez.

Mientras guardaba las llaves, los cigarrillos y algunos papeles en la cartera para salir rápido, entró en el despacho una adolescente embarazada, horriblemente flaca, que no quiso decirle su nombre. Marina sacó una Coca-Cola de la pequeña heladera que tenía bajo el escritorio y le dijo: «Te escucho.»

–El Emanuel está en la villa –dijo la chica mientras tomaba la gaseosa a sorbos largos.

–¿De cuánto estás? –quiso saber Marina, y señaló con el dedo el vientre de la chica.

–No sé.

Claro que no sabía. Le calculó unos seis meses de embarazo. La chica tenía

las puntas de los dedos quemadas, manchadas con el amarillo químico de la pipa de paco. El bebé, si nacía vivo, iba a nacer enfermo, deforme o adicto.

–¿De dónde lo conocés a Emanuel?

–Lo conocemos todos, la familia es conocida en la Moreno. Yo fui al entierro y el Emanuel fue medio novio de mi hermana.

–¿Y tu hermana dónde está, ella también lo reconoció?

–No, mi hermana no vive más allá.

–Bueno. ¿Y entonces?

–Algunos dicen que salió del agua el Emanuel.

–¿Salió la noche que lo tiraron?

–No, por eso vine. Salió hace un par de semanas. Volvió hace repoco.

Marina sintió un escalofrío. La chica tenía las pupilas dilatadas de los adictos y los ojos, en la media luz de la oficina, parecían completamente negros, como los de un insecto carroñero.

–¿Cómo que volvió? ¿Se había ido a algún lado?

La chica la miró como si ella fuera estúpida y la voz se le puso más gruesa, conteniendo la risa.

–¡No! A ningún lado se fue. Volvió del agua. Siempre estuvo en el agua.

–Me estás mintiendo.

–No. Le vengo a contar porque tiene que saber. El Emanuel la quiere conocer.

Trató de no pensar en cómo movía la chica los dedos manchados por la pipa tóxica, los cruzaba como si no tuvieran articulaciones, como si fueran extraordinariamente blandos. ¿Sería ella una de las chicas deformes, defectuosas de nacimiento por culpa del agua contaminada? Era demasiado grande de edad. ¿La deformidad venía ocurriendo desde cuándo, entonces? Todo era posible.

–¿Y ahora dónde está Emanuel?

–Se metió en una de las casas de la parte de atrás de las vías y vive ahí, con sus amigos. ¿Ahora me va a dar plata? Me dijeron que me iba a dar plata.

La tuvo un rato más en la oficina, pero no pudo sacarle mucho. Emanuel López había emergido del Riachuelo, decía, la gente lo había visto caminar por los pasillos laberínticos de la villa, y algunos habían corrido muertos de miedo cuando se lo cruzaron. Decían que caminaba lento y que apestaba. La madre no había querido recibirlo. Eso sorprendió a Marina. Y se había metido en una de las casas abandonadas del fondo de la villa, las que estaban detrás de las vías del tren abandonadas. La chica le arrancó el billete de las manos cuando Marina le pagó por el testimonio. La avidez había tranquilizado a la fiscal. Creía que la chica mentía. Seguramente la había enviado algún policía amigo de los asesinos

—o ellos mismos, que de todos modos tenían prisión domiciliaria, que no cumplían—. Si uno de los dos chicos resultaba estar vivo, la causa podía derrumbarse. Los policías acusados habían contado a muchos de sus compañeros cómo torturaban a jóvenes ladrones haciéndolos «nadar» en el Riachuelo. Algunos de esos compañeros habían relatado esas conversaciones, esos alardeos, después de meses de negociaciones y grandes cantidades de dinero para pagar la información. El crimen estaba comprobado, pero un muerto que resultaba estar vivo era un crimen menos y una sombra de duda sobre toda la investigación.

Esa noche, Marina volvió a su departamento inquieta después de una cena rápida y nada estimulante en un restaurante nuevo que tenía buena prensa pero pésimo servicio. La razón le decía que la chica embarazada sólo estaba buscando dinero, pero había algo en la historia que sonaba extrañamente real, como una pesadilla vívida. Durmió mal, pensando en la mano del chico muerto pero vivo tocando la orilla, en el nadador fantasma que volvía meses después de ser asesinado. Soñó que de esa mano se caían los dedos cuando el chico se sacudía la mugre después de emerger y se despertó con la nariz chorreando olor a carne muerta y un miedo horrible a encontrar esos dedos hinchados e infecciosos entre las sábanas.

Esperó la madrugada para intentar comunicarse con alguien de la villa: la madre de Emanuel, el cura Francisco. Nadie le atendía el teléfono. No era raro: los celulares funcionaban mal en la ciudad y peor todavía en la villa. Se alarmó porque nadie atendía en el comedor del cura ni en la sala de primeros auxilios. Eso sí era más extraño: esos lugares tenían línea fija. ¿Se habrían cortado después de la última tormenta?

Continuó tratando de comunicarse todo el día. No lo logró. Esa noche, después de una tarde de cancelaciones —le había dicho a su secretario que le dolía la cabeza, que iba a dedicarse a leer expedientes, y él, siempre obediente, había suspendido todas las reuniones y audiencias—, decidió, mientras cocinaba espaguetis, que al día siguiente iba a ir a la villa.

Nada había cambiado desde su última vez en ese sur de la ciudad, en la avenida desolada que desembocaba en el Puente Moreno. Buenos Aires se iba deshaciendo en comercios abandonados, ventanas tapiadas con ladrillos para evitar que las casas fueran tomadas, carteles oxidados que coronaban edificios de los años setenta. Todavía quedaban tiendas de ropa, carnicerías sospechosas y la iglesia, que ella recordaba cerrada y que ahora, cuando la veía desde el taxi,

seguía cerrada, pero con un candado adicional para mayor seguridad. La avenida, lo sabía, era la zona muerta, el lugar más vacío del barrio. Detrás de esas fachadas, que eran mascarones, vivían los pobres de la ciudad. Y en las dos orillas del Riachuelo miles de personas habían construido sus casas en los terrenos vacíos, desde precarios ranchos de chapa hasta muy decentes departamentos de cemento y ladrillos. Desde el puente se podía ver la extensión del caserío: rodeaba el río negro y quieto, lo bordeaba y se perdía de vista donde el agua formaba un codo y se iba en la distancia, junto a las chimeneas de fábricas abandonadas. Hacía años, también, que se hablaba de limpiar el Riachuelo, ese brazo del Río de la Plata que se metía en la ciudad y luego se alejaba hacia el sur, elegido durante un siglo para arrojar desechos de todo tipo, pero, sobre todo, de vacas. Cada vez que se acercaba al Riachuelo, la fiscal recordaba las historias que contaba su padre, trabajador durante un tiempo muy corto de los frigoríficos orilleros: cómo tiraban al agua los restos de carne y huesos y la mugre que traía el animal desde el campo, la mierda, el pasto pegoteado. «El agua se ponía roja», decía. «A la gente le daba miedo.»

También le explicaba que ese olor del Riachuelo, profundo y podrido, que con cierto viento y la humedad constante de la ciudad podía flotar en el aire durante días, lo causaba la falta de oxígeno del agua. La anoxia, le decía él. La materia orgánica se come el oxígeno de los líquidos, decía con su gesto pomposo de profesor de química. Ella nunca había entendido las fórmulas, que a su padre le parecían sencillas y apasionantes, pero no podía olvidarse de que el río negro que bordeaba la ciudad básicamente estaba muerto, en descomposición: no podía respirar. Era el río más contaminado del mundo, aseguraban los expertos. Quizá hubiese alguno en China con el mismo grado de toxicidad: el único lugar del mundo comparable. Pero China era el país más industrializado del mundo: Argentina había contaminado ese río que rodeaba la capital, que hubiese podido ser un paseo hermoso, casi sin necesidad, casi por gusto.

Que a sus orillas se hubiese construido ese caserío, la Villa Moreno, deprimía a Marina. Sólo gente muy desesperada se iba a vivir ahí, al lado de esa fetidez peligrosa y deliberada.

–Hasta acá llego, señora.

La voz del chofer del taxi la sorprendió.

–Faltan trescientos metros hasta donde me tiene que llevar –le contestó, distante, seca, con la impostación de voz que usaba para dirigirse a abogados y policías.

El hombre dijo que no con la cabeza y apagó el motor del coche.

–No me puede obligar a entrar en la villa. Le pido que se baje acá. ¿Usted va a entrar sola?

El chofer sonaba asustado, sinceramente asustado. Sí, le dijo ella. Había intentado, era cierto, convencer al abogado de los chicos muertos de que la acompañase, pero él tenía compromisos impostergables. «Sos loca, Marina», le había dicho. «Te acompaño mañana, hoy no puedo.» Y ella se había ofuscado, ¿de qué tenía miedo, después de todo? Había ido varias veces a la villa. Era pleno día. Mucha gente la conocía: no iban a tocarla.

Amenazó al chofer con denunciar su comportamiento a los dueños de la empresa de taxis, el escándalo que suponía dejar a pie y en esa zona a una funcionaria del Poder Judicial. Al hombre no se le movió un pelo y ella esperaba esa falta de reacción. Nadie se acercaba a la villa del Puente Moreno a menos que fuese necesario. Era un lugar peligroso. Ella misma había abandonado los trajecitos sastre que llevaba siempre en la oficina y el juzgado y había elegido jeans, una remera oscura y nada en los bolsillos, salvo el dinero para volver y el teléfono, tanto para comunicarse con sus contactos en el interior de la villa como para tener algo valioso que entregar en caso de que la asaltaran. Y el arma, claro, que tenía licencia para usar, bajo la remera, discretamente oculta, pero no tanto como para que no se reconociera la silueta de la culata y el cañón recortada en su espalda.

Podía entrar en la villa bajando el terraplén a la izquierda del puente, al lado de un edificio abandonado que, raro, nadie había decidido ocupar y se pudría carcomido de humedad, con sus viejos carteles que anunciaban masajes, tarot, contadores, préstamos. Pero antes decidió subir al puente: quería ver y tocar el último lugar que habían visto Emanuel y Yamil, los chicos asesinados por la policía.

Las escaleras de cemento estaban sucias, apestaban a orín y a comida abandonada, pero ella las subió casi corriendo. A los cuarenta años, Marina Pinat estaba bien entrenada, trotaba todas las mañanas, los empleados de tribunales decían, en voz baja, que para su edad estaba «bien conservada». Ella detestaba esos murmullos, no la halagaban, la ofendían: no quería ser bella; quería ser fuerte, acerada.

Llegó a la plataforma desde la que habían sido arrojados los chicos. Miró el río negro aturdida y no pudo imaginarse caer desde ahí arriba hacia el agua quieta ni por qué los automovilistas que pasaban a sus espaldas en ráfagas no habían visto nada.

Bajó y volvió a la villa por el terraplén del edificio abandonado. Ni bien pisó la calle de entrada, la desconcertó la quietud. La villa estaba terriblemente silenciosa. Ese silencio era imposible. La villa, cualquier villa, incluso ésta, a la que apenas se le atrevían los asistentes sociales más idealistas –o más ingenuos–, esta villa abandonada por el Estado y favorita de delincuentes que necesitaban esconderse, incluso este lugar peligroso y evitado, tenía muchos y agradables sonidos. Siempre era así. Las diferentes músicas confundidas: la lenta y sensual cumbia villera, esa mezcla chillona de reggae con ritmo caribeño; la siempre presente cumbia santafesina, con sus letras románticas y a veces violentas; las motos con los caños de escape cortados para que produjeran rugidos al arrancar; la gente que venía y compraba y caminaba y hablaba. Las infaltables parrillas con sus chorizos, anticuchos, pollos a las brasas. Las villas hormigueaban de gente, de chicos corriendo, de jóvenes con sus gorritas que tomaban cerveza, de perros.

La villa del Puente Moreno, sin embargo, ahora estaba tan muerta como el agua del Riachuelo.

Marina sacó el teléfono del bolsillo de atrás y tuvo la sensación de que la observaban desde los pasillos oscurecidos por los cables de luz y la ropa colgada. Todas las persianas estaban bajas, al menos en esa calle al borde del agua. Había llovido y trató de no pisar los charcos para no embarrarse mientras caminaba; nunca podía quedarse quieta cuando hablaba por teléfono.

El padre Francisco no le contestó. Tampoco la madre de Emanuel. Creía poder llegar hasta la pequeña iglesia sin guía, recordaba el camino. Estaba cerca de la entrada, como la mayoría de las parroquias. En el corto camino también le extrañó la total falta de los santos populares, los Gauchito Gil, las Iemanjá, incluso algunas vírgenes que solían tener pequeños altares.

Reconoció la casita pintada de amarillo que quedaba en la esquina de la villa, y saber que no estaba perdida la tranquilizó. Pero, antes de doblar por esa esquina, escuchó pasos débiles que chapoteaban, alguien que corría detrás de ella. Se dio vuelta. Era uno de los chicos deformes. Lo reconoció de inmediato, cómo no distinguirlos. Con el tiempo, esa cara que de bebés había sido fea se había vuelto todavía más horrible: la nariz muy ancha, como la de un felino, y los ojos muy separados, cerca de las sienes. El chico abrió la boca, para llamarla quizá: no tenía dientes.

Tenía un cuerpo de ocho o diez años y ni un solo diente.

El chico se le acercó y, cuando estuvo a su lado, ella pudo ver cómo se habían desarrollado los demás defectos: los dedos tenían ventosas y eran delgados como

colas de calamar (¿o eran patas? Siempre dudaba de cómo llamarlas). El chico no se detuvo a su lado. Siguió caminando hasta la parroquia, como si la guiara.

La parroquia parecía abandonada. Siempre había sido una casa modesta, pintada de blanco, y la única indicación de que se trataba de una iglesia era la cruz de metal sobre el techo, que seguía ahí, aunque ahora estaba pintada de amarillo y alguien la había decorado con una corona de flores amarillas y blancas; de lejos parecían margaritas. Pero las paredes de la iglesia ya no estaban limpias. Estaban cubiertas de grafitis. De cerca, Marina pudo ver que eran letras, pero sin sentido, no formaban palabras: YAINGNGAHYOGSOTHOTHHEELGEBFAITHRODOG. La secuencia de letras, notó, siempre era la misma, pero seguía sin tener sentido para ella. El chico deforme abrió la puerta de la iglesia y Marina acomodó el arma para que le quedara al costado del cuerpo y entró.

El edificio ya no era una iglesia. Nunca había tenido bancos de madera ni un altar formal, apenas sillas y una mesa desde donde el cura Francisco daba las esporádicas misas. Pero ahora estaba completamente vacío, con las paredes sucias de grafitis que replicaban las letras del exterior: YAINGNGAHYOGSOTHOTHHEELGEBFAITHRODOG. El crucifijo había desaparecido, lo mismo que las imágenes del sagrado corazón de Jesús y la Virgen de Luján.

En el lugar del altar había un palo, clavado en una modesta maceta de metal. Y, clavada en el palo, una cabeza de vaca. El ídolo –porque eso era, se dio cuenta Marina– debía ser reciente, porque no había olor a carne podrida en la iglesia. Esa cabeza estaba fresca.

–No tendrías que haber venido. –Escuchó la voz del cura. Había entrado detrás de ella. Verlo le confirmó que algo andaba horriblemente mal. El cura estaba demacrado y sucio, con la barba demasiado crecida y el pelo tan grasoso que parecía mojado, pero lo más impactante era que estaba borracho y el olor a alcohol le salía por los poros; cuando entró en la iglesia fue como si derramara una botella de whisky sobre el suelo mugriento.

–No tendrías que haber venido –repitió, y se resbaló. Marina distinguió entonces las gotas de sangre fresca que iban desde la puerta hasta la cabeza de la vaca.

–¿Qué es esto, Francisco?

El cura tardó en contestarle. Pero el chico deforme, que se había quedado en un rincón de lo que había sido la iglesia, dijo:

–En su casa el muerto espera soñando.

–¡Es todo lo que dicen estos retrasados! –gritó el cura, y Marina, que le había

extendido el brazo para ayudarlo a levantarse del suelo, retrocedió—. ¡Inmundos retrasados infectos! ¿Te mandaron a la *puta embarazada* de ellos y fue suficiente para convencerte de que vinieras? No te creía tan estúpida.

Lejos, Marina escuchó tambores. La murga, pensó aliviada. Era febrero. Claro. Eso pasaba. La gente se había ido a practicar para la murga de carnaval, o a lo mejor estaba ya festejando los carnavales en la cancha de fútbol que quedaba cerca de las vías.

(Se metió en una de las casas de la parte de atrás de las vías y vive ahí, con sus amigos. ¿Y cómo sabía el cura sobre la chica embarazada?)

Era la murga, estaba segura. La villa tenía una murga tradicional y siempre festejaban el carnaval. Era un poco temprano, pero era posible. Y la cabeza de vaca sería el regalo intimidante de alguno de los traficantes de la villa, que odiaban al cura Francisco porque él solía denunciarlos o intentaba recuperar a los chicos adictos, lo que significaba quitarles clientes y empleados.

–Tenés que salir de acá, Francisco –le dijo.

El cura se rió.

–Lo intenté, ¡lo intenté! Pero no se puede salir. Vos no vas a salir tampoco. Ese chico despertó lo que dormía debajo del agua. ¿No los escuchás? ¿No escuchás los tambores de ese culto de muertos?

–Es la murga.

–¿La murga? ¿Te suena a murga?

–Estás borracho. ¿Cómo sabías de la chica embarazada?

–Eso no es ninguna murga.

El cura se paró e intentó encender un cigarrillo.

–Durante años pensé que este río podrido era parte de nuestra idiosincrasia, ¿entendés? Nunca pensar en el futuro, bah, tiremos toda la mugre acá, ¡se la va a llevar el río! Nunca pensar en las consecuencias, mejor dicho. Un país de irresponsables. Pero ahora pienso diferente, Marina. Fueron muy responsables todos los que contaminaron este río. Estaban tapando algo, ¡no querían dejarlo salir y lo cubrieron de capas de aceite y barro! ¡Hasta llenaron el río de barcos! ¡Los dejaron estancados ahí!

–De qué estás hablando.

–No te hagas la *estúpida*. Nunca fuiste estúpida. Los policías empezaron a tirar gente al agua porque ellos sí son estúpidos. Y la mayoría de los que tiraron se murieron, pero varios lo encontraron. ¿Sabés qué viene acá? La mierda de las casas, toda la mugre de los desagües, ¡todo! Capas y capas de mugre para mantenerlo muerto o dormido: es lo mismo, creo que es lo mismo el sueño y la

muerte. Y funcionaba hasta que empezaron a hacer lo impensable: nadar bajo el agua negra. Y lo despertaron. ¿Sabés qué quiere decir «Emanuel»? Quiere decir «Dios está con nosotros». De qué Dios estamos hablando es el problema.

–De qué estás hablando vos es el problema. Vamos, te voy a sacar de acá.

El cura se empezó a restregar los ojos con tanta fuerza que Marina tuvo miedo de que se reventara las córneas. El chico deforme, ciego, se había dado vuelta y ahora estaba de espaldas, la frente contra la pared.

–Me lo pusieron como vigilante. Es hijo de ellos.

Marina intentó comprender lo que sucedía en realidad: el cura, acosado por quienes lo odiaban en la villa, había perdido la cabeza. El chico deforme, seguramente abandonado por su familia, lo seguía a todos lados porque no tenía a nadie más. La gente de la villa había llevado su música y sus parrillas a los festejos de carnaval. Todo era espantoso, pero no era imposible. No había ningún chico muerto que vivía, no había ningún culto de muertos.

(Y por qué no había imágenes religiosas y por qué el cura había hablado de Emanuel sin que ella siquiera se lo preguntara.)

No importa. Nos vamos, pensó Marina, y agarró al cura del brazo, lo obligó a apoyarse en ella para que pudiera caminar; estaba demasiado borracho para salir solo. Fue un error. No tuvo tiempo de darse cuenta: el cura estaba borracho, pero el movimiento para robarle el arma fue sorprendentemente rápido y preciso. Ella no pudo ni forcejear, tampoco alcanzó a ver que el chico deforme se había dado vuelta y gritaba mudo, abría la boca y gritaba sin sonido.

El cura le apuntaba. Ella miró alrededor, el corazón destrozándole las costillas, la boca seca. No podía escapar; él estaba borracho, podía errar, pero no en un espacio tan chico. Empezó a rogar, él la interrumpió.

–No quiero matarte. Quiero darte las gracias.

Y entonces dejó de apuntarle, bajó el arma y con un movimiento enérgico volvió a subirla, se la metió en la boca y disparó.

El ruido dejó sorda a Marina; el cerebro del cura ahora cubría parte de las letras sin sentido y el chico repetía «en su casa el muerto espera soñando», aunque no podía pronunciar las erres y decía «muelto» y «espela». Marina no intentó ayudar al cura: no había ninguna posibilidad de que sobreviviera a ese disparo. Le sacó el arma de la mano y no pudo evitar pensar que tenía sus huellas por todos lados, podían acusarla de haberlo matado. Cura de mierda, villa de mierda, ¿por qué estaba ahí? ¿Para demostrar qué, a quién? El arma le temblaba en la mano, que ahora estaba manchada de sangre. No sabía cómo iba a volver a su casa con las manos ensangrentadas. Tenía que buscar agua limpia.

Cuando salió de la iglesia, se dio cuenta de que estaba llorando y de que la villa ya no estaba vacía. La sordera posterior al disparo la había hecho creer que los tambores seguían lejos, pero estaba equivocada. La murga pasaba frente a la parroquia. Ahora estaba claro que no era una murga. Era una procesión. Una fila de gente que tocaba los tambores murgueros, con sus redoblantes tan ruidosos, encabezada por los chicos deformes con sus brazos delgados y los dedos de molusco, seguida por las mujeres, la mayoría gordas, con el cuerpo desfigurado de los alimentados casi únicamente a base de carbohidratos. Había algunos hombres, pocos, y Marina distinguió entre ellos a algunos policías que conocía: hasta creyó ver a Suárez, con su pelo oscuro engominado y el uniforme puesto, escapado de su arresto domiciliario.

Detrás de ellos iba el ídolo que cargaban sobre una cama. Era eso, una cama, con su colchón. Marina no alcanzaba a distinguirlo: estaba recostado. Tenía tamaño humano. Había visto alguna vez algo parecido en procesiones de semana santa, efigies de Jesús recién bajado de la cruz, ensangrentado sobre lienzos blancos, mezcla de cama y ataúd.

Se acercó a la procesión aunque todo le decía que debía correr para el lado contrario de donde ellos fueran: pero quería ver al que yacía en la cama.

El muerto espera soñando.

Entre la gente, que iba silenciosa, el único sonido eran los tambores. Intentó acercarse al ídolo, estiró el cuello, pero la cama estaba muy alta, inexplicablemente alta. Una mujer la empujó cuando intentó llegar demasiado cerca y Marina la reconoció: era la madre de Emanuel. Trató de retenerla pero la mujer murmuró algo sobre los barcos y el fondo oscuro del río, donde estaba la casa, y se sacó de encima a Marina de un cabezazo justo cuando los procesantes empezaron a gritar «yo, yo, yo» y lo que llevaban sobre la cama se movió un poco, suficiente para que uno de sus brazos grises cayera al costado de la cama, como el brazo de alguien muy enfermo, y Marina recordó los dedos de su sueño que se caían de la mano podrida y recién entonces corrió, con el arma entre las manos, corrió rezando en voz baja como no hacía desde la infancia, corrió entre las casas precarias, por los pasillos laberínticos, buscando el terraplén, la orilla, tratando de ignorar que el agua negra parecía agitada, porque no podía estar agitada, porque esa agua no respiraba, el agua estaba muerta, no podía besar las orillas con olas, no podía agitarse con el viento, no podía tener esos remolinos ni la corriente ni la crecida, cómo era posible una crecida si el agua estaba estancada. Marina corrió hacia el puente y no miró atrás y se tapó los oídos con las manos ensangrentadas para bloquear el ruido de los tambores.

VERDE ROJO ANARANJADO

Hace casi dos años que se convirtió en un punto verde o rojo o anaranjado en mi pantalla. No lo veo, no deja que lo vea, que nadie lo vea. Habla muy de vez en cuando, al menos conmigo, pero nunca enciende su cámara, así que no sé si sigue teniendo el pelo largo y la flacura de pájaro; parecía un pájaro la última vez que lo vi, en cuclillas sobre la cama, con las manos demasiado grandes y las uñas largas.

Antes de cerrar la puerta de su habitación con llave, desde adentro, había pasado dos semanas de, según decía, escalofríos cerebrales. Suelen ser un efecto secundario de la discontinuación de antidepresivos y se sienten como gentiles descargas eléctricas dentro de la cabeza; él los describía como el calambre doloroso del golpe en el codo. Yo no creí nunca que sintiera eso. Lo visitaba en su habitación oscura y lo escuchaba hablar de ese y otros veinte efectos secundarios y era como si recitara el Vademecum. Yo conocía a muchos que habían tomado antidepresivos y a ninguno le daban cortocircuitos en la cabeza, nada más engordaban o tenían sueños extraños o dormían demasiado.

Siempre tenés que ser tan especial, le dije una tarde; él se tapaba los ojos con el brazo. Y pensé que estaba harta de él y de todo su teleteatro. Esa tarde también me acordé de cuando, después de tomar media botella de vino, le bajé los pantalones y el calzoncillo y le lamí la pija y se la acaricié y con sorpresa y un poco de enojo la rodeé con la mano y empecé a moverla con el ritmo que yo sabía irresistible hasta que él me puso una mano en la cabeza y dijo: «No va a funcionar.» Me fui rabiosa, después de tirar la botella de vino tinto sobre las sábanas, y no volví a visitarlo en una semana; nunca hablamos de lo que había pasado, nunca vi rastros de una mancha roja. Ya no estaba enamorada de él, solamente quería demostrarle que estaba exagerando esa tristeza sin motivo. No sirvió, como no servía enojarse ni acusarlo de mentir.

Cuando se encerró definitivamente –la habitación tenía su propio baño, con ducha–, su madre pensó que iba a matarse y me llamó llorando para que tratase de evitarlo. Por supuesto, entonces ni ella ni yo sabíamos que el encierro sería permanente. Yo le hablé por la rendija, golpeé, lo llamé por teléfono. Lo mismo hizo su psiquiatra. Pensé que en unos días abriría la puerta y andaría arrastrándose por la casa como de costumbre. Me equivoqué y dos años después

lo espero todas las noches verde rojo anaranjado y me asusto cuando pasa muchos días gris. No usa su nombre, Marco. Sólo usa la M.

La gente triste no tiene piedad. Marco vive en la casa de su madre y ella le cocina las cuatro comidas, que deja ante la puerta cerrada, sobre una bandeja. Empezó a hacerlo porque así se lo indicó él, por mensaje de texto. También le indicó: no me esperes no intentes verme. Ella no le hizo caso. Esperó horas, pero la voluntad de él es monstruosa. Marco puede pasar hambre. Su madre ya intentó dejarlo sin comer durante días. También intentó, por consejo de la psiquiatra, cortarle el servicio de internet. Marco consiguió colgarse del wi-fi del vecino hasta que su madre sintió lástima y le devolvió la conexión. Él no le agradece, tampoco le pide. Su madre me invita algunas veces a su casa, pero casi nunca acepto, no soporto pensar que él escucha nuestra conversación desde su cuarto. Vamos a un café cerca de mi departamento y todas las conversaciones son iguales. Qué puede hacer, si él se niega al tratamiento, no puede echarlo, es su hijo, se siente culpable aunque a Marco nunca le pasó nada, ni ella ni su marido lo maltrataron, no sufrió abusos, las fotos de las vacaciones en el mar, el chico más dulce del mundo, que se disfrazaba de Batman y juntaba figuritas para el álbum y al que le gustaba el fútbol. Yo siempre le digo que Marco está enfermo y que no es culpa de nadie, es el cerebro, es química, es genética: si tuviera cáncer, le digo, no pensarías que es tu culpa. No es tu culpa que esté deprimido.

Me pregunta si él habla conmigo. Le digo la verdad: que sí, que más bien chatea –porque cada vez habla menos, se está desvaneciendo en la red, Marco es letras que titilan, a veces desaparece sin esperar una respuesta–, pero que nunca me cuenta lo que le pasa, lo que siente, lo que quiere. Y esto es horriblemente distinto a lo que ocurría antes del encierro. Antes hablaba obsesivamente de su terapia, de las pastillas, de sus problemas de concentración, de cuando había dejado de estudiar porque no podía recordar lo que leía, de sus migrañas, de no tener hambre. Ahora habla de lo que quiere. En general, de la deep web y el cuarto rojo y los fantasmas japoneses. Pero no le digo eso a su madre: le miento que hablamos de libros y películas que él ve y lee online. Ah, suspira ella, no puedo cortarle internet, entonces, es lo único que lo conecta con la vida.

Ella dice cosas así, conectar con la vida, seguir adelante, hay que ser fuerte: es una mujer estúpida. Siempre le pregunto por qué cree que yo voy a ser capaz de sacar a Marco de su encierro, suele pedirme que toque la puerta y ruegue. A veces lo hago y él, a la noche, cuando me encuentra en el chat, escribe: «No seas

tonta, no le hagas caso.» Por qué creés que puedo sacarlo, le pregunto, y ella le echa leche al café hasta que lo arruina, lo transforma en una crema caliente. La última vez que lo vi contento fue cuando estaban juntos ustedes dos, dice, y agacha la cabeza. La tintura que usa es de mala calidad y siempre tiene las puntas del pelo demasiado claras y las raíces canosas. No es cierto lo que cree, Marco y yo vivíamos en el silencio y la impotencia, yo le preguntaba qué te pasa y él respondía que nada o se sentaba en la cama y gritaba que era una cáscara sin alma, el teleteatro le decía yo a esos arranques que terminaban en llantos y borracheras. A lo mejor él le decía a su madre que éramos felices. A lo mejor, ella simplemente decidió creerlo. A lo mejor él decidió que su tristeza iba a estar a mi lado para siempre, hasta que él quisiera, porque la gente triste no tiene piedad.

Hoy leí sobre la gente como vos, le escribí una madrugada. Sos un hikikomori. Sabés quiénes son, ¿no? Son japoneses que se encierran en sus habitaciones y las familias los mantienen, no sufren otro problema mental, nada más les resulta insoportable la presión de la universidad, de tener vida social, esas cosas. Los padres nunca los echan. Es una epidemia en Japón. Casi no existe en otros países. Aunque a veces salen, sobre todo de noche, solos. A buscarse comida, por ejemplo. No hacen cocinar a su madre, como vos.

Yo a veces salgo, me contestó.

Dudé antes de contestar.

Cuándo.

Cuando mi madre se va a trabajar. O a la madrugada. Ella no escucha, duerme con pastillas.

No te creo.

¿Sabés qué es lo mejor de los japoneses? Que clasifican fantasmas.

Decime a qué hora salís y nos encontramos.

Los fantasmas de chicos se llaman zashiki-warashi y se supone que no son malos. Los malos son los fantasmas de mujeres. Tienen muchos espectros que aparecen como chicas cortadas por la mitad, por ejemplo. Se arrastran por el suelo, son torsos, y si los ves te matan. ¿O se dice si *las* ves? Hay un tipo de fantasma madre, se llama ubume, es la que murió en el parto. Roba chicos o les trae caramelos. A los fantasmas de los muertos en el mar también los diferencian.

Decime a qué hora salís y nos vemos.

Es mentira que salgo.

Cerré violentamente su ventana aunque él no se desconectó, seguía verde. No voy a pararme frente a su casa durante las seis horas que su madre pasa en el trabajo a ver si sale, prometí, y cumplí.

Internet en los años noventa era un cable blanco que iba desde mi computadora hasta la ficha del teléfono, cruzando la casa. Mis amigos de internet se sentían reales y yo me angustiaba cada vez que se cortaba la conexión, o la electricidad, y no podía encontrarlos para hablar de simbolismo, glam rock, David Bowie, Iggy Pop, Manic Street Preachers, ocultistas ingleses, dictaduras latinoamericanas. Una de mis amigas estaba encerrada, me acuerdo. Era sueca, tenía un inglés perfecto –yo casi no tenía amistades argentinas online–. Tenía fobia social, decía la sueca. No recuerdo su nombre. No puedo recuperar sus mails, quedaron atrapados en una computadora vieja. Desde Suecia me enviaba documentales en VHS y CD imposibles de conseguir fuera de Europa. Entonces yo no me preguntaba cómo hacía para llegar hasta el correo si supuestamente no podía salir. Quizá mentía. Los paquetes, sin embargo, llegaban desde Suecia: no mentía sobre su ubicación. Conservo las estampillas, aunque las cintas de los videos ya se llenaron de hongos y los CD dejaron de funcionar y ella se desvaneció para siempre, un espectro de la red, y no puedo buscarla porque no recuerdo su nombre. Me acuerdo de otros nombres. Rhias, por ejemplo, de Portland, fanática del decadentismo y los superhéroes. Teníamos una especie de romance y ella me mandaba poemas de Anne Sexton. Heather, de Inglaterra, que todavía existe y que, dice, siempre me agradecerá haberle hecho conocer a Johnny Thunders. Keeper, que se enamoraba de jovencitos. Otra chica que escribía poemas hermosos que tampoco puedo recordar, salvo algún verso malo; «my blue someone», por ejemplo. Mi alguien triste. Marco se ofreció a recuperarlas por mí. A todas mis amigas perdidas. Dice que el encierro lo volvió hacker. Yo prefiero olvidarlas porque olvidar a la gente que sólo se conoció en palabras es extraño, mientras existieron fueron más intensas que lo real y ahora son más distantes que los desconocidos. Les tengo un poco de miedo, además. Encontré a Rhias en Facebook. Aceptó mi amistad y yo la saludé muy contenta, pero ella no contestó y nunca más hablamos. Creo que no me recuerda o me recuerda poco, vagamente, como si me hubiera conocido en un sueño.

Marco nunca me da miedo salvo cuando habla de la deep web. Dice que necesita conocerla. Lo dice así: que lo necesita. La deep web son los sitios que no se indexan en los buscadores. Es mucho más grande que la web superficial que usamos todos. Cinco mil veces más grande. No entiendo y me aburren sus explicaciones sobre cómo alcanzarla, pero él asegura que no es tan difícil. Qué hay ahí, le pregunto. Se venden drogas, armas, sexo, me dice. La mayor parte no me interesa, dice, pero hay algunas cosas que quiero ver. El cuarto rojo. Se refiere a un chat room que se llama «red room». Se paga para ver. Se habla de una chica torturada a la que un hombre negro delgado le revienta las tetas a patadas. Después la violan hasta matarla. Está a la venta el video de la tortura y también un archivo de audio de sus gritos, que no se parecen a nada humano y son inolvidables. Y quiero conocer la RRC. Qué es. La Real Rape Community. No tiene reglas. Ahí se mata a chicos de hambre. Se los obliga a tener sexo con animales. Se los ahorca y, claro, se los viola. Es el lugar más perverso de la web, o era. Ahora apareció un lugar de sexo con cadáveres.

Tener sexo con chicos es mucho peor que con cadáveres, le escribo.

Claro, contesta Marco.

De dónde sacarán los cadáveres de chicos.

De cualquier parte. No sé por qué ustedes creen que a los chicos se los cuida y se los quiere.

¿Te hicieron algo de chico?

Nunca. Siempre me preguntás lo mismo, siempre querés explicaciones.

Me parece que todo eso de la deep web es mentira. ¿A quién le decís ustedes?

No es mentira, hay artículos en diarios serios. Buscalos, hablan de los sitios para contratar asesinos y comprar drogas, sobre todo. Ustedes, gente como vos.

En el segundo año de la secundaria me teñí el pelo de negro con henna, una tintura temporaria y supuestamente poco dañina que me dejaba el cuero cabelludo manchado mientras perdía mechones como si estuviera en un tratamiento de quimioterapia. En el colegio no me decían nada, estaban acostumbrados a que las chicas se volvieran un poco locas, es lo que hace una chica a esa edad. La profesora de Historia me trataba especialmente bien, aunque yo no era buena estudiante. Una tarde, a la salida, me preguntó si quería conocer a su hija. Estaba temblando, me acuerdo, y fumaba: ahora si una profesora fuma delante de una alumna es vergonzoso, pero hace veinte años pasaba desapercibido. Antes de que yo pudiera contestarle, sacó una carpeta de tapas

negras y me la mostró. Tenía hojas anilladas y en cada hoja dibujos y anotaciones. Los dibujos eran de una mujer de pelo negro y vestido negro sentada entre hojas de otoño o tumbas o entrando en un bosque. Una bruja hermosa y alta, dibujada con lápiz. También había un dibujo de una chica cubierta con un velo, como una novia o una primera comunión anticuada, que llevaba arañas en las manos. Lo escrito eran entradas de diario o poemas. Recuerdo una línea, decía «quiero que me rebanes las encías».

–Es la carpeta de mi hija –dijo–. No sale de casa y creo que podrían ser amigas.

Pensé, me acuerdo, que la chica dibujaba muy bien. También que una chica que dibujaba así no tendría ningún interés en mí. No le contesté a la profesora, no supe qué decirle, murmuré que me esperaban mis padres. No era verdad: caminé hasta mi casa sola. Pero, cuando llegué, se lo conté a mi mamá. Ella tampoco dijo nada, pero, cuando más tarde habló por teléfono, lo hizo encerrada en su habitación.

La profesora no volvió a dar clase. Mi madre había hablado con la directora del colegio. La profesora no tenía hijos, no tenía una hija que dibujase brujas, ni viva ni muerta. Había mentido. Me enteré años después. Mi mamá me explicó, en aquel momento, que la profesora se había tomado licencia para cuidar de su hija enferma. Mantuvo la existencia de la hija fantasma. La directora también lo hizo. Yo creí en la chica encerrada durante años y hasta intenté reproducir esos dibujos de bosques, tumbas y vestidos negros trazados por una mano de adulta solitaria.

No recuerdo el apellido de esa maestra. Sé que Marco podría localizarla con sus habilidades de detective web, pero prefiero olvidar a esa mujer triste que quiso llevarme a su casa una tarde después de clase, quién sabe para qué.

Marco está cada vez menos en verde, prefiere el anaranjado, el estado *idle*; está encendido pero lejos, es el estado que más se acerca al gris. El gris es el silencio y la muerte. Cada vez me escribe menos. Su madre no lo sabe; mejor dicho, miento y le digo que hablamos como siempre. Mis mensajes se acumulan. A veces encuentro que los respondió, por la mañana.

Cuando una noche se enciende verde una vez más, él habla primero. Cómo sabés que soy yo, dice. No me ve, puedo llorar sin vergüenza. Ahora hay programas, escribe, que pueden reproducir a un muerto. Toman toda la

información de una persona que hay diseminada por internet y actúan con ese guión. No es muy distinto a cuando te mandan publicidad personalizada.

Si fueras una máquina no me dirías eso.

No, escribe. Pero ¿cómo te vas a dar cuenta cuando sí sea una máquina?

No me voy a dar cuenta, le contesto. Ese robot no existe todavía, sacaste la idea de una película.

Es una idea hermosa, escribe.

Le doy la razón y espero. Él ya no tiene nada que decir, nada sobre cuartos rojos y fantasmas vengativos. Cuando deje de hablarme para siempre, voy a mentirle a su madre. Inventaré fabulosas conversaciones para ella, incluso le daré esperanzas: anoche me dijo que quiere salir, voy a decirle mientras tomamos café. Espero que él decida escaparse mientras ella duerme su sueño químico, espero que no se acumule la comida en el pasillo, espero que no haga falta tirar la puerta abajo.

LAS COSAS QUE PERDIMOS EN EL FUEGO

La primera fue la chica del subte. Había quien lo discutía o, al menos, discutía su alcance, su poder, su capacidad para desatar las hogueras por sí sola. Eso era cierto: la chica del subte sólo predicaba en las seis líneas de tren subterráneo de la ciudad y nadie la acompañaba. Pero resultaba inolvidable. Tenía la cara y los brazos completamente desfigurados por una quemadura extensa, completa y profunda; ella explicaba cuánto tiempo le había costado recuperarse, los meses de infecciones, hospital y dolor, con su boca sin labios y una nariz pésimamente reconstruida; le quedaba un solo ojo, el otro era un hueco de piel, y la cara toda, la cabeza, el cuello, una máscara marrón recorrida por telarañas. En la nuca conservaba un mechón de pelo largo, lo que acrecentaba el efecto máscara: era la única parte de la cabeza que el fuego no había alcanzado. Tampoco había alcanzado las manos, que eran morenas y siempre estaban un poco sucias de manipular el dinero que mendigaba.

Su método era audaz: subía al vagón y saludaba a los pasajeros con un beso si no eran muchos, si la mayoría viajaba sentada. Algunos apartaban la cara con disgusto, hasta con un grito ahogado; algunos aceptaban el beso sintiéndose bien consigo mismos; algunos apenas dejaban que el asco les erizara la piel de los brazos, y si ella lo notaba, en verano, cuando podía verles la piel al aire, acariciaba con los dedos mugrientos los pelitos asustados y sonreía con su boca que era un tajo. Incluso había quienes se bajaban del vagón cuando la veían subir: los que ya conocían el método y no querían el beso de esa cara horrible.

La chica del subte, además, se vestía con jeans ajustados, blusas transparentes, incluso sandalias con tacos cuando hacía calor. Llevaba pulseras y cadenas colgando del cuello. Que su cuerpo fuera sensual resultaba inexplicablemente ofensivo.

Cuando pedía dinero lo dejaba muy en claro: no estaba juntando para cirugías plásticas, no tenían sentido, nunca volvería a su cara normal, lo sabía. Pedía para sus gastos, para el alquiler, la comida –nadie le daba trabajo con la cara así, ni siquiera en puestos donde no hiciera falta verla–. Y siempre, cuando terminaba de contar sus días de hospital, nombraba al hombre que la había quemado: Juan Martín Pozzi, su marido. Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitar eso,

él la arruinó, que no fuera de nadie más, entonces. Mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado el alcohol en medio de una pelea y había querido fumar un cigarrillo todavía mojada.

–Y le creyeron –sonreía la chica del subte con su boca sin labios, su boca de reptil–. Hasta mi papá le creyó.

Ni bien pudo hablar, en el hospital, contó la verdad. Ahora él estaba preso.

Cuando se iba del vagón, la gente no hablaba de la chica quemada, pero el silencio en que quedaba el tren, roto por las sacudidas sobre los rieles, decía qué asco, qué miedo, no voy a olvidarme más de ella, cómo se puede vivir así.

A lo mejor no había sido la chica del subte la desencadenante de todo, pero ella había introducido la idea en su familia, creía Silvina. Fue una tarde de domingo, volvían con su madre del cine –una excursión rara, casi nunca salían juntas–. La chica del subte dio sus besos y contó su historia en el vagón; cuando terminó, agradeció y se bajó en la estación siguiente. No le siguió a su partida el habitual silencio incómodo y avergonzado. Un chico, no podía tener más de veinte años, empezó a decir qué manipuladora, qué asquerosa, qué necesidad; también hacía chistes. Silvina recordaba que su madre, alta y con el pelo corto y gris, todo su aspecto de autoridad y potencia, había cruzado el pasillo del vagón hasta donde estaba el chico, casi sin tambalearse –aunque el vagón se sacudía como siempre–, y le había dado un puñetazo en la nariz, un golpe decidido y profesional, que lo hizo sangrar y gritar y vieja hija de puta qué te pasa, pero su madre no respondió, ni al chico que lloraba de dolor ni a los pasajeros que dudaban entre insultarla o ayudar. Silvina recordaba la mirada rápida, la orden silenciosa de sus ojos y cómo las dos habían salido corriendo no bien las puertas se abrieron y habían seguido corriendo por las escaleras a pesar de que Silvina estaba poco entrenada y se cansaba enseguida –correr le daba tos–, y su madre ya tenía más de sesenta años. Nadie las había seguido, pero eso no lo supieron hasta estar en la calle, en la esquina transitadísima de Corrientes y Pueyrredón; se metieron entre la gente para evitar y despistar a algún guarda, o incluso a la policía. Después de doscientos metros se dieron cuenta de que estaban a salvo. Silvina no podía olvidar la carcajada alegre, aliviada, de su madre; hacía años que no la veía tan feliz.

Hicieron falta Lucila y la epidemia que desató, sin embargo, para que llegaran

las hogueras. Lucila era una modelo y era muy hermosa, pero, sobre todo, era encantadora. En las entrevistas de la televisión parecía distraída e ingenua, pero tenía respuestas inteligentes y audaces y por eso también se hizo famosa. Medio famosa. Famosa del todo se hizo cuando anunció su noviazgo con Mario Ponte, el 7 de Unidos de Córdoba, un club de segunda división que había llegado heroicamente a primera y se había mantenido entre los mejores durante dos torneos gracias a un gran equipo, pero, sobre todo, gracias a Mario, que era un jugador extraordinario que había rechazado ofertas de clubes europeos de puro leal –aunque algunos especialistas decían que, a los treinta y dos y con el nivel de competencia de los campeonatos europeos, era mejor para Mario convertirse en una leyenda local que en un fracaso transatlántico–. Lucila parecía enamorada y, aunque la pareja tenía mucha cobertura en los medios, no se le prestaba demasiada atención; era perfecta y feliz, y sencillamente faltaba drama. Ella consiguió mejores contratos para publicidades y cerraba todos los desfiles; él se compró un auto carísimo.

El drama llegó una madrugada cuando sacaron a Lucila en camilla del departamento que compartía con Mario Ponte: tenía el 70 % del cuerpo quemado y dijeron que no iba a sobrevivir. Sobrevivió una semana.

Silvina recordaba apenas los informes en los noticieros, las charlas en la oficina; él la había quemado durante una pelea. Igual que a la chica del subte, le había vaciado una botella de alcohol sobre el cuerpo –ella estaba en la cama– y, después, había echado un fósforo encendido sobre el cuerpo desnudo. La dejó arder unos minutos y la cubrió con la colcha. Después llamó a la ambulancia. Dijo, como el marido de la chica del subte, que había sido ella.

Por eso, cuando de verdad las mujeres empezaron a quemarse, nadie les creyó, pensaba Silvina mientras esperaba el colectivo –no usaba su propio auto cuando visitaba a su madre: la podían seguir–. Creían que estaban protegiendo a sus hombres, que todavía les tenían miedo, que estaban shockeadas y no podían decir la verdad; costó mucho concebir las hogueras.

Ahora que había una hoguera por semana, todavía nadie sabía ni qué decir ni cómo detenerlas, salvo con lo de siempre: controles, policía, vigilancia. Eso no servía. Una vez le había dicho una amiga anoréxica a Silvina: no pueden obligarte a comer. Sí pueden, le había contestado Silvina, te pueden poner suero, una sonda. Sí, pero no pueden controlarte todo el tiempo. Cortás la sonda. Cortás el suero. Nadie puede vigilarte veinticuatro horas al día, la gente duerme. Era cierto. Esa compañera de colegio se había muerto, finalmente. Silvina se sentó con la mochila sobre las piernas. Se alegró de no tener que viajar parada.

Siempre temía que alguien abriera la mochila y se diera cuenta de lo que cargaba.

Hicieron falta muchas mujeres quemadas para que empezaran las hogueras. Es contagio, explicaban los expertos en violencia de género en diarios y revistas y radios y televisión y donde pudieran hablar; era tan complejo informar, decían, porque por un lado había que alertar sobre los feminicidios y por otro se provocaban esos efectos, parecidos a lo que ocurre con los suicidios entre adolescentes. Hombres quemaban a sus novias, esposas, amantes, por todo el país. Con alcohol la mayoría de las veces, como Ponte (por lo demás el héroe de muchos), pero también con ácido, y en un caso particularmente horrible la mujer había sido arrojada sobre neumáticos que ardían en medio de una ruta por alguna protesta de trabajadores. Pero Silvina y su madre recién se movilizaron –sin consultarlo entre ellas– cuando pasó lo de Lorena Pérez y su hija, las últimas asesinadas antes de la primera hoguera. El padre, antes de suicidarse, les había pegado fuego a madre e hija con el ya clásico método de la botella de alcohol. No las conocían, pero Silvina y su madre fueron al hospital para tratar de visitarlas o, por lo menos, protestar en la puerta; ahí se encontraron. Y ahí estaba también la chica del subte.

Pero ya no estaba sola. La acompañaba un grupo de mujeres de distintas edades, ninguna de ellas quemada. Cuando llegaron las cámaras, la chica del subte y sus compañeras se acercaron a la luz. Ella contó su historia, las otras asentían y aplaudían. La chica del subte dijo algo impresionante, brutal:

–Si siguen así, los hombres se van a tener que acostumbrar. La mayoría de las mujeres van a ser como yo, si no se mueren. Estaría bueno, ¿no? Una belleza nueva.

La mamá de Silvina se acercó a la chica del subte y a sus compañeras cuando se retiraron las cámaras. Había varias mujeres de más de sesenta años; a Silvina la sorprendió verlas dispuestas a pasar la noche en la calle, acampar en la vereda y pintar sus carteles que pedían BASTA BASTA DE QUEMARNOS. Ella también se quedó y, por la mañana, fue a la oficina sin dormir. Sus compañeros ni estaban enterados de la quema de la madre y la niña. Se están acostumbrando, pensó Silvina. Lo de la niñita les da un poco más de impresión, pero sólo eso, un poco. Estuvo toda la tarde mandándole mensajes a su madre, que no le contestó ninguno. Era bastante mala para los mensajes de texto, así que Silvina no se alarmó. Por la noche, la llamó a la casa y tampoco la encontró. ¿Seguiría en la

puerta del hospital? Fue a buscarla, pero las mujeres habían abandonado el campamento. Quedaban apenas unos fibrones tirados y paquetes vacíos de galletitas, que el viento arremolinaba. Venía una tormenta y Silvina volvió lo más rápido que pudo hasta su casa porque había dejado las ventanas abiertas.

La niña y su madre habían muerto durante la noche.

Silvina participó de su primera hoguera en un campo sobre la ruta 3. Las medidas de seguridad todavía eran muy elementales; las de las autoridades y las de las Mujeres Ardientes. Todavía la incredulidad era alta; sí, lo de aquella mujer que se había incendiado dentro de su propio auto, en el desierto patagónico, había sido bien extraño: las primeras investigaciones indicaron que había rociado con nafta el vehículo, se había sentado dentro, frente al volante, y que ella misma había dado el chasquido al encendedor. Nadie más: no había rastros de otro auto –eso era imposible de ocultar en el desierto–, y nadie hubiera podido irse a pie. Un suicidio, decían, un suicidio muy extraño, la pobre mujer estaba sugestionada por todas esas quemadas de mujeres, no entendemos por qué ocurren en Argentina, estas cosas son de países árabes, de la India.

–Serán hijos de puta; Silvinita, sentate –le dijo María Helena, la amiga de su madre, que dirigía el hospital clandestino de quemadas ahí, lejos de la ciudad, en el casco de la vieja estancia de su familia, rodeada de vacas y soja–. Yo no sé por qué esta muchacha, en vez de contactar con nosotras, hizo lo que hizo, pero bueno: a lo mejor se quería morir. Era su derecho. Pero que estos hijos de puta digan que las quemadas son de los árabes, de los indios...

María Helena se secó las manos –estaba pelando duraznos para una torta– y miró a Silvina a los ojos.

–Las quemadas las hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices.

La torta era para festejar a una de las Mujeres Ardientes, que había sobrevivido a su primer año de quemada. Algunas de las que iban a la hoguera preferían recuperarse en hospitales, pero muchas elegían centros clandestinos como el de María Helena. Había otros, Silvina no estaba segura de cuántos.

–El problema es que no nos creen. Les decimos que nos quemamos porque queremos y no nos creen. Por supuesto, no podemos hacer que hablen las chicas que están internadas acá, podríamos ir presas.

–Podemos filmar una ceremonia –dijo Silvina.

–Ya lo pensamos, pero sería invadir la privacidad de las chicas.

–De acuerdo, ¿pero si alguna quiere que la vean? Y podemos pedirle que vaya hacia la hoguera con, no sé, una máscara, un antifaz, si quiere taparse la cara.

–¿Y si distinguen dónde queda el lugar?

–Ay, María, la pampa es toda igual. Si la ceremonia se hace en el campo, ¿cómo van a saber dónde queda?

Así, casi sin pensarlo, Silvina decidió hacerse cargo de la filmación cuando alguna chica quisiera que su Quema fuera difundida. María Helena contactó con ella menos de un mes después del ofrecimiento. Sería la única autorizada, en la ceremonia, a estar con un equipo electrónico. Silvina llegó en auto: entonces todavía era bastante seguro usarlo. La ruta 3 estaba casi vacía, apenas la cruzaban algunos camiones; podía escuchar música y tratar de no pensar. En su madre, jefa de otro hospital clandestino, ubicado en una casa enorme del sur de la ciudad de Buenos Aires; su madre, siempre arriesgada y atrevida, tanto más que ella, que seguía trabajando en la oficina y no se animaba a unirse a las mujeres. En su padre, muerto cuando ella era chica, un hombre bueno y algo torpe («Ni se te ocurra pensar que hago esto por culpa de tu padre», le había dicho su madre una vez, en el patio de la casa-hospital, durante un descanso, mientras inspeccionaba los antibióticos que Silvina le había traído, «tu padre era un hombre delicioso, jamás me hizo sufrir»). En su ex novio, a quien había abandonado al mismo tiempo que supo definitiva la radicalización de su madre, porque él las pondría en peligro, lo sabía, era inevitable. En si debía traicionarlas ella misma, desbaratar la locura desde adentro. ¿Desde cuándo era un derecho quemarse viva? ¿Por qué tenía que respetarlas?

La ceremonia fue al atardecer. Silvina usó la función video de una cámara de fotos: los teléfonos estaban prohibidos y ella no tenía una cámara mejor, y tampoco quería comprar una por si la rastreaban. Filmó todo: las mujeres preparando la pira, con enormes ramas secas de los árboles del campo, el fuego alimentado con diarios y nafta hasta que alcanzó más de un metro de altura. Estaban campo adentro –una arboleda y la casa ocultaban la ceremonia de la ruta–. El otro camino, a la derecha, quedaba demasiado lejos. No había vecinos ni peones. Ya no, a esa hora. Cuando cayó el sol, la mujer elegida caminó hacia el fuego. Lentamente. Silvina pensó que la chica iba a arrepentirse, porque lloraba. Había elegido una canción para su ceremonia, que las demás –unas diez, pocas– cantaban: «Ahí va tu cuerpo al fuego, ahí va. / Lo consume pronto, lo acaba sin tocarlo.» Pero no se arrepintió. La mujer entró en el fuego como en

una pileta de natación, se zambulló, dispuesta a sumergirse: no había duda de que lo hacía por su propia voluntad; una voluntad supersticiosa o incitada, pero propia. Ardió apenas veinte segundos. Cumplido ese plazo, dos mujeres protegidas por amianto la sacaron de entre las llamas y la llevaron corriendo al hospital clandestino. Silvina detuvo la filmación antes de que pudiera verse el edificio.

Esa noche subió el video a internet. Al día siguiente, millones de personas lo habían visto.

Silvina tomó el colectivo. Su madre ya no era la jefa del hospital clandestino del sur; había tenido que mudarse cuando los padres enfurecidos de una mujer – que gritaban «¡tiene hijos, tiene hijos!»– descubrieron qué se escondía detrás de esa casa de piedra, centenaria, que alguna vez había sido una residencia para ancianos. Su madre había logrado escapar del allanamiento –la vecina de la casa era una colaboradora de las Mujeres Ardientes, activa y, al mismo tiempo, distante, como Silvina– y la habían reubicado como enfermera en un hospital clandestino de Belgrano: después de un año entero de allanamientos, creían que la ciudad era más segura que los parajes alejados. También había caído el hospital de María Helena, aunque nunca descubrieron que la estancia había sido escenario de hogueras, porque, en el campo, no hay nada más común que quemar pastizales y hojas, siempre iban a encontrar pasto y suelo quemado. Los jueces expedían órdenes de allanamiento con mucha facilidad, y, a pesar de las protestas, las mujeres sin familia o que sencillamente andaban solas por la calle caían bajo sospecha: la policía les hacía abrir el bolso, la mochila, el baúl del auto cuando ellos lo deseaban, en cualquier momento, en cualquier lugar. El acoso había sido peor: de una hoguera cada cinco meses –registrada: con mujeres que acudían a los hospitales normales– pasó al estado actual, de una por semana.

Y, tal como esa compañera de colegio le había dicho a Silvina, las mujeres se las arreglaban para escapar de la vigilancia más que bien. Los campos seguían siendo enormes y no se podían revisar con satélite constantemente; además todo el mundo tiene un precio; si podían ingresar al país toneladas de drogas, ¿cómo no iban a dejar pasar autos con más bidones de nafta de lo razonable? Eso era todo lo necesario, porque las ramas para las hogueras estaban ahí, en cada lugar. Y el deseo las mujeres lo llevaban consigo.

No se va a detener, había dicho la chica del subte en un programa de

entrevistas por televisión. Vean el lado bueno, decía, y se reía con su boca de reptil. Por lo menos ya no hay trata de mujeres, porque nadie quiere a un monstruo quemado y tampoco quieren a estas locas argentinas que un día van y se prenden fuego –y capaz que le pegan fuego al cliente también.

Una noche, mientras esperaba el llamado de su madre, que le había encargado antibióticos –Silvina los conseguía haciendo ronda por los hospitales de la ciudad donde trabajaban colaboradoras de las Mujeres Ardientes–, tuvo ganas de hablar con su ex novio. Tenía la boca llena de whisky y la nariz de humo de cigarrillo y del olor a la gasa furacinada, la que se usa para las quemaduras, que no se iba nunca, como no se iba el de la carne humana quemada, muy difícil de describir, sobre todo porque, más que nada, olía a nafta, aunque detrás había algo más, inolvidable y extrañamente cálido. Pero Silvina se contuvo. Lo había visto en la calle, con otra chica. Eso, ahora, no significaba nada. Muchas mujeres trataban de no estar solas en público para no ser molestadas por la policía. Todo era distinto desde las hogueras. Hacía apenas semanas, las primeras mujeres sobrevivientes habían empezado a mostrarse. A tomar colectivos. A comprar en el supermercado. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares, con las horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos, a veces sin algunas falanges, sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruas?

Silvina visitó a María Helena en la cárcel. Al principio, ella y su madre habían temido que las otras reclusas la atacaran, pero no, la trataban inusualmente bien. «Es que yo hablo con las chicas. Les cuento que a nosotras las mujeres siempre nos quemaron, ¡que nos quemaron durante cuatro siglos! No lo pueden creer, no sabían nada de los juicios a las brujas, ¿se dan cuenta? La educación en este país se fue a la mierda. Pero tienen interés, pobrecitas, quieren saber.»

–¿Qué quieren saber? –preguntó Silvina.

–Y, quieren saber cuándo van a parar las hogueras.

–¿Y cuándo van a parar?

–Ay, qué sé yo, hija, ¡por mí que no paren nunca!

La sala de visitas de la cárcel era un galpón con varias mesas y tres sillas alrededor de cada una: una para la presa, dos para las visitas. María Helena hablaba en voz baja: no confiaba en las guardias.

–Algunas chicas dicen que van a parar cuando lleguen al número de la caza de

brujas de la Inquisición.

–Eso es mucho –dijo Silvina.

–Depende –intervino su madre–. Hay historiadores que hablan de cientos de miles, otros de cuarenta mil.

–Cuarenta mil es un montón –murmuró Silvina.

–En cuatro siglos no es tanto –siguió su madre.

–Había poca gente en Europa hace seis siglos, mamá.

Silvina sentía que la furia le llenaba los ojos de lágrimas. María Helena abrió la boca y dijo algo más, pero Silvina no la escuchó y su madre siguió y las dos mujeres conversaron en la luz enferma de la sala de visitas de la cárcel, y Silvina solamente escuchó que ellas estaban demasiado viejas, que no sobrevivirían a una quema, la infección se las llevaba en un segundo, pero Silvinita, ah, cuándo se decidirá Silvinita, sería una quemada hermosa, una verdadera flor de fuego.

Edición en formato digital: enero de 2016

© Mariana Enriquez, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3687-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es